

HÉROES Y VILLANOS

Angela Carter

Hay tiempos en que la realidad se hace demasiado compleja para la comunicación oral. Pero la leyenda le da una forma con la que impregna el mundo entero.

Alphaville, Jean—Luc Godard

*Mira que desnudo y fiero se presenta,
empuñando el Trueno en una mano,
mientras que con la otra se sostiene
y aferra en la Roca empecinada,
de la que rebota junto con cada Ola,
desgarrado en Llamas, estropeado en Heridas.
Y todo lo que dice complace por entero a
un Amante vestido con su propia Sangre.
«El amante infortunado», Andrew Marvell*

El modo gótico es esencialmente una forma de parodia, una manera de arremeter contra los clichés exagerándolos hasta el límite de lo grotesco.

Love and Death in the American Novel, Leslie Fiedler

Ou fuir, dans un pays inconnu, désert, ou habité par des bêtes féroces, et par des sauvages aussi barbares qu'elles?

Manon Lescaut, Abbé Prévost

Marianne tenía ojos penetrantes, fríos, y mal genio, pero su padre la amaba. El padre era Profesor de Historia; en el comedor familiar, sobre el aparador en que guardaban la heredada vajilla de acero inoxidable, tenía un reloj al que daba cuerda todas las mañanas. Marianne pensaba que el reloj era la mascota de su padre, como lo fuera el conejito para ella, pero el conejito murió pronto y se lo entregaron al Profesor de Biología para que lo destripara, mientras que el reloj continuó con su inescrutable tic—tac. Marianne concluyó, pues, que el reloj era inmortal pero esto no la impresionó. Mientras comía, sentada a la mesa, observaba con indiferencia el movimiento de las manecillas, pero nunca sentía que el tiempo pasase, pues estaba congelado alrededor de ella en ese apartado lugar, donde una quietud pastoral se adueñaba de todo y el infatigable reloj tallaba las horas en esculturas de hielo.

Marianne vivía en una torre blanca de acero y cemento. Se asomaba a la ventana y en el otoño veía una resplandeciente colina de maíz, y huertos donde los árboles crujían con manzanas rojas; en la primavera, los campos se desplegaban como banderas, primero castañas luego verdes. Más allá de las tierras de labranza no había más que pantanos, unas indiferentes ruinas de piedra, y a lo lejos las manchas borrosas de los bosques, que en ciertas noches tormentosas de fines de agosto parecían avanzar y amenazar a la comunidad, aunque, la mayor parte de las veces, los sitiados acordaban ignorarlos.

La torre de Marianne se alzaba entre otros bloques de cemento y acero que habían sobrevivido a la explosión, y funcionaban ahora como barracas, museo y escuela. Bordeando las calles anchas había casas rectangulares de madera, establos y huertos. La comunidad cultivaba maíz, lino, verduras y frutas. Criaba ganado por la carne, la leche y la lana, además de aves por los huevos. Se bastaba a sí misma en el más primitivo de los niveles y exportaba los excedentes agrícolas para obtener drogas y otros productos medicinales, libros, municiones, repuestos para maquinaria, armas y herramientas. Los sonidos de la infancia de Marianne fueron los gritos de los animales, los crujidos de las carretas, el canto de los gallos y los clarines de los Soldados en el cuartel. En febrero y en marzo, las quejumbrosas gaviotas venían desde el mar y pasaban volando sobre los campos recién arados, pero Marianne nunca había visto el mar.

No le estaba permitido ir más allá de la cerca de alambre que rodeaba la aldea. A veces las ovejas se alejaban brincando por sobre los montículos espinosos de las ruinas abandonadas, y algunas veces los pastores las seguían, aunque a disgusto y bien armados. Los Soldados no se apartaban de las carreteras cuando salían con los camiones cargados de productos, pero, aun así, a veces los Bárbaros atacaban las caravanas y mataban a los Soldados.

—Si no eres una niña buena, los Bárbaros te comerán —decía la niñera de Marianne, una Trabajadora con seis dedos en cada mano, lo que desconcertaba a Marianne, que sólo tenía cinco.

—¿Por qué? —preguntaba Marianne.

—Porque así son los Bárbaros —decía la niñera—. Envuelven a las niñas en barro,

como hacen con los jabalíes, y se las engullen con sal. Les gustan mucho las niñas tiernas.

—Entonces yo les resultaría demasiado dura —respondía Marianne con aire truculento.

Pero veía que la mujer creía de veras en lo que estaba diciendo y se preguntaba, vagamente, si sería verdad. Pensaba que una visita de los Bárbaros quizá cambiara algunas cosas. Los niños jugaban a Soldados y Bárbaros, apuntando con el dedo a modo de revólver, matándose unos a otros, pero siempre vencían los Soldados. Era la regla del juego.

—Los Soldados son héroes pero los Bárbaros son villanos —dijo agresivamente el hijo del Profesor de Matemáticas—. Yo soy un héroe. Te mataré.

—No, claro que no —replicó Marianne con una mueca de miedo—. No juego contigo.

El tío de Marianne era el Coronel. Hablaba con una voz ronca y alta, y a ella le caía antipático. El hermano de Marianne era cadete y el preferido de la madre. Marianne le hizo una zancadilla al hijo del Profesor de Matemáticas y lo dejó tendido y aullando en el polvo, lo que no estaba en las reglas. Los otros niños pronto dejaron de jugar con ella, pero no le importó. Era una chiquilla flaca y angulosa. Marcaba con su nombre todo lo que tenía, incluso el cepillo de dientes, y nunca perdía nada.

Junto a la cerca de alambre que rodeaba el campo cultivado, estaban las torres de vigilancia equipadas con ametralladoras apoyadas en trípodes. Había también un muro macizo, coronado con alambre de espino, que rodeaba la aldea. La única abertura en ese muro era una gran puerta de madera donde estaba el puesto de guardia. Cuando los Bárbaros atacaban, la comunidad resistía el asedio detrás del muro, pues para entrar en el poblado los Bárbaros tenían que derrumbar la puerta. Marianne era una niña de seis años cuando vio a los Bárbaros por primera vez.

Fue en la época del Día del Festival de Mayo. En ese día hubo una fiesta campestre, se tocó música y los Soldados desfilaron en una impresionante exhibición de tácticas y ejercicios de rutina. El padre de Marianne, un hombre de naturaleza amable e inclinado a la melancolía, se quedó en el estudio con sus libros. Tal era su privilegio. La madre, en cambio, las mujeres de los otros Profesores que habitaban en la torre y las Trabajadoras estaban muy atareadas. Cocinaban manjares succulentos y planchaban las mejores ropas.

Marianne corría de un lado a otro molestando e impacientando a todos, pellizcando la masa cruda y mostrando su rencor de diversas maneras hasta que la niñera dijo severamente:

—Yo me las entenderé con ella.

La cargó bajo un brazo y se la llevó a una habitación, en los altos, que nadie utilizaba.

Una ventana se abría a un pequeño balcón de hierro pintado de blanco. La niñera encerró a Marianne en la estancia, echó llave a la puerta y gruñó por la cerradura:

—Ahí te quedarás hasta que vuelva a buscarte.

Milagrosamente transportada desde la actividad de las cocinas, Marianne se sintió bastante humillada. Se sentó en el centro de la habitación, sobre las desnudas tablas del piso, y miró alrededor. Una enredadera reptaba a través de la ventana abierta, como una serpiente; en el bosque había ahora (antes no era así) diversos tipos de serpientes, algunas venenosas. La niña no estaba asustada porque la dejaran sola, pero sí muy enojada. Salió

al balcón, que crujió debajo de ella. Espió la aldea por entre los balaustres de hierro. Parecía diminuta desde esa altura, muy cuidada, de brillantes colores, como si fuese un lugar donde todos eran felices. Los huertos florecidos centelleaban, los campos lucían jóvenes y verdes, pero las espirales de acero que se arqueaban hacia el suelo como arcos iris descoloridos perforaban aún las zarzas, aquí y allá, y los leprosos viaductos coronados de primulas amarillas avanzaban zigzagueantes hacia el corazón todavía desnudo de la tierra calcinada entre las ruinas. En la línea del horizonte se extendían los bosques inescrutables.

Marianne se encontró un trozo de bizcocho en un bolsillo y se lo comió. Vestía una camisa a cuadros y un jersey marrón. El pelo rubio le caía en dos trenzas. Rompía cosas para ver cómo eran por dentro. Su hermano tenía dieciséis años, diez más que ella. La niñera le decía:

—Tienes que querer a tu hermano —y Marianne preguntaba—: ¿Por qué?

Ahora la habían dejado sola y olvidada, en lo alto de la torre, en tan hermoso día. Cuando terminó el bizcocho, todavía tenía hambre y se mordisqueó la punta de una trenza a falta de algo mejor.

Observó cómo salía del cuartel un destacamento de Soldados, precedido de una pequeña banda militar que tocaba una selección de marchas. Todos vestían uniformes de cuero negro y cascos de plástico con viseras de cristal. Llevaban los rifles en bandolera. La comunidad entera se había reunido para verlos pasar; Marianne descubrió a su madre y a la niñera entre la multitud, y a su hermano entre los Soldados. Todos estaban limpios y decentes, camisas y vestidos blancos como el papel, trajes negros como la tinta. Marianne se aburría. Un pájaro se acercó volando y se posó sobre la barandilla del balcón. Ladeó la cabeza y le echó una cínica mirada. Era una gaviota.

—Hola, pájaro —dijo ella—. ¿Vienes de muy lejos? ¿Has visto a algún Bárbaro?

Le gustaba la cadencia salvaje de la palabra trisílaba: Bárbaro. Luego, mirando los campos de más allá del cerco de madera, vio una señal de movimiento. No era el viento entre el maíz nuevo; o, si era el viento entre el maíz nuevo, traía hasta ella el ronco relincho de un caballo. Aún era demasiado temprano para amapolas, pero alcanzó a vislumbrar un destello escarlata. Dejó de mirar a los Soldados; en cambio observó cómo el movimiento fluía hasta la cerca, la arrastraba y atravesaba el trigo verde. La maleza estalló, y los jinetes salieron uno tras otro dando terribles alaridos. Venían cubiertos con pieles y trapos de colores. Abriéndose paso, habían estrangulado ya al centinela de una de las atalayas, y los hombres del puesto de guardia estaban jugando a las cartas y no los vieron a tiempo. Dos Soldados cayeron, pagando así la falta de disciplina. Después todo fue un caos.

La chusma venía a devastar, a robar, a saquear, a violar y, si era necesario, a matar. Como espantajos de pesadilla, tenían la piel de muchos colores y grandes melenas flotantes. Centelleaban con unas extrañas planchas de metal que habían desenterrado en las ruinas. Los caballos llevaban unas extravagantes gualdrapas de trapos, cuchillos, campanillas y cadenas que colgaban de crines y colas; hombres y caballos, centauros horrendos embadurnados de pintura, parecían enormes. Disparaban armas largas. Enfrentada a terrores nocturnos en las horas más frescas de la mañana, la gente pacífica se dispersó lloriqueando.

Aturdida, Marianne vio una buena cantidad de sangre, como en un matadero de bestias, pero cuando apartó los ojos del campo de batalla en que se habían convertido los prados de la aldea, advirtió que un segundo grupo de Bárbaros (erizados de cuchillos pero mucho menos pintarrajeados), saltaba fácilmente la alambrada, y ahora, mientras los otros combatían, se ocupaban con calma en robar sacos de harina, cuencos de mantequilla y piezas de tela, sin que nadie intentara oponerse. Entraban en las casas y volvían a salir, haciendo de tanto en tanto una finta amenazadora con los cuchillos; Marianne vio que algunas Trabajadoras parecían ayudarlos, y pensó que esto era muy interesante.

Soldados y Bárbaros luchaban cuerpo a cuerpo. Los caballos sin jinete se rebullían adelantándose, retrocediendo, relinchando. El estrépito de los disparos y las voces se elevaba hasta Marianne, que escuchaba absorta. Un Bárbaro con casco de plumas, adornado con una cornamenta de ciervo, apareció como una aurora absurda sobre el liso techo del museo; sujetaba un cuchillo entre los dientes y se disponía a saltar sobre la confusión de la calle cuando una bala le destruyó los ojos. El cuchillo le cayó de los labios. El hombre se zambulló describiendo un gran arco en el aire de la mañana, y se rompió la cabeza. Ése fue el primer hombre que Marianne vio morir; el segundo fue su hermano.

En ese momento rodaba por el polvo, junto a un desgredado muchacho Bárbaro armado con un cuchillo. Se revolvían y forcejeaban, confundiéndoseles las caras con las pieles, y el cuchillo centelleaba al sol una y otra vez. Estaban un tanto alejados de los demás, como si hubiesen acordado representar para ella, bajo el balcón, una escena violenta. El montón de negras trenzas y rizos del Bárbaro les cubrían y descubrían las caras, pero Marianne vio cómo se miraban con fijeza, extrañamente sorprendidos, como pensando que después de este abrazo mortal ninguna otra cosa podía ocurrir en el mundo.

La madre de Marianne había regresado a la torre. Tal vez los vio y tal vez gritó, y tal vez el hermano oyó la voz, o algún otro sonido lo distrajo, porque apartó la vista y el enemigo aprovechó ese instante para clavarle un cuchillo en la garganta. La sangre manó a borbotones. El Bárbaro dejó caer el arma y abrazó a su víctima, la abrazó con una extraña y terrible ternura hasta que estuvo quieta y muerta. Marianne esperaba que alguien disparase contra el muchacho Bárbaro, pero no había nadie en los alrededores con un revólver. El muchacho empujó el cadáver contra la pared y se acuclilló, apartándose el pelo de la cara. La niña vio que tenía varias vueltas de cuentas alrededor del cuello y los dedos cubiertos de anillos. Como ella lo miraba desde arriba, el muchacho le parecía muy pequeño y distinguió los anillos sólo porque reflejaban la luz. El ruido de la lucha era una música terrible. El muchacho alzó los ojos y vio el rostro serio de la niña, que lo observaba.

Una expresión de terror ciego le cruzó la cara, pintada con rayas blancas, negras y rojas. Alzó las manos con unos movimientos algo imprecisos, aterrorizados. Años después, cuando ella pensaba en él (lo que casi se convirtió en una obsesión), imaginaba que con esos gestos el muchacho pretendía defenderse de un mal de ojo. Se mordisqueó la punta de una trenza. El muchacho se incorporó torpemente. En ese momento comenzaron a repiquetear las balas en la pared, detrás de él; una de ellas dio en el cadáver, que se estremeció en un simulacro de vida, pero un caballo sin jinete galopó a través de la metralla y el muchacho montó de un salto y desapareció. Los jinetes se habían ido todos; la incursión había concluido.

Había ahora un profundo silencio, sólo roto por los mugidos de las vacas asustadas,

y los gritos de algunos caballos y hombres que agonizaban en las calles. En total, murieron cinco Soldados. Un par de Bárbaros, cuyas heridas eran demasiado graves para que pudieran escapar, quedaron allí tendidos, y los Soldados se apresuraron a rematarlos, cavaron un pozo y los echaron dentro. Una mujer había huido con los Bárbaros, como ocurría a veces. Se habían llevado víveres, telas, y también algunas reses y gallinas, lo suficiente para compensar la pérdida de algunos hombres. Era lo habitual en todas estas visitas.

El padre la encontró cuando ya era de noche. Estaba dormida en una esquina del cuarto, la más alejada del balcón, chupándose el pulgar. Soñaba con oscuros rostros pintarrajeados y se despertó llorando. El padre la besó.

—Todo ha terminado; has de irte a la cama.

Marianne tenía hambre y recordó que aquella mañana había visto preparar insólitas cantidades de comida; ignoraba que se habían convertido en viandas para el funeral.

—Quiero tarta y otras cosas —dijo.

—No debes pedirle tarta a tu madre ahora —le dijo él, y cuando Marianne ya estaba en el dormitorio, le llevó leche y unas rebanadas de pan con mantequilla. Sin saber por qué, la niña lloró hasta quedarse dormida; el padre le sostuvo la mano durante un rato. No tenía pelo en la cabeza, ni tampoco pestañas.

—Tu hermano se ha ido a las ruinas, donde van los muertos —le dijo la niñera—. Es bien sabido que las ruinas están llenas de fantasmas.

Adondequiera que hubiese ido, la madre lo siguió pronto. La muerte del hijo le había roto el corazón; sobrevivió dos años más; pero un día comió unos frutos venenosos y enfermó casi de buen grado, sin resistirse a la muerte. Desde entonces Marianne y el padre vivieron solos con la vieja niñera, que ya era demasiado vieja para vivir en otra parte. Se llevaban muy bien. El Profesor le enseñó a Marianne a leer y escribir; también le enseñó historia. La niña leyó todos los viejos libros de la biblioteca del padre y desde el estudio de la torre blanca miraba hacia los pantanos y zarzales de más allá de los campos, intentando imaginarse un bosque de hombres.

—¿Alcanzas a imaginar la cifra «un millón», Marianne? —le preguntó el padre.

Marianne trató de pensar en todos los habitantes de la aldea y luego otra vez, y otra vez más, y luego otra vez, y otra y otra, hasta el infinito, hasta perder la cuenta, y meneó la cabeza.

—En ese caso, despídete del concepto de pluralidad —dijo el padre—. En otra época fue muy importante. Y ¿qué significa la palabra «ciudad»?

—¿Ruinas? —aventuró.

El padre la mandó de vuelta a los libros, Mumford, etcétera, y a los diccionarios; pero en los diccionarios había muchas palabras incomprensibles que sólo podían entenderse consultando otros libros, porque esas palabras habían dejado de representar realidades y ahora no eran más que ideas o recuerdos.

Marianne creció, y parecía tener menos carácter, pero ahora unas arrugas insólitas le cruzaban la cara, como si nunca se sintiera satisfecha. El padre le dijo que los fantasmas no existían, así que iba sola a los pantanos aunque la niñera se lo había prohibido.

Marianne era muy delgada, pero fuerte y ágil. Seguía los caminos de los rebaños intentando imaginar numerosos hombres, mujeres y niños, pero nunca se caía o lastimaba.

Aprendió a cuidarse de las plantas con espinas como navajas que crecían por todas partes, y ni siquiera tocaba las pegajosas bayas verdes y púrpuras que florecían en otoño entre nubes de moscas irisadas, pues la savia ponzoñosa quemaba la piel. Sabía que las zarzas ocultaban a veces bocas de pozos insondables cuyo origen y propósito la intrigaban. Descubrió que si no hacía caso de las obesas y colmilludas ratas que anidaban en las alcantarillas y que a veces salían a jugar, ellas tampoco le hacían caso.

Los cascos de las casas abandonadas eran ahora un peligroso laberinto de cuevas, con tantas malezas que parecía que nada hubiera podido vivir allí; y Marianne nunca encontró a nadie, aunque a veces veía los huesos roídos de algún animal, o excrementos humanos, indicio de que los fantasmas comían y defecaban, y por lo tanto no eran verdaderos fantasmas sino sólo gente anónima, como los pobres de los pantanos que venían a mendigar a las puertas de la aldea, hombres y mujeres cubiertos de llagas, mugre y unos harapos que apenas ocultaban sus deformidades. Algunas veces los Soldados les arrojaban trozos de pan, y otras, los asustaban disparando por encima de las cabezas deformes, pero nunca los dejaban entrar.

—Son los parias de los parias —le dijo su padre.

Cuando Marianne tenía doce años, él le dijo:

—Antes de la guerra, hubo unos lugares llamados Universidades donde los hombres no hacían otra cosa que leer libros e investigar. Estos hombres tenían ciertos privilegios, aunque casi ninguno explícitamente declarado; de todos modos, a algunos de estos Profesores se les permitió permanecer con sus familias en los refugios profundos, durante la guerra, y ellos demostraron ser los únicos supervivientes capaces de resucitar el mundo desaparecido bajo una forma más apacible, esta vez dejando fuera la destrucción.

Había leído más libros que cualquier otro Profesor de la comunidad. Reconstruir el pasado, eso era lo que él hacía. La miopía le enturbiaba los ojos sin pestañas; no tardaría en quedarse ciego, y entonces no tendría nada, sólo las cosas que pudiese tocar, como su pequeño reloj. Entonces Marianne le leería los libros en voz alta, Rousseau, por ejemplo. El Profesor estaba escribiendo un libro sobre la arqueología de la teoría social, pero quizá nadie en la comunidad quisiese leerlo, excepto Marianne, y tal vez ella no lo entendería. La aldea era ante todo una comunidad campesina y se permitía el lujo intelectual de unos pocos Profesores que por medio de las caravanas mercantiles se carteaban con gente como ellos de otros lugares. Y los Soldados estaban allí para protegerlos a todos.

—Antes de la guerra, no había animales salvajes en los bosques. Y, en realidad, casi no había bosques. Todos los seres vivos estaban unidos entre sí en una sola trama, aunque algunos menos que otros. Ahora todo se ha separado; hay distintos géneros de hombres, no sólo el Homo faber. Ahora hay Homo faber, a cuyo género pertenecemos nosotros, pero también Homo praedatrix, Homo silvestris y varios más. En aquellos días, Marianne, los hombres guardaban en jaulas a las bestias, como leones y tigres, y las observaban para aprender. ¿Quién hubiese pensado que se iban a adaptar tan bien a nuestro clima, cuando estalló el fuego y las liberó?

Tenía afición a plantear este tipo de interrogantes, como todos los Profesores, pero él más que otros. Algunas veces Marianne pensaba que se hablaba a sí mismo, o que no le hablaba a ella sino a una imaginaria congregación de eruditos. No obstante, ella no se perdía una sola palabra.

De tanto en tanto, la comunidad salía de su arrobamiento. En una ocasión, a medianoche, un Trabajador enloqueció y puso fuego a la casa donde dormían su mujer y tres hijos, que murieron asfixiados. El hombre corrió por las calles llorando y riendo, entró en la torre del Profesor y se arrojó por el balcón. El suicidio no era insólito entre los Trabajadores y los Profesores cuando llegaban a cierta edad y comenzaban a preocuparse por la pérdida de sus facultades y la cercanía de la vejez, aunque sí lo era entre los Soldados, acostumbrados a la disciplina. Pero los homicidios eran muy raros, y ocurrían por lo común poco antes de un ataque bárbaro.

En otra oportunidad, un viejo se metió en el museo y se puso a destrozar sistemáticamente las vitrinas y los tesoros que había dentro. Encontró una lata de pintura roja, y escribió en la pared del museo: SOY UN VIEJO Y QUIERO EL JUICIO FINAL AHORA. Llegó hasta los depósitos de petróleo empuñando una vela, pero sonó una alarma y los Soldados lo mataron a tiros antes de que pudiera hacer más daño. Los Soldados también se encargaban, en secreto, de los seres deformes.

El padre de Marianne dijo:

—Hemos delegado en los Soldados el poder policial y la protección de la comunidad, pero están desarrollando por su cuenta un poder autónomo.

Poco tiempo después del incidente del museo hubo otra visita de los Bárbaros. La incursión fue una sorpresa esperada; seis años de tranquilidad eran mucho tiempo, aunque en la comunidad la cuenta del tiempo abarcaba períodos de muchos años y esto de alguna manera cancelaba el tiempo, de modo que un hecho cualquiera podía haber ocurrido ayer o diez años atrás. Estos Bárbaros no eran de la tribu que había matado al hermano de Marianne; vinieron a pie durante la noche, secreta y pérfidamente, envenenaron al ganado que no pudieron robar, se arrastraron sobre el vientre dejando atrás a los centinelas y estrangularon a los que estaban de guardia. Cuatro Trabajadoras desaparecieron.

—Les abren el vientre a las mujeres, después de violarlas, y les meten gatos dentro y las cosen —dijo la niñera, que por aquel entonces era una mujer muy vieja y de maneras cada vez más extrañas.

—Eso me parece muy poco probable —dijo Marianne—. En primer lugar, no creo que tengan gatos. Nosotros los tenemos para que las ratas no se coman el maíz y para darles el cariño que nos sobra. Ellos no cultivan maíz y no me parece que sean demasiado afectuosos.

—Vosotros, los jóvenes, creéis que sabéis todo de todo, pero no sabéis nada de nada —dijo la vieja—. Un día de éstos los Bárbaros te atraparán y te coserán un gato dentro del vientre, y entonces sabrás, ya lo creo que sí.

Aunque Marianne no le creyó, sintió un estremecimiento en el vientre como si un gato, un gato negro como el de la niñera, le rondara por las entrañas. Recordó con una claridad visionaria el rostro del muchacho asesino y los collares, los anillos y el cuchillo, aunque apenas recordaba el rostro de su hermano.

Algunas veces soñaba con aquella muerte; un día, al despertar de este sueño, advirtió que los dos rostros se habían superpuesto, y todo cuanto ella vio fue que el muchacho se mataba a sí mismo o mataba a un doble. Este sueño reiterado la perturbaba y se despertaba sudando, aunque no precisamente asustada.

—Rousseau hablaba del noble salvaje, pero ésta es una época de salvajes innobles. Piensa en el salvaje que mató a tu hermano —dijo su padre.

—Lo hago —confesó Marianne—. Bastante a menudo.

El padre entrelazó los dedos y la miró con cierto temor. Tenía ojos descoloridos, como agua de lluvia, una voz fina y fresca, y una piel de una cierta transparencia; vestía un buen traje de color oscuro, como todos los Profesores. Marianne lo amaba tanto que sólo deseaba sentirse más segura de que él estaba realmente allí.

—¿Hay algún joven de la comunidad con quien quisieras casarte? —le preguntó el padre cuando Marianne cumplió dieciséis años.

Marianne pensó en los cadetes, uno por uno. El hijo mayor de cada Profesor entraba como cadete en el cuerpo de Soldados, ésa era la tradición. Luego pensó en los hijos menores de los Profesores, Profesores congénitos ellos mismos, pues la casta era hereditaria. Todas las castas eran hereditarias. Repasó incluso la casta de los Trabajadores. Luego reconoció que le era imposible pensar en casarse con alguno de esos jóvenes.

—No quiero casarme —respondió—. No le encuentro sentido. Tal vez podría casarme con un extraño, alguien del exterior, pero no con los de aquí. Son todos tan terriblemente aburridos, padre.

—Tu madre era una mujer extraordinaria —dijo él, desde las profundidades de una repentina preocupación privada—. Se casó conmigo a pesar de mi deformidad. Fui un hombre afortunado.

—Creo que fue ella la afortunada —respondió Marianne.

—Todos somos hijos arbitrarios de la calamidad —dijo él con voz académica—. Tenemos que tomar lo que hay.

—¡No veo por qué! —exclamó ella.

—Ya lo verás —dijo el padre. Marianne recordó a la niñera diciendo: «No sabéis nada de nada», y pensó: «Es viejo». Lo miró con una inmensa ternura, como si él tuviera una enfermedad incurable.

—Nunca te hiciste amiga de los otros niños —dijo él—. Sé que preferirías vivir en otra parte, pero no hay dónde ir y el caos es el polo opuesto del aburrimiento, Marianne.

Hacía mucho tiempo que habían dejado de utilizar el comedor y él había trasladado el reloj al estudio. El reloj emitía un tic—tac quedo, íntimo, mientras el Profesor hablaba, como si el tiempo que marcaba fuese un secreto entre los tres.

—Si los Bárbaros heredan la tierra terminarán por destruirla; no sabrán qué hacer con ella. Los antepasados de los Bárbaros sobrevivieron fuera de los refugios, no sé cómo; primero por accidente y luego por tenacidad. Nos acosan, saquean y despojan para obtener lo que necesitan y que ellos no saben hacer; y no entienden que dependen de nosotros. Cuando por fin nos destruyan, si es que por fin nos destruyen, destruirán sus propios medios de vida; no lo creo. Creo que se mantendrá un cierto equilibrio. A los Soldados les gustaría destruirlos porque los Soldados quieren victorias, pero si destruyésemos a los Bárbaros, ¿a quién culparíamos de nuestros males?

Marianne lo amaba, de modo que ocultó un bostezo detrás de la mano. Lo amaba, pero él la aburría.

Marianne odiaba el Día del Festival de Mayo. Tomó algo de comida y escapó muy temprano por la mañana. Se internó en las ruinas más que otras veces. Nunca había ido

tan lejos. Encontró un pasadizo que en otro tiempo tuvo que haber sido un camino ancho, por el que podía caminar, y entró en el corazón fosilizado de la ciudad, un terreno completamente mineralizado donde no había más que piedras grandes y toscas, ennegrecidas y cubiertas de moho. Allí hasta las zarzas se negaban a crecer y los charcos de agua de los pantanos cercanos sólo contenían una viscosa oscuridad. Todo estaba en silencio; aquí no cavaban los conejos ni anidaban los pájaros. Encontró un montón de harapos que envolvían una carne putrefacta, y no investigó más. Se apresuró a llegar a la orilla del pantano, donde comenzaban los matorrales y las ruinas se perdían imperceptiblemente en un terreno montuoso aún moteado aquí y allá por edificios cubiertos de vegetación. Luego entró en el bosque.

Los árboles la rodeaban con perspectivas verticales que ocultaban el contorno de las colinas. Aquí había lobos, osos, leones, espectros y mendigos, pero no vio nada aunque caminaba con mucho cuidado, en silencio. El mediodía había quedado muy atrás y la luz del sol caía en rayos oblicuos sobre los troncos de los árboles. Asustó a un ciervo, que desapareció entre la maleza con un chasquido silbante antes de que pudiera verlo bien; recordó las astas que adornaban la cabeza del Bárbaro que había caído del techo del museo, y recordó que desde aquel singular Día de Mayo habían pasado diez años exactos. Los espinillos estaban cubiertos de capullos, el desierto florecía. Las margaritas, las amapolas y toda clase de flores silvestres se ocultaban bajo oleadas de pasto espumoso. Enroscada en la rama de un árbol vio una serpiente multicolor que no intentó hacerle daño, ni siquiera le sacó la lengua bífida. El canto de los pájaros y el rumor del viento entre las hojas no parecía amortiguar el silencio sino acentuarlo; Marianne alcanzaba a oír la sangre que se le movía por el cuerpo.

Creyó que estaba sola hasta que de pronto vio a un hombre vestido con una túnica de piel negra y muchos collares. Retrocedió ocultándose entre los matorrales antes de que él la viese. El hombre estaba en cuclillas y desenterraba unas plantas con una pequeña pala, poniéndolas luego en una cesta. Era enorme, de más de un metro ochenta de alto, con una nube de pelo negro ensortijado que le caía hasta los hombros y una barba rala acabada en dos puntas, un lado teñido de escarlata y el otro de púrpura. Refunfuñaba entre dientes mientras trabajaba. Un asno estaba atado a un árbol próximo y, también atado a un árbol, había un niño.

El niño llevaba puesto un collar con una cadena. No tenía otra ropa que unos pantalones muy raídos. Comía algo y babeaba. Tenía unos doce o trece años. Un tatuaje abigarrado y serpenteante le cubría el pecho, los brazos y la cara. De pronto comenzó a gritar y sacudirse con movimientos convulsos, y a echar espuma por la boca. El hombre dejó caer la pala, se le acercó y lo pateó varias veces. El niño chilló al principio, luego se aquietó y balbuceó frotándose las costillas donde el hombre lo había golpeado. El hombre volvió sin más a trabajar con las plantas, consultando de tanto en tanto un libro ilustrado en color que estaba en el suelo junto a él. A Marianne le sorprendió ver el libro porque le habían dicho que los Bárbaros eran iletrados. La marca de los golpes brillaba sobre la palidez verdosa de la piel del niño. Marianne se escurrió en silencio. Había creído estar sola y se sentía algo inquieta a causa de este encuentro inesperado con el hombre del libro.

De pronto descubrió un sendero. Se abrió paso entre los matorrales de espinillo y de repente cayó rodando por un talud hasta un camino amplio, sólido y verde, que aunque

cubierto por una maraña de pasto y maleza era, sin duda, un camino. Volvió a trepar hasta los espinillos, oyó el repiqueteo de los cascos de un caballo, y corrió a esconderse. No tenía miedo; sólo curiosidad. Los nómadas doblaban un recodo del camino, y ella miró cómo pasaban.

Venían en unos carretones rústicos sin pintar, con pilas de utensilios de cocina, mantas, cueros de animales, armas y otros equipos domésticos que ella no pudo reconocer. Unos pocos niños, algunos lisiados y algunos viejos iban en carretones, pero la mayoría de las mujeres, aun las de vientres hinchados, marchaban a pie. Eran muchas las preñadas. Ellas eran quienes guiaban los caballos o arreaban delante de la caravana unas pocas vacas esqueléticas. Los caballos y potrillos eran mucho más numerosos que las vacas o las cabras.

Las mujeres vestían pantalones o faldas largas, incómodas, hechas con mantas robadas, o telas robadas, cueros o piel; y blusas, algunas con hermosos bordados, y chaquetas toscas, sin mangas, por lo general de piel o cuero, o adornadas chaquetas de soldado de cuero negro, con cuentas, trencillas y plumas. Todas llevaban encima una joyería asombrosa, piezas muy viejas sin duda sacadas de entre las ruinas, y otras de formas raras hechas de arcilla cocida o de huesos de animales. Cintas y plumas les sostenían los cabellos; se habían pintado los ojos o se habían tatuado con las mismas líneas zigzagueantes del niño del bosque. Casi todas iban con los pies desnudos, aunque algunas calzaban botas robadas o sandalias de paja.

Estas mujeres tenían un aspecto a la vez deslucido y llamativo. Marianne nunca había visto mujeres así, tan brillantes y salvajes, y con racimos de niños colgando de ellas. La vida doméstica de los Bárbaros era un misterio para la joven; pensaba que no conocían el matrimonio ni los votos matrimoniales. Los hombres espantosos que llegaban a la aldea parecían ser reales sólo en ese instante horrible, y no podían tener otra existencia, como si sólo fueran estallidos de furia producidos por la tierra misma. Ahora veía pasando en mudo cortejo a las mujeres y familias que aprovechaban los saqueos, que en realidad los necesitaban, niños demasiado débiles para llorar, cubiertos de costras, mugrientos, marcados por la desnutrición. La imagen de la miseria.

Los hombres marchaban junto a las mujeres. Se movían con paso tardo, escupían y se rascaban. También ellos lucían cuentas y piedras raras, quizá talismanes o amuletos. Pero esta vez no llevaban pinturas de guerra, aunque estaban más tatuados que las mujeres. Se ataban los largos cabellos sobre la nuca con tiras de cuero. En ese resplandeciente Día de Mayo, no se habían puesto pieles ni armaduras; la mayoría iba sin camisa, y se les notaban los huesos debajo de la piel tatuada. Todos tenían cuchillos en el cinturón y muchos, rifles en bandolera. Un hombre se detuvo a orinar en el pasto al pie del escondite de Marianne. Tenía una herida horrible en un hombro, que comenzaba a inflamarse, de la que se espantaba las moscas a manotazos. Unos perros esqueléticos y hambrientos, algunos con terribles erupciones de sarna, marchaban entre los hombres. Iban con la lengua afuera y la cola entre las patas. Todos habían recorrido un largo camino.

En el último carretón, una anciana muy digna y limpia se erguía en el asiento. Brillaba como una estrella recién lavada en medio de aquella sucia compañía, y vestía un traje recatado de color verde, parecido al de las Trabajadoras. Tenía el pelo recogido en un rodete y llevaba medias y zapatos. Sin duda era una mujer de cierta importancia dentro

de la tribu. Un hombre joven caminaba junto a ella, hablándole, pero Marianne no podía verle el rostro, oculto bajo un blando sombrero de fieltro de alas anchas, muy inclinado sobre la frente. Muchos de los Bárbaros usaban esos sombreros. En la larga procesión había unos sesenta, entre hombres, mujeres y niños. Rara vez intercambiaban una palabra, aun los niños, y se movían en silencio, casi exhaustos.

Marianne tenía una cama limpia y dormía bien. Mientras miraba el paso de esos supervivientes cruelmente desposeídos, se alegró de vivir en el orden tranquilo de los Profesores; algo que antes nunca la había alegrado. Los temibles extraños mostraban ahora sus verdaderos rostros, enfermos, tristes y consumidos. Dos o tres Soldados hubieran bastado para derribarlos a tiros mientras marchaban, y la joven pensó que ninguno de los Bárbaros hubiese tenido ánimos de sacar un arma para defenderse. Todos caerían como apreciando amargamente la oportunidad de descansar. Les perdonó los saqueos, pues tenían demasiado poco. En ese momento apareció el hombre del asno con el niño corriendo junto a él, atado a la cadena. Del hombre y del asno colgaban varias cestas con plantas y el niño llevaba una brazada de cosas verdes.

El hombre miró alrededor con desconfianza, como si adivinara que había espías ocultos en el seto. Marianne se acurrucó entre las hojas y también él pasó de largo, taconeando al borrico, que trotó de mala gana para alcanzar a los otros. El niño gimoteaba tratando de no quedarse atrás. Marianne no sabía adónde iban pero esperaba que no fuera a su aldea. Se había alejado mucho de la torre blanca.

Cuando por fin llegó, tan tarde que habían cerrado el portón y tuvo que explicar a los guardias por qué había estado fuera, se enteró de algo que había ocurrido y olvidó por completo a los Bárbaros. En un ataque de locura senil, la vieja niñera había asesinado al padre de Marianne con un hacha, y luego se había envenenado con un producto que utilizaba para limpiar los bronce. El Coronel de los Soldados, tío materno de Marianne, se la llevó a vivir con él a las barracas. Ella conservó durante algún tiempo los libros de su padre, pero un día descubrió que le entristecía leerlos y los quemó. Llevó el reloj a un lugar pantanoso y lo tiró allí. Desapareció bajo la tierra esponjosa emitiendo todavía un débil tic—tac. Encontró unas tijeras y se cortó la larga cabellera rubia hasta que pareció un muchacho enloquecido. No comprendía por qué se había cortado el pelo. La hacía muy fea, y ella examinaba esa fealdad en los espejos con un violento placer. Cuando buscó otra vez las tijeras, convencida de que podía destruir alguna otra cosa en ella misma, no las pudo encontrar, ni tampoco pudo encontrar ningún cuchillo.

—Este lugar es una tumba —le dijo al tío.

—No hay suficiente disciplina —dijo él—. Esa vieja era una inadaptada. Tendrían que haberla sometido a tratamiento.

Así hablaban los Soldados.

—Nos quería cuando estábamos vivos —continuó Marianne, sin darse cuenta de lo que decía. Aterrada, se corrigió—: Quiero decir, cuando yo era joven.

—Era una desequilibrada —dijo el tío, dando un puñetazo contra la mesa—. Tendrían que haberle hecho algunas pruebas y operarla luego.

Clavó en Marianne una mirada astuta, calculadora, como si sospechara de ella. Decidió que la joven tenía que hacer algo, salir de su caparazón.

—Aprende a conducir —le dijo—. De ese modo podrás acompañar a las caravanas

que visitan otras comunidades y verás un poco la vida.

Estaba tan decidido a que Marianne se disciplinara que la joven aprendió a conducir. Fue muy fácil. Marianne consiguió sobrevivir y los Trabajadores recogieron el heno. Promediaba el verano; al atardecer la brisa era suave y perfumada. Justo antes del solsticio de verano los Bárbaros atacaron una vez más, al caer la tarde, cuando se encendían las lámparas y la aldea se sentaba a cenar. Sonó la alarma y el tío se levantó de la mesa de un salto, y recogió la cartuchera con el revólver.

—Echa llave a las puertas.

Pero Marianne corrió y cruzó el umbral cuando la puerta estaba todavía abierta, y atravesó los cuartos hasta llegar a un dormitorio abandonado. Vio la escena de diez años atrás, los Bárbaros pintados, la tribu que había visto en lo que era ahora un bosque de horror legendario. Pero el crepúsculo lo oscurecía todo, aunque alcanzó a vislumbrar a quienes robaban en silencio y con orden, mientras el combate proseguía. Sin embargo, en la tremenda confusión de la oscuridad, era muy poco más lo que podía ver. Luego encendieron unos arcos voltaicos y una luz blanca e histérica iluminó la batalla haciendo visible la confusión. Pero no era posible aún recurrir a las ametralladoras. Unos caballos sin jinete se revolvían como olas que rompían en las calles. Marianne vio que un hombre vestido de oscuro salía corriendo de la torre en la que vivían los Profesores, y se lanzaba bajo los cascos de un caballo.

Una borrosa figura envuelta en pieles se materializó de pronto en el caos. La luna naciente destelló en unas ristras de collares. La figura corrió por el callejón junto a las barracas; Marianne supuso que estaba desarmado y trataba de huir. Un Soldado lo siguió y lo atacó por la espalda. Cayeron juntos y lucharon. Una vez más ella era la espectadora. Los observó como entonces, y pensó que estaba viendo otra muerte, porque los Soldados practicaban judo y karate y éste dio un golpe tajante sobre el cuello del Bárbaro, lo dejó tendido en el polvo, y regresó enseguida a la escena del combate. Sin embargo, a los pocos minutos el Bárbaro se levantó lentamente, sacudiéndose.

El callejón junto a las barracas estaba oscuro y desierto. No había duda de que el golpe había afectado al Bárbaro. Se incorporó débilmente sobre manos y rodillas, volvió a caer y durante unos minutos se quedó quieto. Luego comenzó a arrastrarse. Al final del callejón se alzaba el cobertizo donde se guardaban los camiones blindados, además de unos pocos caballos de tiro. El Bárbaro se arrodilló en el suelo, arrebujándose en sus pieles; luego, apoyando una mano en el muro se puso de pie y echó a correr con paso vacilante.

Desapareció en el cobertizo; alguien había dejado la puerta abierta por descuido.

—Esta vez hemos cazado a cinco de esos bastardos —dijo el tío con satisfacción.

Una vez que se hubo lavado la sangre, se sentaron a terminar la cena iniciada hacía tres horas.

—Nosotros sólo tuvimos dos heridos. Sin embargo, mira ese tonto Profesor de Psicología; muerto a coces. Se lo merece por inadaptado. Ahora ya les conocemos las mañas. Yo despaché a dos con mis propias manos. Era el mismo grupo que mató a tu hermano, Marianne. Los reconocí por la pintura. Cuando amanezca, enviaremos una patrulla a buscar el campamento. Los aplastaremos. Los eliminaremos.

Al extender la mano para tomar el pan, rozó sin querer la mano de Marianne y ésta se estremeció. Se sentía perversa y que se volvía contra su propia gente al pensar en el

miserable campamento, donde niños agusanados y mujeres con plumas en el pelo esperaban a los hombres que nunca regresarían. Lavados y desnudos, cinco cadáveres acuchillados aguardaban la tumba anónima; un sexto hombre, casi muerto, se escondía en el cobertizo. Marianne sentía una profunda curiosidad por ese hombre. Parte de esa curiosidad nacía de la tentación de confraternizar con el enemigo, ya que se sentía tan poco atada a sus supuestos amigos; en parte era el simple deseo de ver de cerca el rostro extraño; y quizás había también algo de compasión.

Cuando la familia dormía tomó de la cocina una barra de pan y un poco de queso, y se escurrió en la noche. Habían asegurado la puerta del cobertizo, quizá después de una inspección de rutina, pero Marianne suponía que el Bárbaro estaba todavía allí, pues si lo hubiesen descubierto el tío lo habría mencionado. Sabía dónde se guardaban las llaves. Un caballo se movió en la olorosa cuadra. El heno crujió. Un dedo de luz lunar se apoyó en el costado barnizado de un camión. Marianne escuchó pero no oyó respirar a nadie. Habló hacia la oscuridad.

—Te traje un poco de comida.

Nada se movió.

—No temas —dijo ella—. No voy a entregarte.

Entró en el cobertizo. Tal como había supuesto, el Bárbaro le tapó la boca con la mano y le retorció los brazos hacia atrás. Ella sintió que todos aquellos anillos se le clavaban en la cara y le mordió con fuerza los dedos. El Bárbaro apretó todavía más y le acercó la boca a una oreja.

—Sácame de aquí y no te haré daño, pero si gritas, te estrangularé.

La mano derecha de él descendió de la boca a la garganta; ella tosió y escupió.

—Es bastante innecesario estrangularme —susurró enfadada—. ¿Estás lastimado?

—Me desmayé —respondió él, como si el hecho lo hubiera sorprendido y ultrajado.

Juntaba las palabras unas con otras y tenía la voz áspera de los hombres acostumbrados a hablar al aire libre, pero ella comprendió perfectamente lo que él decía. Le dio el pan y el queso que había traído y él se puso a comer. La joven no podía verlo.

—¿Me violarás y me coserás un gato dentro del vientre? —preguntó, recordando las advertencias de la niñera.

—No se consiguen gatos —puntualizó él con la voz más sensata que Marianne pudiese esperar. Luego calló durante un rato tan largo que ella le dijo lo que tenía en la mente, como si eso justificara y explicara su propia inesperada presencia, allí, junto a él.

—Mi padre murió.

—El mío también. ¿Cuándo murió el tuyo?

—El mes pasado.

—El mío murió en esta época, hace diez años. Fue asesinado.

—El mío también.

—Es igual dondequiera que mires, colmillos y garras rojos de sangre. ¿Quieres venir conmigo?

—Sí —contestó ella en seguida. Si se hubiese detenido a pensarlo, nunca lo hubiera dicho.

—¿Puedes conducir estas cosas?

—Oh, sí.

—Entonces podrías estrellar un camión contra el portón, ¿no? Eso sería emocionante.

—Supongo que sí —dijo ella, porque nada más que la costumbre la ataba a la aldea, y no había nada que quisiera llevarse, nada de lo que había marcado con sus iniciales parecía pertenecerle. Había querido rescatar al Bárbaro y se encontraba ahora aceptando que él la rescatara. Un movimiento indicó la presencia del Bárbaro; Marianne sintió que la mano de él la embadurnaba con algo grasoso, un poco de pintura de guerra.

—Te he puesto mi marca —dijo él—. Ahora eres mi rehén.

—¡De ninguna manera! —exclamó ella—. Yo...

—Abre las puertas. Vamos.

A la luz de la luna vio, sorprendida, al ángel de la muerte. No estaba preparada para ese espectro; mientras hablaba con él, había olvidado qué aspecto tendría. Se lanzó fuera del camión y se precipitó a las sombras del cobertizo, buscando un lugar para esconderse, pero él no tardó en alcanzarla; la sujetó con un brazo, la levantó, y la llevó de vuelta a la cabina. Marianne pataleaba y arañaba, pero ni siquiera entonces intentó gritar y despertar a la aldea.

—No vale cambiar de opinión, querida —dijo él—. Ya está hecho.

El hombre reía y parecía muy excitado, como contento de que Marianne no se mostrara demasiado complaciente, pues entonces las cosas hubieran sido aburridas y fáciles. Tal vez el peligro era necesario para el Bárbaro. Le plantó la manos sobre el volante.

—Conduce —le indicó.

La luz de la luna inundaba el cobertizo y le aclaraba las extrañas pinturas de la cara, excepto el negro alrededor de los ojos; y la luz de la luna le transformaba también el color de la sangre que tenía en la cara, de rojo a negro. La aldea dormida yacía bajo la luna; los Soldados de rostros vidriados estaban junto al portón; las caras de cristal eran menos naturales aún que las pintadas, y ni la mitad de misteriosas. Marianne no quería a nadie de aquel lugar; en cambio, más allá se extendían los confines de lo desconocido y la ineluctable desolación. Vaciló un momento y el extraño volvió a apretarle el cuello. Marianne lo empujó a un lado y encendió el motor.

El Bárbaro soltó una carcajada feliz.

Avanzaron unos cien metros antes de que Marianne oyera los timbres de alarma que sonaban por encima del ruido del motor. En el momento en que se estrellaban contra el portón de madera, las primeras balas de los centinelas rebotaron en la cabina. Dejaron atrás la batahola y rugieron a lo largo del camino que tomaban siempre los Soldados.

—Líbrate de ellos —ordenó él, asomándose a la ventanilla—. Nos persiguen en motocicleta.

Ella giró con brusquedad y entró en un campo de trigo verde. El Bárbaro cayó dentro de la cabina. La herida de la cara se le había abierto de nuevo, y se enjugó la sangre con la muñeca.

—De todos modos, me duele destruir el buen pan —dijo ella.

Él se volvió hacia el trigal y luego la miró.

—Veo que eres una intelectual —comentó oscuramente.

—Nunca hubiera imaginado que conocías esa palabra —dijo ella, destrozando un seto.

—Tengo una asquerosa buena educación —le dijo él—. Me llamo Joya.

—Quién lo hubiera imaginado.

—Soy el más inteligente de todos los salvajes —le dijo—. Pero de ninguna manera el más bueno.

—¿Serás bueno conmigo?

—Lo dudo mucho.

Llegaron al límite de las tierras cultivadas, atravesaron la cerca, y se oyeron las alarmas.

—Conozco un camino a través de las ruinas —dijo ella—. Aunque dicen que hay fantasmas en las ruinas.

Marianne suponía que el hombre tenía que ser supersticioso, pero todo cuanto dijo fue:

—Tómalo.

Entonces entraron en la zona árida y los focos del camión blindado mostraron unos pocos esqueletos a los lados del camino. Él miró por la ventanilla.

—Más rápido.

—No puedo ir más rápido. ¿Nos sigue alguien?

Él abrió la portezuela y colgado de ella salió al exterior; Marianne se estaba acostumbrando a esa presencia extraordinaria, veteada de luna.

—No veo nada. Más rápido, como sea, más rápido.

—No puedo.

El Bárbaro aulló de furia y la golpeó. Entonces la enfurecida fue Marianne, pero también descubrió que aún podía dar mayor velocidad al vehículo y siguió adelante. A ambos lados del camino, iluminadas por los faros del camión, las ruinas emergían y desaparecían en la oscuridad. Era imposible saber si los Soldados continuaban persiguiéndolos o se habían quedado atrás. La luna se movía de un lado a otro en el cielo, y todo en el entorno se inclinaba, cambiaba de sitio. Ella esperaba que se estrellarían en cualquier momento. Entraron en el bosque. A la derecha del camino, Joya vio un roble de tronco grueso cubierto por hojas de hiedra.

—Estréllate contra él. Vamos.

Marianne lanzó el camión contra el árbol, convencida de que pocos segundos después ambos habrían muerto. Pero él abrió la portezuela, la tomó por los hombros, la levantó del asiento y saltó. El camión sin conductor se estrelló contra el árbol con el más estrepitoso estampido que Marianne hubiese oído jamás, y estalló en llamas. El Bárbaro y la joven cayeron suavemente en un charco pantanoso.

Él la soltó y contempló el fuego, contento al principio y luego impasible. El calor de las llamas les bañaba las caras. Cuando el árbol verde se encendió, las bocanadas de humo acre llevadas por el viento hicieron lagrimear a Marianne.

—Te descubrirán —dijo la joven—. Les has enviado una gran señal para que sepan dónde estás. ¿Por qué diablos lo has hecho?

Joya la miró con curiosidad. La pintura roja de los pómulos volvía a hacerse visible al resplandor de las llamas. Pareció que iba a hablar, pero se encogió de hombros.

La arrastró fuera del barro y se internó con ella en el bosque hasta el corazón de un áspero matorral de helechos, desde el que podían ver la carretera. Muy pronto rugieron las

motocicletas de un pelotón de Soldados, y Joya tapó firmemente con la mano la boca de Marianne, quien de todas formas se hubiese quedado en silencio; la luz de la luna destellaba tan extrañamente en las viseras de cristal y los brillantes miembros de cuero de los Soldados, que éstos se le aparecían como inteligentes objetos mecánicos incapaces de oírla aunque gritase. Los Soldados buscaron huesos y cenizas entre los restos incandescentes del camión blindado y examinaron cuidadosamente el camino, a la luz de las linternas, pero no encontraron nada. Seguramente pensaron que el fuego había consumido al conductor junto con el vehículo, porque se reunieron, hablaron y se marcharon por donde habían venido. Ésa fue la última vez que Marianne vio a los Soldados.

La joven ignoraba qué explicación se habían dado de lo ocurrido; si lo considerarían o no el acto de un hombre desquiciado por la violencia de la jornada; sin duda, a la mañana siguiente cuando encontraran su cama vacía, el tío murmuraría diciendo que la joven nunca se había resignado a la muerte del padre, que carecía de disciplina y que desearía no haberle enseñado a conducir. Entonces se dio cuenta, con sorpresa, de que Joya le había preparado un suicidio oficial. El Bárbaro aflojó la presión de la mano sobre la boca de Marianne. Le había lastimado la mandíbula. Joya sonreía con una mueca y Marianne vio el brillo de los dientes.

—Te dije que era inteligente —le dijo el Bárbaro. Después, como vencido por el cansancio, se acostó en la hierba junto a ella y se quedó dormido.

El frío no tardó en aumentar y la luna se hundió en el horizonte. Ningún sonido quebraba el oscuro y profundo silencio de la noche. Marianne le quitó a Joya una de las pieles que lo cubrían y se arropó con ella; era el cuero de un zorro rojo, y debajo el Bárbaro llevaba una rústica chaqueta de cuero con el pelo hacia adentro. La chaqueta olía a rancio porque el cuero estaba mal curtido. Joya murmuró algo en sueños, se acercó, y apoyó la cabeza sobre el regazo de ella. Marianne tocó las ristras de collares que el Bárbaro llevaba, y consideró la idea de estrangularlo. El cuerpo del hombre era muy tibio y pesado; parecía confiar totalmente en Marianne, que soltó los collares porque nadie había confiado en ella desde la muerte de su padre. Habían escondido cuchillos y tijeras, y le hablaban con voces suaves, conciliadoras. Al cabo de un rato Marianne se puso a llorar por su padre. No pudo dejar de llorar hasta poco antes de rayar el alba.

Entrelazados en ese abrazo fortuito, Joya y Marianne yacieron entre los rizados helechos. Al principio aparecieron los contornos de la floresta, sin ningún color, y todo era formas vacías de un gris fantasmal, pero cuando el sol atravesó las ramas, los árboles se corporizaron desde la oscuridad, y cuando al fin el cielo se iluminó, Marianne no vio nada que no fuese verde o verde cubierto de flores. Plantas que no podía identificar tendían hacia ella lozanas espirales; grandes castaños coronados de fantásticas flores verdosas se arqueaban por encima de su cabeza; los apretados capullos blancos de los espinos cerraban todas las perspectivas, y una extensa enredadera de pequeñas rosas asomaba y se ocultaba, aquí y allá, entre la frondosa maleza. De estas rosas de pétalos casi planos se desprendía la más leve y trémula de las fragancias, como perfume de manzanas.

Aunque frágil y delicada, parecía ser el verdadero aliento de todo un nuevo mundo vegetal, un mundo tan desconocido y misterioso para Marianne como las profundidades del océano, o el cuerpo del hombre joven que al parecer dormía dulcemente sobre su regazo. Un pájaro voló trinando, y Marianne oyó el rumor de un movimiento entre las zarzas. Sin miedo, esperó ver al lobo de ojos encendidos o al oso que vendría enseñando los dientes a devorarlos a ella y a Joya, de acuerdo con las historias que se contaban en la aldea. Pero nada apareció. Sólo los árboles se movían, de vez en cuando.

Mientras tanto, en la aldea la gente habría comenzado a levantarse y a encender el fuego; el humo empezaría a salir por las chimeneas. Las mujeres con los ojos aún hinchados de sueño revolverían las gachas de avena y las vacas mugirían para que las ordeñasen. Los niños correrían a alimentar a los pollos, y los gallos estentóreos anunciarían didácticamente el comienzo de un nuevo día, aunque ese nuevo día en nada se distinguiría del resto, excepto en que la hija de un Profesor se había vuelto loca durante la noche y había terminado quemándose viva. Cuando el nuevo día comenzó, Joya abrió los ojos y la miró con fijeza. Atrapada en esa mirada tan cercana y repentina, Marianne tuvo la sensación de que caía en un pozo. Los ojos del hombre eran de un color castaño tan vago e inexpresivo que el color podría haber estado pintado por detrás de los iris. Tenía el ojo izquierdo muy hinchado a causa del corte en la ceja. Algunos pájaros empezaron a cantar. Joya tuvo un violento ataque de tos; el cuerpo se le sacudió en convulsiones; con inesperada gentileza se alejó de ella rodando y escupió. Parecía no estar bien de los pulmones. Cuando se recuperó, dijo:

— ¿Estuviste despierta toda la noche?

Marianne asintió con la cabeza.

— Eso es bastante estúpido —dijo él, y la miró más de cerca—. ¿Has estado llorando?

Ella volvió a asentir. Joya se encogió de hombros. La luz temprana era ahora de una hermosa iridiscencia que se corporizó en blancas gotas de rocío esparcidas sobre la superficie áspera de la chaqueta de Joya. Su cara era una estropeada paleta de pintor. Marianne no podía distinguir las facciones bajo la gruesa costra de colores y sangre seca.

— Te podría haber matado mientras dormías.

— Pero no lo hiciste —señaló él, y una vez más se dobló en dos tosiendo tan

ruidosamente que espantó a los pájaros. Cuando la tos cesaba, Joya daba la impresión de tener que recomponer las distintas partes de su cuerpo, quizá con bastante dolor, como si cada ataque lo desintegrara un poco más. Pero en aquel rostro no había nada que Marianne pudiese distinguir, y ¿qué podía hacer si era tan difícil mirarlo, más difícil aún describirlo, y lo más difícil de todo: imaginar qué aspecto tendría, cuando llegaran a destino, ese salvaje que se ponía de pie, se desperezaba, y entornando los ojos, miraba primero hacia arriba, al cielo, y luego hacia abajo, a las cenizas del camión blindado y del árbol? Joya rió entre dientes. Era el hombre más desconocido que ella pudiese desear encontrar y su única compañía. Llevaba un anillo en cada dedo, y dos en algunos.

—Al principio pensé que eras un muchacho —le dijo con ánimo de charla—. ¿Quién te cortó el pelo?

—Nadie. Lo hice yo misma.

—Pensé que era un castigo por algo.

Joya volvió a bostezar y se acercó a Marianne, con circunspección, aunque tendiéndole la mano. Ella no se movió.

—¿Y qué si te digo que no iré contigo más lejos?

—Bueno... —dijo él—. No te creería.

—¿Por qué?

—No puedes regresar a tu aldea, ¿verdad? Parecerías una tonta volviendo con alguna historia falsa para explicar lo que pasó. Y ellos no te creerían; inventarían un crimen y te castigarían por él, porque ante todo no comprenderían por qué quisiste marcharte, y sospecharían de ti. Y no puedes quedarte aquí, por supuesto, no tienes nada para comer y está el peligro de los Parias, ¿no es verdad? Por no decir nada de las bestias salvajes.

Marianne se sintió ultrajada por el tono complacido de Joya, sobre todo cuando reconoció que él tenía razón; no podía ni quería volver a la aldea, ni podía quedarse donde estaba. Rechazó la mano de él, se puso de pie por sí misma y recogió la piel de zorro.

—Si voy contigo, recuerda, lo hago por mi propia voluntad.

—Oh, sí. Seguro.

Ambos comenzaron a andar en dirección opuesta a la carretera. Él la guió por el lindero del bosque hasta llegar a un arroyo. Ya era plena mañana y unos compactos botones de oro flotaban en la superficie del agua azul. Joya se arrodilló, bebió, hundió la cara en el agua y se lavó los restos de rojo, blanco y negro. Marianne se arrodilló a su lado, se enjuagó los ojos, se borró la marca de la frente y también bebió. Se sorprendió al ver la verdadera cara de Joya, completamente rasurada, huesuda, oscura y marcada por la vida a la intemperie, desconfiada, reservada e introvertida. Tenía las orejas perforadas y llevaba un par de pendientes de hojalata. Empezó a desatarse el pelo adornado, trenzado.

—¿Por qué os peináis de forma tan extraña? —preguntó ella.

—Nos hace más temibles —respondió él y sonrió abiertamente.

Marianne se alegró de que no se limara los dientes en punta según costumbre de muchos de los Bárbaros. Una nube de jejenes comenzó a danzar sobre la superficie del arroyo.

—¿Es por eso por lo que también os pintáis la cara?

—Claro.

—Los Profesores piensan que vosotros los Bárbaros habéis involucionado a un estado bestial —dijo ella con tono de censura—. Sois la ilustración perfecta de la quiebra de la interacción social y la muerte de los sistemas sociales.

—No me digas —comentó él con total desinterés. Estaba ocupado observándola. Si él tenía un aspecto extraño para Marianne, ella era, al menos, igual de extraña para él: pequeña, limpia, elegante, pálida y segura de sí misma. Nunca había visto antes a una mujer de su clase tan de cerca, y la escrutaba con curiosidad mirándole la falda de tela y la blusa blanca, ahora manchadas de barro. Se examinaban recíprocamente como si el otro fuese un interesante espécimen pero fue él quien se cansó primero de mirar. Entre los Bárbaros había historias que decían que las mujeres de los Profesores no sangraban por las heridas, y aunque Joya no lo creía acarició pensativamente el cuchillo que le quedaba.

Pronto hizo demasiado calor para la piel de zorro y Marianne la llevó en el brazo. Joya iba delante. Aunque la tela de su ropa había sido robada a los Profesores, el gris sobrio original había sido teñido con colores pardos y verdes de musgo, porque los Bárbaros eran cazadores y tenían que pasar inadvertidos en los bosques. Joya rara vez miraba hacia atrás y ella tenía que avanzar como podía a través de los arbustos, hierbas altas, helechos y flores. Se preguntaba cómo habría llegado el Bárbaro a llamarse Joya; tal vez el nombre era una corrupción de otro, un nombre bíblico quizá, como Joel. Muchos de los Bárbaros pertenecían a sectas religioso—apocalípticas desde los tiempos de la guerra, como también algunos Profesores. O tal vez lo llamaban Joya porque era tan hermoso, aunque tan extraño.

Había pequeñas flores de color rosa en las zarzas y puntas amarillas en la aulaga. La hierba flauta más alta alcanzaba casi dos metros de altura, y él a menudo se abría paso con el cuchillo. Algunos de los tallos de los helechos eran tan gruesos como la muñeca de Marianne. Enredada en unas malezas llamó a gritos a Joya, pero él no la oyó porque el bosque parecía estar envuelto en un elemento más pesado que el aire y ahogaba las voces. Había un silencio extraordinario. La luz que se filtraba entre las hojas era totalmente verde. Al tirar para desprenderse de la maleza, Marianne se rasgó la falda. Joya la esperaba bajo el esquelético candelabro de una hierba gigantesca. Sonreía irónicamente.

—No hay necesidad de preguntarse por qué hubo que meter a los Profesores en los refugios, cuando ni siquiera saben abrirse camino en el bosque. Si yo no estuviera contigo darías vueltas y más vueltas caminando en círculo.

—No estoy familiarizada con el terreno —espetó ella. Él parecía sacar un placer inmenso, si bien burlón, del sonido puro y redondo de las vocales de Marianne. Ella suponía que él la llevaba como un trofeo de guerra, menos útil que una pieza de tela pero más interesante. Le dolía la cabeza por el deslumbrante verde del bosque bajo el sol. A medida que avanzaban, los ojos empezaron a engañarla. De pronto él parecía más alto que el más alto de los árboles; cuando estiraba los brazos hubiera podido tirar del cielo hacia abajo. Luego se encogía hasta la nada y ella lo perdía entre la hierba.

—Tendrías que haber dormido un poco —dijo él con una vaga irritación, apareciendo junto a ella con los ojos en blanco—. Ahora estás débil y floja.

—Sobreviviré —dijo Marianne, porque no quería que él la ayudara.

Una ardilla parloteó entre las ramas. Latía como el reloj del padre, pero era un reloj biológico de carne y hueso que no marcaba las horas. Vuelto hacia la invisible ardilla, el

rostro de ella tenía un aspecto tan aterido y fantasmagórico que él dudó de pronto que fuese real; apoyó una mano sobre la mejilla de Marianne para comprobar si era de carne.

—No me toques —dijo ella, retrocediendo.

—No es ningún placer —dijo él, ásperamente, porque el gesto lo había traicionado; pensaba que él no creía en fantasmas.

Hacia el mediodía Joya le permitió a Marianne descansar en un claro, entre unas piedras que alguna vez habían sido una casa. Unas pocas plantas de jardín, salvaje y forzosamente vueltas a la naturaleza, se mezclaban con los trozos de mampostería caídos, donde crecían árboles de hiedra oscura. Fuera de las comunidades, el orden de la naturaleza estaba trastocado; una abeja zumbaba sobre un mágico girasol de más de medio metro de diámetro. Un macizo de ruibarbo se había convertido en una plantación de tallos enormes, jugosos, que sostenían un espeso techo de hojas mordidas por los gusanos.

—¿Te enseñaron medicina alguna vez?

—Sólo un poco de historia y teorías sociales.

—Eso no ayudará a mi hermano enfermo.

—¿De qué está enfermo?

—De gangrena.

Marianne recordó la herida enconada del hombro del Bárbaro que había visto en el camino el Día de Mayo; sobre el cuerpo del hombre la gangrena se habría extendido como una hiedra.

—De todos modos, lo más probable es que haya muerto antes de que nosotros lleguemos. Es el mediano de nosotros. O lo era. Para ser exacto, es mi hermanastro.

Todos mis hermanos lo son, ¿sabes?, a causa de la facilidad con que las mujeres de mi padre mueren de parto. ¿Tú tienes hermanos?

—Tenía uno pero los Bárbaros lo mataron.

—Ojo por ojo, diente por diente —dijo Joya filosóficamente, masticando un tallo de hierba.

Hablaba como un hombre de cierta educación, y eso sorprendía mucho a Marianne, quien siempre había pensado que los Bárbaros eran completamente analfabetos; tenía además, en sus elegantes aunque abruptos movimientos, así como en su lenguaje, un estilo que el padre de Marianne hubiese llamado irónico, y que ella podía reconocer a pesar de ser poco común entre los Profesores. Hablando con ella, Joya volvía a medias la cabeza y la observaba de reojo, como tratando de averiguar qué efecto le producía a Marianne, o quizá temiendo perderla de vista, y temiendo al mismo tiempo mirarla demasiado de cerca. Aun así, sus propias sospechas parecían divertirlo pues ella era sólo una muchacha.

—¿Qué enfermedades tienen los Bárbaros?

—Barbaros... —repitió él amorosamente, dando el mismo peso a cada sílaba, con lo que la palabra perdió todo significado y se convirtió en algo abstracto—. Fiebres, a causa del agua mala; cáncer, cuando nos hacemos viejos si no antes, tétanos, si nos lastimamos, y esa corrupción de la sangre, ¿sabes? Cuando te secas y te vas en cuestión de semanas.

—¿Enloquecen los Bárbaros?

Joya le echó una mirada de extrema curiosidad.

—Por lo común no tienes tiempo; es necesaria la ociosidad para volverse

propiamente loco. De todos modos, Donally está loco. No es que yo tenga mucho con qué compararlo, pero en general pienso que está un poco loco.

—¿Quién es Donally?

—Mi tutor —dijo él—. El doctor Donally. No es que me haya enseñado a leer.

—Qué extraordinario que tengas un tutor.

—Él se nombró a sí mismo; yo no lo quería. Llegó trayendo una serpiente en una caja cuando mi padre, pobre infeliz, estaba viejo y enfermo. Y el doctor llegó a lomos de un asno; tenía un bebé con él, envuelto en una manta, un bebé que no hacía más que babear. Y tenía cajas de libros y un montón de agujas para tatuajes. Y traía colores, un montón de colores.

—¿Es un hombre alto con una barba roja y púrpura?

—¿Dónde lo has visto? —preguntó él vivamente.

—En el bosque. Estaba sola y vi pasar a tu tribu pero creo que a ti no te vi. Si te hubiera visto creo que te recordaría, o tal vez no.

—Y yo que pensaba que marchábamos tan en secreto.

—Yo estaba sola, nadie sabía dónde me encontraba y no le dije a nadie lo que había visto. Fue el día en que murió mi padre cuando vi a tu tribu. Sentí mucha lástima por ellos, estaban demasiado cansados. Si no los hubiese visto tan indefensos le habría dicho a mi tío que te escondías en el cobertizo y mi tío te habría matado.

Hizo una pausa para observar la reacción de Joya, y se dio cuenta de que estaba aburriéndolo. Era casi mediodía. El sol brillaba en lo más alto del cielo y no había ninguna sombra.

—Vamos, sigamos adelante.

Marianne no miró por dónde andaba y pisó una víbora que estaba tomando el sol sobre una piedra tibia; la víbora le mordió la pantorrilla y se deslizó entre los helechos como un rayo multicolor. Marianne sintió un dolor abrasador alrededor de la herida.

—Ajá —dijo Joya con profunda satisfacción, como si hubiese estado esperándolo.

Hizo que ella se acostara en la hierba, sacó el cuchillo y cortó la herida. Luego acercó la boca, chupó el veneno, escupió, y siguió chupando. Marianne abrió y cerraba los puños sintiendo la boca húmeda de él sobre la piel; el dolor era terrible. No estaba segura de que este remedio tan primitivo fuera eficaz. Joya se arrancó las mangas de la camisa y le envolvió la pierna con un vendaje apretado.

—¿Por qué no lloras cuando te lastimas? —le preguntó.

—Sólo lloro cuando estoy emocionada —respondió Marianne. Nunca le había ocurrido nada que le doliera tanto.

—Quédate quieta un rato; luego tendrás que caminar. O también te podría dejar aquí.

A pesar de no ser supersticioso, le interesó y tal vez le tranquilizó ver la sangre en la hoja del cuchillo.

—Ah, no; no me dejarás aquí aunque tengas que cargarme.

—Eso es otro cantar. Por fortuna no era más que una víbora. *Viperus berus* —dijo él negligentemente. El dolor aturdió a Marianne; no podía creer que Joya hubiera dado al ofidio el nombre científico—. Es una víbora venenosa pero hay otras que lo son todavía más. Aunque tengo entendido que antes no ocurría así; y ahora en realidad lo peor son los

gatos.

—Pensé que los gatos tenían cierta utilidad para los Bárbaros.

—¿Quién te contó eso, que cosemos los gatos dentro de las mujeres?

—Mi niñera. Pero era una vieja tonta.

—Los gatos y los Parias son lo peor, peores que los lobos. Los gatos se tiran de las ramas si rondas una madriguera; te caen sobre los hombros, te arañan la piel, y te arrancan los ojos. A mi hermano le arañaron un brazo. Después la herida se infecta. Algunos te ensucian con saliva. Antes se sentaban junto a las chimeneas y ronroneaban, ¿no es cierto?

—Eso era lo que hacían todos los gatos, antes de la guerra —dijo Marianne—. Ahora sólo los gatos de los Profesores saben cómo comportarse. Mi niñera tenía un buen gato. Era negro y lo único que hacía era cazar ratones y a veces algún pájaro.

—Dijiste que era una vieja estúpida; ese gato sólo estaba esperando el momento oportuno. —Era un gato doméstico.

—Los Parias, sin embargo, tienen flechas envenenadas, lepra, sífilis y ninguna dignidad, lo cual es terrible. ¿Cómo te sientes de la pierna?

—Quema.

—¿Tienes miedo de morir?

—¿Cómo? ¿Quieres decir en general?

—No —dijo él—. En este preciso momento.

—No hasta que tú lo mencionaste. Entonces sentí una punzada.

—Bien, quiere decir que saqué el veneno —dijo él satisfecho—. Es un mal síntoma; el miedo a la muerte es funesto. Y tú has palidecido.

—¿Eso es bueno o malo?

—Bueno. En caso contrario te hubieses puesto de todos los colores, como el cielo del atardecer, e incluso te hubieses cubierto de ampollas.

El resto del viaje hasta el campamento le pareció a Marianne una alucinación; ahora no sólo la engañaban los ojos sino también los oídos, y perdía el equilibrio. Algunas veces él la sostenía, otras se adelantaba para abrirse paso; llegaron a un amplio claro en el que abundaban los ranúnculos, y Joya dejó a Marianne sola con el viento que le soplabla la cara como un aire desmelenado. La superficie de la pradera se agitaba y resplandecía con el movimiento de la hierba y él caminaba a través de los coloridos ranúnculos como una sombra tangible. Un cuervo se transformó en un ave blanca al volar a través de los rayos del sol. Marianne sentía un dolor agudo. Le parecía a veces que él la llevaba en brazos, pero quizá estaba soñándolo. Joya le dio a oler algunas madre selvas pardas y blancas para distraerla. Bajo los árboles, andaban por un laberinto de luces y sombras.

—Déjame contarte algo más acerca de la *Viperus berus* —quizá dijo él—. El doctor es un hombre práctico y piensa que la religión es una necesidad social. Las discusiones sobre este tema son interminables porque yo no le creo, pero al final dejo que él gane, porque tiene un cofre con venenos, y yo soy muy cuidadoso con los venenos. Así que él guarda su *Viperus berus* en una caja por necesidad social y de vez en cuando convence a todos para que la adoren.

—¿Es un culto fálico? —quizá preguntó ella.

—El doctor no lo ha decidido —respondió Joya, que ahora la llevaba en brazos—. Algunas veces es fálico y otras no; depende del humor del doctor.

La próxima cosa que supo fue que marchaba cojeando junto a Joya, apoyándose en el brazo de él, y que el sol había declinado y los rayos caían oblicuamente. Marianne miró por encima de las hojas y de los miles de formas verdes que la rodeaban, y vio las finas mallas que salpicaban el cielo como un tejado de alambre que encerrara todo lo que había abajo.

—Si es que tienes que adorar algo, ¿por qué no la víbora, que muda la piel y reaparece fresca y preparada para todo? También puede formar un círculo perfecto metiéndose la cola en la boca para defenderse. Te advierto que yo no tengo nada en contra de las víboras.

—Desearía poder estar de acuerdo.

—Una vez mordido, dos veces prudente —dijo él.

Lo mismo le había dicho la niñera, en la cocina, cuando ella tiró de la cola del gato y el animal la arañó. El arañazo no se infectó porque era un gato doméstico. Tocó con el dedo uno de los pendientes de Joya, y la hojalata tintineó con un leve campanilleo. Quizá dejaron atrás un círculo chamuscado donde los Parias habían encendido un fuego, y quizá dejaron atrás un esqueleto. Luego ella vio a una mujer con ropas oscuras que recogía setas; Joya le indicó que guardase silencio y se acercó a la mujer por detrás, con cautela; Marianne pensó que él inmovilizaría a la mujer, cuyos chillidos resonaron en el agujereado techo de árboles, pero Joya reía. Soltando las setas, la mujer cayó de rodillas, gimoteando.

—Vamos, no habrás creído que me habían matado, ¿no? —dijo él, malhumorado—. Piensas que estoy muerto, ¿verdad?

Levantó con los dedos los párpados cerrados de la mujer, y bruscamente le metió la mano en la boca.

—Saboréame. Soy real.

La mujer le chupó los dedos vorazmente y se echó a reír.

—El doctor está rezando por tu alma —dijo—. Cuando regresaron sin ti dijo que habías muerto, como los otros.

Marianne pensó que el lenguaje de la mujer era mucho más torpe e impenetrable que el de Joya; parecía que se tragaba la mitad de las palabras antes de decirlas. Joya tomó a la mujer por las axilas, la puso de pie y la condujo ante Marianne. La mujer llevaba alrededor del cuello un tiento de cuero del que pendía un cráneo de armiño, y un caparazón calloso le protegía los pies desnudos. Vestía unos pantalones holgados, una camisa con una especie de bordado de plumas y un chaleco de piel; estaba negra de suciedad. Miró a Marianne, con los ojos muy abiertos, asustada.

—Ésta es la hija de la hija de la hermana de mi padre —explicó Joya.

La mujer se echó hacia atrás y tal vez hubiera salido corriendo si Joya no la hubiese tenido fuertemente de la mano. Tenía los ojos tan abiertos que se le podía ver un borde blanco todo alrededor de las pupilas. Los viajes y los partos la habían convertido en una criatura sin edad.

—Esta muchacha se llama Marianne, es la hija de un Profesor de Historia —dijo Joya—. Sabe cómo corre el tiempo y vino conmigo por propia voluntad. La picó una víbora pero no se murió, siguió caminando.

El rostro y la voz de él eran igualmente inescrutables. La mujer miró primero a Joya,

luego a Marianne, pero ninguno de ellos la tranquilizó. Marianne estaba demasiado dolorida y era demasiado contumaz para sonreírle. Entonces la mujer volvió a caer de rodillas, temblando, e hizo determinados gestos con la mano que Marianne había visto por primera vez a los seis años y se dio cuenta de que estaban destinados a alejar el mal de ojo. Quería pedirle a la mujer que no fuera tan tonta, pero se sentía a un tiempo mareada y aturdida.

—Tómame de la mano —le dijo a Joya—. Estoy desfallecida.

Él obedeció.

—Por favor, levántate —le dijo Marianne a la mujer—. Me turbas.

—Ésa es una palabra que los hombres de los bosques no oímos con frecuencia —hizo notar Joya—. Vamos, Annie, ya la has oído. Levántate.

Bostezó, como si de pronto estuviera demasiado aburrido. La prima de Joya se levantó pero no quiso andar junto a ellos; se retrasó algunos pasos murmurando al parecer conjuros y hechizos. Los árboles fueron haciéndose más escasos, y el bosque acabó bruscamente. Marianne sintió un acre hedor de excrementos y caballos; habían llegado.

Frente a ellos se extendía un hermoso valle; pasturas frondosas rodeaban un ancho río bordeado por juncos en flor. En la otra orilla se alzaba una casa de una especie que Marianne no había encontrado nunca, aunque había visto suficientes fotografías y grabados como para poder identificar partes de la casa y darles los nombres históricos. Esta casa era un gigantesco memorial en piedra ruinoso, una compilación de innumerables estilos olvidados a los que ahora la devoradora red de hiedra, el terciopelo del musgo y la podredumbre de los hongos daban una cierta verde unidad. Totalmente abandonadas a la decadencia, barrocas obras de piedra de estilo Jacobo II, torreones góticos murmurantes de pájaros y una columnata palladiana de patética elegancia se convertían indiscriminadamente juntos en escombros irreductibles. El bosque se encaramaba a los tejados hundidos en malas hierbas amarillas, purpúreas, malezas y arbustos arraigados entre los huecos de las tejas. Por las ventanas entraba y salía el follaje, como si el bosque hubiese acampado dentro, y estuviese cobrando fuerzas para la erupción verde que un día haría saltar las paredes hacia el cielo, de vuelta a la naturaleza. Uno o dos caballos pastaban sobre una terraza de florido estilo renacentista inglés. Sobre la balaustrada había varias estatuas erosionadas, sin brazos, vestidas o desnudas y adornadas con guirnaldas. Parecían los supervivientes petrificados de una maligna fêtechampêtre que hacía mucho tiempo había acabado en catástrofe.

Bajo la terraza había un grupo de rosales que alguna vez habían sido un jardín. Todas las rosas florecían en árboles altos y espinosos, que se enredaban entre sí y se mecían desparramando pétalos. Adondequiera que Marianne mirase, había hombres, mujeres, niños y caballos. Unos pocos niños medio desnudos estaban sentados a orillas del río, pescando. Perros sarnosos se alimentaban de carroña en un inmenso muladar de huesos y estiércol líquido que se esparcía desde un costado de la casa como una mancha enorme. Los tres descendieron hacia el valle. Un muchacho estaba domando un potro junto a una pila de varas. Al ver a las tres figuras al otro lado del río, dejó escapar un grito estridente. El potro corcoveó y el muchacho cayó al suelo.

—Ése es mi hermano —dijo Joya—. Es el menor. Es el más guapo, es precioso.

El alivio y la alegría tuvieron que haber roto un dique en el corazón de Joya, pues

Marianne vio que estaba llorando. El muchacho se zambulló en el agua yendo al encuentro de Joya. Los niños tiraron las cañas de pescar y algunos corrieron a la casa llamando a sus padres, pero otros se echaron al agua para cruzar el río. Parecía que todas las gentes del campamento salían al encuentro de Joya abandonando de prisa todas las tareas, pero el hermano menor llegó primero y abrazó al hermano mayor, besándole la boca, las mejillas y los ojos.

—Precioso —dijo Joya—. Mi precioso.

Hasta pasado un rato, Marianne no se dio cuenta de que Precioso era el nombre del muchacho; los Bárbaros utilizaban cualquier nombre que encontraban por ahí, siempre que resplandeciera, brillara y les gustara.

Marianne advirtió que la actitud de la mujer del bosque se repetía una y otra vez a su alrededor. Primero miraban a Joya, turbados ante la posibilidad de que estuviese realmente muerto y a pesar de todo hubiera regresado, pero luego, viendo que dejaba huellas en el suelo, que era material y besaba a su hermano sin hacerle ningún daño, se apretaron alrededor de él tratando todos de abrazarlo, todos llorando de alegría pues llevaban el corazón en el rostro, exteriorización a la que Marianne no estaba acostumbrada. Pero al ver a Marianne, retrocedían. Joya le soltó la mano para abrazar al hermano, que tenía aproximadamente la edad de Marianne; ella permaneció de pie, inmóvil, y dejó que Joya continuara bajando hacia el río; la tribu lo siguió, dejándola atrás.

Hombres, mujeres y niños seguían emergiendo de la casa. Una niña morena, desnuda, salió del río empapada, saltó a los brazos de Joya y él la abrazó. Marianne se preguntó si podría ser hija de Joya, porque él la besó con mucho cariño y se rió. El terreno era muy esponjoso y se hundía bajo los pies de Marianne.

Algunas personas volvían la cabeza y le echaban miradas furtivas haciendo vagos y nerviosos gestos de protección. El sol brillaba, pero Marianne sentía mucho frío. Un niño de unos cuatro años se precipitó de repente sobre Marianne y le arrancó un jirón de la falda, antes de que ella pudiese impedirlo. El niño retrocedió unos pocos metros, y se acucilló masticando la reliquia, como esperando algún efecto mágico inmediato, mientras echaba a Marianne miradas de sorpresa y miedo. La mayor parte de la tribu no la tenía en cuenta. Todos empezaron a vadear el río y ella se quedó sola, pues al parecer Joya la había olvidado en la alegría de haber vuelto a casa.

La mujer de mediana edad que Marianne había visto dentro de la carreta, salió de la casa. Llevaba puesto un enorme delantal de sorprendente blancura y las mangas recogidas dejaban ver unos antebrazos fuertes y gruesos. Corrió a lo largo de la terraza y escalera abajo con andares torpes y agitados de mujer gorda; aunque Marianne estaba muy lejos de ella, alcanzó a ver cómo se le deshacía el rodete de pelo gris. La gente se apartaba para dejarla pasar, y ella abrazó a Joya con más fuerza que nadie. Luego miró al otro lado del río y Marianne vio claramente el índice de la mujer que la señalaba. Joya se volvió con rapidez y regresó corriendo hacia Marianne.

—Me olvidaste —dijo ella, acusadora.

—Estaba muy emocionado. No todos los días vuelves de la muerte. ¿Todavía puedes caminar?

Pero ella encontró muy difícil empezar a caminar después de haberse detenido. Él la llevó en brazos hasta el otro lado del río y la dejó delante de la limpia mujer que llamaban

señora Green, y que era la madre adoptiva de Joya. Tenía una cara ancha, blanda y cubierta de pecas. Besó a Marianne; olía a pan horneado.

—No temas —le dijo—. En el fondo, no es un mal muchacho; ninguno de ellos es malo, a pesar de su apariencia.

La niña trepó por el cuerpo de Joya como si fuera un árbol y se le sentó sobre los hombros tirándole del pelo. Joya le dio una palmada. Marianne estaba ahora tan aturdida que las caras morenas danzaban a su alrededor como hojas muertas. Cuando los Bárbaros vieron que la señora Green no se había convertido en piedra después de besar a Marianne, se agruparon alrededor con una audaz curiosidad y ella sintió que unas manos húmedas le exploraban los brazos, las piernas y el cuello descubierto. Incluso alguien tironeó del tosco vendaje que llevaba en la pierna.

—Dejadla en paz —dijo Joya—. La mordió la serpiente pero no murió.

Dio esta información desdeñosamente, pero los demás callaron y se apartaron de Marianne. La multitud se dispersaba ahora poco a poco volviendo a sus anteriores ocupaciones como curtir cuero, afilar cuchillos y fabricar cacharros, mientras Joya, su madre adoptiva, su hermanastro y la nieta de la señora Green, la niña, iban hacia la casa.

—¿Y Joseph? —preguntó Joya—. ¿Cómo está?

—Todo azul —dijo Precioso—. No es una broma, puedo asegurártelo.

—Creo que hacia la noche habrá muerto —dijo la señora Green—. Oh, mi pobre muchacho. Tanto dolor, y Donally no lo dejará solo ni tampoco lo aliviará.

—Y sólo tiene veintidós años —dijo Joya—. El primero de nosotros que se va.

La señora Green apoyó la mano confidencialmente sobre el brazo de Joya y la voz se le convirtió en un susurro.

—Joya, amor mío, alívalo.

—¡Yo no lo mataré! —exclamó Joya.

Marianne tropezó y dio un grito. Los demás la ignoraron.

—Quieres decir que tendría que sacarlo de su miserable situación como a un caballo con una pata rota, aliviarlo con la muerte, ¿no es eso? ¿Con un cuchillo o un revólver? ¿Qué sería mejor? ¿Tú qué crees?

—Es un deber de hermano —sentenció la señora Green—. No hace falta que pierdas la templanza, me parece. Lo haría yo misma, pero no es tarea para una mujer, y además Donally no me dejará entrar en el cuarto.

Joya cambiaba rápidamente de humor. Se quedó de pie bajo la luz benigna, y aunque unas lágrimas de alegría le humedecían aún los pómulos, mostraba ahora la más patética desesperación.

—Yo no lo mataré —dijo—. No, nunca.

—Alívalo, amor mío —pidió ella, como si no lo hubiera oído—. Tú sabes lo que quiero decir.

El pequeño grupo continuó caminando hacia la casa.

—No has visto nunca un dolor semejante —dijo la mujer vieja—. Y con qué anhelo llama a la muerte. Es tu deber, tu responsabilidad.

Joya le tapó la boca con la mano para que callara.

—Cuida a la joven, entonces. Dale algo de comer y métela en la cama o ella también enfermará. ¿Y qué hay que hacer, entonces?

—Yo voy contigo para estar segura —dijo la señora Green—. ¿No alimenté a Joseph con mi propia leche cuando era un bebé, como hice contigo? ¿No es él carne de mi carne casi? Oye, Jen, lleva a la joven a mi habitación y haz que se acueste.

La vieja y los dos jóvenes echaron a correr sin volver la vista atrás y subieron la escalera de la terraza para desaparecer en el grandilocuente pórtico de la casa, donde una puerta carcomida por los gusanos colgaba abierta y fuera de los goznes. Marianne se quedó a solas con la niña, que se dejó caer pesadamente sobre la hierba, con un suspiro. No llevaba más que una guirnalda de margaritas. Estaba enferma de tiña.

—Tú eres de los Profesores —le dijo a Marianne con firmeza. Tenía una voz muy profunda para una niña de tan pocos años.

—Sí —dijo Marianne.

—Tú mataste a mi padre —la acusó Jen.

—No, yo misma no —dijo Marianne con un encogimiento del corazón que no entendía—. Ellos lo hicieron en defensa propia.

—Él se vistió y se fue y no regresó y los Profesores lo mataron y lo cocinaron en el horno y se lo comieron con sal —dijo Jen firmemente—. Eso es lo que me dijo mi madre.

—Eso es lo que dicen todos —dijo Marianne, pero no apaciguó a la niña, que contrajo la cara y escupió. El escupitajo se pegó a la falda de Marianne como una gema extraña. Jen se alejó con dignidad. Tenía una úlcera abierta en la espalda. Marianne se sentía sola y enferma de dolor. Se arrastró por la escalera del frente de la casa, apoyándose en el gastado pasamanos. Los ojos se le nublaban y creyó ver animales peludos dentro del portal; estaba equivocada: todo lo que le salió al encuentro cuando entró en la casa fue el hedor de los albañales.

Los Bárbaros no se preguntaban por qué la casa estaba todavía en pie; era un buen refugio y por tanto se mudaron dentro y la llenaron con el humo de las hogueras y los abominables detritos. El vestíbulo estaba muy oscuro pero Marianne alcanzó a ver algunas viejas obras de talla en las paredes y una escalera de mármol que se curvaba perdiéndose en las alturas. El olor de la carne asada se mezclaba con el de los excrementos. Empuñaba aún una ramita de madreselva y la apretó contra la cara. Una mujer salió de las sombras del fondo del vestíbulo, se levantó las pesadas faldas, se acuclilló y orinó.

—¿Adónde ha ido Joya? —preguntó Marianne.

La mujer se tambaleó en medio del charco que se extendía por el suelo, hizo el signo contra el mal de ojo y gimoteó.

—Oh, no seas estúpida —dijo Marianne—. Soy de carne y hueso y quiero encontrar a Joya.

La mujer pareció impresionada por el enojo de Marianne y dijo:

—Arriba, en la habitación de Donally. —Y después de una mirada cautelosa, retrocedió metiéndose rápidamente en un agujero negro donde ardía un fuego. Marianne cojeó escaleras arriba y vio una puerta abierta.

Tal vez esta habitación había sido la capilla, pues parecía la parte más antigua de la casa, una bóveda alta y estrecha, de piedra oscura. Los arcos de las ventanas estaban cubiertos con cueros de animales y la única luz venía de algunas velas goteantes, puestas sobre las piedras planas. En las grietas de los muros crecían unas malezas. Alguien, ingeniosamente, había construido una estufa con una cazuela grande y le había añadido

una chimenea. La mayor parte del humo salía al exterior a través de un agujero que había en la ventana, detrás de los cueros; sobre esta estufa hervía una olla de la que se desprendía un perfume fresco que flotaba por encima del olor pútrido de la habitación. Era como si todos los espantosos olores que alguna vez la habían asaltado se juntaran y culminaran aquí; nunca había oído carne podrida. La ramita de madreselva se le cayó de la mano. Un montón de mantas se extendían sobre un colchón en el suelo, y Marianne supuso que eso era el hombre que se moría de una herida gangrenada.

En una esquina estaba el niño que había visto en el bosque, ahora encadenado a una grapa que había en la pared, royendo un hueso. Había juncos en el suelo y libros por todas partes, y botellas, recipientes, utensilios de formas extrañas y manojos de plantas secas. De pronto, el hermano menor pasó precipitadamente junto a ella, se inclinó sobre la balaustrada de la escalera y vomitó durante largo rato en el vestíbulo. Marianne no podía distinguir nada de lo que ocurría en la habitación, sólo unas siluetas que se movían junto a la cama improvisada y el destello del delantal de la señora Green; había mucha confusión, algunas voces irritadas, gritos terribles y murmullos, y en ese momento Marianne se desmayó.

La señora Green tenía una habitación sólo para ella porque era vieja y seria. También insistía en tener un orinal propio. En un marco de plata deslustrado, sobre el arcón de madera en que guardaba sus pertenencias (unos pocos vestidos, varios delantales, las horquillas para el pelo y un libro que no era menos valioso para ella porque hubiera olvidado cómo leerlo) conservaba una fotografía de la mujer de un Profesor de Economía para quien había trabajado tiempo atrás. El libro era un ejemplar de Grandes expectativas. Conservaba también, envueltos en papel, el primer diente de leche que había perdido Joya y un rizo de su cabello.

En las paredes de la habitación había, aquí y allá, trozos de papel rojo, aterciopelado al tacto, que al despegarse revelaban unos grandes parches de yeso con diversas tonalidades de humedad y podredumbre que daban al revoque la apariencia de una gigantesca contusión. Mientras la señora Green lavaba la pierna de Marianne con agua tibia y le ponía vendas limpias, la joven miraba esta contusión, que se transformaba continuamente y tenía distintas formas, casi siempre familiares pero irreconocibles.

La señora Green le cedió la cama: un colchón de heno con sábanas de hilo y algunas mantas, todo robado. Mientras Marianne estuvo enferma, la mujer la acompañó la mayor parte del tiempo, y aunque rara vez hablaba con ella, a veces le cantaba las mismas nanas que le había cantado la niñera. Marianne estuvo muy enferma durante mucho tiempo y a veces deliraba, y confundía a la señora Green con su niñera, y se calmaba o angustiaba, dependiendo de lo que recordase, la infancia o los últimos días de la niñera. Cuando deliraba, veía imágenes de serpientes y cuchillos en la habitación, que a veces se convertía en el bosque, y ella estaba sola allí. Pero una noche despertó de un sueño profundo, insólito, sin imágenes, y vio que la habitación, aunque poblada de sombras inciertas y silencio, era una habitación de paredes rojas, y que un fuego ardía en el hogar.

Su compañero de viaje estaba agachado junto a la lumbre. Lo reconoció en seguida. La señora Green, una figura sólida y por fin inconfundible, sentada en un tronco de árbol, peinaba lentamente el largo pelo negro de Joya. El muchacho apoyaba la cabeza sobre las rodillas de ella, cubiertas con un delantal, y la luz del fuego los transformaba a ambos en

un claroscuro melodramático aunque digno. Marianne se incorporó apoyándose en los codos para observarlos, pues nunca había visto nada tan antiguo ni tan romántico, excepto en las xilografías que encabezaban las baladas en los libros más valiosos de su padre.

—La muchacha ha despertado —observó la señora Green—. Es una muchacha afortunada. No todos se recuperan de una mordedura de serpiente.

—¿Está bien? —preguntó Joya amodorrado.

Marianne asintió. Se sentía lúcida y recuperada, y volvía a pensar con coherencia.

—Es una niña fuerte —dijo Joya—. Lo reconozco.

—Está lejos de su hogar —dijo la señora Green—. Te agradeceré que te mantengas apartado, querido; tenlo en cuenta.

—¿Y murió tu hermano, al final? —preguntó Marianne estremeciéndose.

Joya bajó los ojos y se miró los dedos; Marianne comprendió que había sido indiscreta.

—Oh, sí. Murió antes de que yo recurriera a la dudosa prerrogativa de despenarlo. Todo lo que tuve que hacer fue cavar la tumba. Soy el ejecutor público, ¿sabes?, y también el jodido enterrador.

—¡Cuida tu lenguaje delante de una joven dama! —exclamó la señora Green.

Joya le echó a la mujer una rápida y asombrada mirada, y se puso a reír, pero la risa se le quebró en otro convulsivo acceso de tos. Cayó al suelo y se encogió, mientras que la señora Green cloqueaba agitándose en vano, y Marianne, viendo cómo Joya se retorció, sofocaba y boqueaba, pensó confusamente: «Morirá joven».

—Recuérdalo siempre, no piensan —dijo la señora Green—. Saltan de una cosa a otra como de una piedra a otra cuando vadean un río, y siguen así hasta que caen al agua.

—¿Joya nunca piensa, a pesar de su educación?

—A veces piensa —respondió la señora Green, mientras arreglaba los dobladillos de una camisa bordada para que Marianne tuviera algo que ponerse. Sacaba las agujas de una cajita que conservaba con sumo cuidado, desde una noche atroz, a los dieciocho años, en que vio arder la casa y una bala le arrancó la cabeza a su marido. Como él era un viejo que la golpeaba a menudo y le exigía prácticas antinaturales en la cama, ella le pidió a un jinete que en ese momento recargaba un rifle que la llevara consigo; el hombre la alzó en vilo y ella montó a la grupa del caballo; le dio luego una serie de hijos hasta la noche de otro asalto en la que él ya no volvió. Así fue como la señora Green llegó a la tribu.

—A veces Joya piensa, pero normalmente consigue que el doctor piense por él.

Un viento frío y húmedo pasaba a través de las ventanas sin cristales. Afuera estaba lloviendo; era un día de verano frío y húmedo. La camisa que la señora Green tenía en las manos era de lana fina, originalmente tejida en una aldea de Profesores y para uso de los intelectuales, pero ahora estaba cubierta de margaritas rojas y amarillas y espejuelos, una prenda llamativa y totalmente distinta.

—Les gustan los colores brillantes, ¿ves? —dijo la señora Green, con un ligero desprecio—. Colores brillantes, cuentas, cosas que relucen. Son como críos, te lo aseguro.

Los colores de los Profesores eran los pardos, los sepías, blancos, negros y distintos tonos de gris. Toda la ropa de Marianne había sido siempre formal, de colores apagados, y la señora Green aún vestía con colores oscuros, como si se negara a capitular sin condiciones ante la tribu. Tal vez una parte de sí misma aún esperaba otro cambio. Hablaba de la tribu con desapego, a pesar de ser allí una mujer de autoridad.

—Yo hubiese huido, si hubieran matado a Joya. Los otros son como críos pequeños que creen en lo primero que les pasa por la cabeza, y no confío en el doctor. Hace años que le dije a Joya que lo matara, pero él no quiso. Los demás le tienen demasiado miedo. Sería un infierno si el doctor Donally se encargase de todo, un verdadero infierno, sin respeto por los viejos ni por nada. Sólo torturas, mutilaciones y exhibiciones de magia.

Marianne arqueó las cejas.

—Un infierno —repitió la señora Green—. Un infierno sobre la tierra.

La palabra «infierno» le indicó a Marianne que la señora Green había pertenecido a alguna de esas fanáticas sectas religiosas que aún florecían en ciertas comunidades de Profesores, y más raramente también entre los Bárbaros. Estas sectas compartían la creencia de que la guerra era una demostración de la ira del Señor. Las comunidades mantenían Profesores de Teología mientras que los Bárbaros (se decía) llevaban a cabo sacrificios humanos. Marianne recordó descripciones del infierno en los libros de su padre, un lugar de fuego y tormento. La violenta lluvia repiqueteó dentro de la habitación.

—¿Hubiera escapado regresando al sitio de donde había venido, con los Profesores?

Por un momento, la señora Green dejó de coser y miró fijamente la aguja, como

recordando las primeras cosas que había cosido con ella.

—Tú no comprendes el corazón de una madre —dijo. La conversación de la señora Green estaba sembrada de lugares comunes.

—No. ¿Pero lo hubiera hecho?

—Soy demasiado vieja para volver atrás —dijo la señora Green—. Me he acostumbrado a

viajar y a todo esto. Tal vez me hubiera llevado a mi nieta, mi pequeña Jen, marchándome a la costa. La madre de Jen no cuida bien a la niña, es tonta, la madre quiero decir, y el padre de Jen era mi hijo, está muerto. Me hubiese ido a la costa, tengo una hija que se casó allí, entre los pescadores. Quizás allí es adonde me iría, si alguna vez matan a Joya.

—¿Y no confía usted en ninguno de los otros hermanos? ¿No son ellos también hijos adoptivos suyos?

—Salvajes —le dijo la señora Green—. Todos unos salvajes.

Marianne estaba sentada, cubierta de pieles para protegerse del frío, mientras la señora Green charlaba en un murmullo continuo. Era la charla de una anciana que necesitaba compañía, y todas sus palabras mostraban la pasión que sentía por el mayor de sus hijos adoptivos. Marianne abrió una compuerta al decir:

—¿Cómo puede un hombre llamarse a sí mismo Joya sin embarazo?

—Joya Lee Bradley, su madre era una Lee. Los Lee son un clan de Viejos Creyentes, pero tienen clase. Eran agentes de viaje antes de la guerra, ¿sabes? Joya era el hijo adorado de la madre, aunque él no la recuerda; siempre fue una mujer muy hermosa, y era tan feliz de haber tenido un varón, porque antes había tenido dos niñas, y ambas murieron. Se sintió tan feliz con un hijo varón que lo llamó Joya, su propia Joya. Y luego ella murió, pobrecilla; lo tuvo y ya no dejó de sangrar. Perdió toda la sangre y yo amamanté al hijo, ya que uno de los míos acababa de morir. Los Bradley son todos morenos como el padre, el viejo Bradley, que era negro como la brea aunque de todos modos rara vez se lavaba. Pero debajo de la mugre era negro de veras. Y todos los Lee son rubios y ágiles, llenos de gracia; Joya lo hereda de la madre. Y buenos con los caballos, en esto los Lee son famosos. Son domadores de caballos.

A Marianne le pareció interesante encontrar una veta de presunción entre los Bárbaros. Si Joya era un huérfano de la tempestad, era también un aristócrata, lo cual podría explicar la arrogancia de sus modales. No había vuelto a que su madre adoptiva le peinara los cabellos. Nadie visitaba a Marianne desde que se había recuperado, pues ahora era una prisionera. Una costra dura le cubría la herida de la pierna y podía caminar tan bien como antes, pero la señora Green aún no le permitía dejar la habitación y Marianne ya no tenía una idea clara de cuánto tiempo había permanecido allí.

Si entre los Profesores el tiempo estaba congelado, aquí ella no tenía noción del tiempo, porque los Bárbaros no dividían la existencia en horas, ni siquiera en mañanas, tardes y noches, y sólo tenían en cuenta las dos formas originales de oscuridad y luz, de modo que el día era un bloque indistinto de actividad, y la noche de olvido. Marianne fue encerrada en la habitación. Atrancaban la puerta con algunos troncos de árboles, puestos fuera de través, y casi siempre la dejaban sola, pues como la señora Green ya no tenía que cuidarla, se dedicaba a otras obligaciones domésticas y sólo aparecía para llevarle la triste

y pesada comida, o para echarse a dormir en el colchón al lado de ella. El mal tiempo continuaba; Marianne observaba las cortinas de lluvia que cambiaban y se fundían.

Al oscurecer, fantasmas de jinetes aparecían entre los árboles borrosos. Saliendo del bosque cruzaban el río con los caballos cargados de ciervos muertos, cerdos salvajes y ovejas; los hombres envueltos en pieles estaban tan cubiertos de barro que no parecían hombres sino una emanación del bosque. El barro y el cansancio los convertía a todos en seres anónimos, y el ala ancha y mojada de los sombreros de fieltro les ocultaba la cara; ella nunca pudo identificar a Joya entre ellos. Unos perros miserables se arrastraban al lado de los hombres y todos marchaban en silencio.

Se sentía transportada a otro planeta. Aquí el aire mismo era un elemento diferente, húmedo, frío y con un sutil sabor a excrementos, una sustancia que había que tragar como la mala comida. Incluso las llamas de la chimenea eran un tipo de fuego diferente cuando la señora Green lo encendía, un fuego que amenazaba calentar y no calentaba lo suficiente, y que en cambio escupía un humo tan penetrante y acre que los ojos de Marianne estaban siempre lagrimeando. Ráfagas de sonidos, gritos roncós y relinchos de caballos entraban en la habitación. Algunas veces escuchaba unos feroces aullidos inhumanos y pensaba que eran los gritos de los lobos allá afuera, en el bosque. Otras veces creía escuchar música, que parecía venir de dentro de la casa misma, aunque a menudo la confundía con el sonido del viento que suspiraba entre las ramas de los árboles. Y si Joya no vino a visitarla, tampoco lo hizo el tutor; era como para pensar que ella estaba en cuarentena.

—Bueno, Donally considera que podrías bajar mañana por la mañana —dijo la señora Green una noche, quitándose las horquillas de hueso del rodete; el pelo le cayó en ralos mechones grises alrededor del cuello arrugado—. Pero, escucha..., te lo advierto: nunca comas nada que no te haya cocinado yo misma o te haya dado con mis propias manos. Y mantente a mi lado, recuérdalo, no te vayas correteando por ahí.

—¿Por qué?

—Por lo que podríamos llamar una medida profiláctica —dijo la señora Green. Se envolvió en un voluminoso camisón de franela y apagó de un soplo la llama de la sucia lamparilla: una mecha de hilachas que flotaba en la grasa animal del platillo. Luego se acostó junto a Marianne; Marianne sólo podía distinguir el trémulo resplandor de la carnosa espalda de la mujer, un muro sólido.

Marianne observó a la señora Green, que preparaba el desayuno en la cocina vacía donde los cazadores habían comido horas antes. La señora Green cocinaba en una cazuela de metal que había puesto sobre el fuego; mezclaba harina de un saco robado a aquellos que habían labrado la tierra penosamente, separando las buenas semillas, y sembrándolas. Habían cosechado la siembra, habían molido el grano, y luego vinieron los Bárbaros y les quitaron los sacos de harina, aunque ellos eran los legítimos propietarios y quienes tenían que haber comido esa harina si es que había algo parecido a la justicia natural. Para hacer el pan, la señora Green mezclaba la harina con sal, grasa animal y agua en un cuenco de cerámica tosca.

—El pan es un pequeño lujo —dijo la mujer.

Pero aquel pan sin levadura era sólo una especie de galleta ácida. La mujer preparó también unas gachas aguadas con otra clase de grano; estas gachas sabían principalmente a humo. Había carne fría y un poco de leche para Marianne, aunque era una leche pobre y

la señora Green le agregó además un poco de agua. Marianne se sentó ante una enorme mesa desvencijada y comió los extraños alimentos que eran ahora su dieta habitual.

La cocina parecía más una cueva. Había cristales en casi todas las ventanas, pero tan empastados de mugre que sólo el gran fuego que crepitaba en la chimenea y la puerta abierta a la luz de la mañana daban un poco de luz. Trozos de carne que estaban ahumándose colgaban por todas partes suspendidos de ganchos, y unos grandes moscardones brillantes zumbaban alrededor. Había aún allí unos pocos muebles carcomidos, y una cómoda se mantenía todavía en pie, misteriosamente, cargada de una porcelana antigua y desportillada que la tribu era demasiado supersticiosa para utilizar.

Había también un gran fregadero lleno del mismo musgo brillante que cubría las losas del suelo con una pelusa esmeralda. Había olor a tierra, a comida putrefacta, y aquel penetrante olor a excrementos. Marianne se encerró en sí misma y comió porque había que comer.

La pequeña Jen se sentó sobre la mesa y entornando los ojos la miró inquisitivamente. Era un día frío y Jen vestía una túnica de piel de pelo largo que la hacía parecer un antiguo y pequeño bretón. Marianne contemplaba a la arcaica criatura y se preguntaba si esa vestimenta era una prueba de la rapidez con que los Bárbaros se hundían en el pasado, o la muestra de una adaptación a nuevas circunstancias. De pronto Jen le pegó en la mano a Marianne, que derramó una cucharada de gachas.

—No me gusta que me mires —dijo Jen.

—Tampoco a mí me gusta que tú me mires —contestó Marianne, furiosa.

—Oye, ¿tengo que ser amiga de ella? —preguntó Jen a su abuela, quejumbrosa. La señora Green vigilaba una cazuela que estaba sobre el fuego, en la que se cocía un pan; las llamas proyectaban la sombra de la mujer sobre la pared opuesta.

—No sé —dijo la señora Green—. No estoy segura, nadie me lo dijo.

—Cómo, ¿el viejo no lo dijo?

—Nadie me dijo nada excepto que hay que cuidarla —dijo la señora Green con un suspiro.

Miró pensativamente a la joven y a la niña, reflexionando; de pronto dio una orden brusca y arbitraria:

—Dale un beso. Vamos. Es una persona de verdad.

Unas melodramáticas nubes de humo ondearon desde la chimenea, ennegreciendo el pan. Jen soltó un asombroso chillido y dio un respingo que se convirtió en un estremecimiento. Retrocedió temblando, gateando hacia atrás sobre la mesa hasta la parte en sombras, fuera de las luces del fuego y el día. Retrocedió tanto que al fin cayó al suelo; se volvió y escapó al pasillo. Los pies desnudos sonaron levemente sobre la piedra y se alejaron hacia las profundidades de la casa. La señora Green se encogió de hombros, vació la cacerola en un plato de madera, y empezó a quitarle el hollín al pan, raspándolo con un cuchillo.

—Cualquiera puede equivocarse —dijo—. Pensé que podía darte un beso, ¿sabes? Pensé que te haría parecer más natural.

Marianne entendió que para la niña ella era una bruja, una impresión errónea pero aun así razonable, desde el punto de vista de un niño. Sintió un cierto placer irónico. Un perro se acercó y le husmeó la rodilla; Marianne le dio los restos del desayuno. Luego el

perro levantó una pata para orinar contra la mesa, y la señora Green le arrojó un cazo de agua, además de una lluvia de improperios.

Marianne volvió a pensar que la posición de la señora Green era la de ama de gobierno o, tal vez, más correctamente, la de una especie de matriarca doméstica. A lo largo de todo el día la señora Green recorría la casa inspeccionando cosas; la casa era un campamento de varias plantas. Bajo las molduras de los techos rotos, los fuegos del efímero caravasar brillaban y se elevaban con una luz mortecina; todo tenía un aspecto transitorio, aunque si el hogar era el sitio del corazón, los niños parecían suficientemente amados. Los adultos trabajaban. Algunas mujeres preparaban las pieles mediante procedimientos primitivos, descarnando los cueros con cuchillos pequeños. Otras bordaban en las telas dibujos de gallos, rosas, soles, bollos, cuchillos, serpientes y bellotas. A Marianne le parecía un trabajo frívolo, pero era llevado a cabo con mucha concentración, como el curtido de las pieles; más tarde descubrió que los diseños tenían un significado mágico, aunque apenas lo hubiera creído si se lo hubiesen dicho aquel primer día. Algunos viejos estaban ocupados tallando tazas y platos en madera. Otros estaban sucios de arcilla hasta los codos moldeando cacharros. En la casa todas las tareas se hacían en silencio porque había poca necesidad de hablar, y además poco que hablar. Los hombres adultos estaban trabajando fuera con los caballos, o bien se habían marchado a cazar al bosque.

Los pequeños grupos familiares vivían en un contacto tan estrecho que los niños eran mantenidos y cuidados en común. Si alguno se caía o lastimaba y empezaba a llorar, la mujer que estuviera más a mano lo alzaba en brazos y lo consolaba. Pero dos de los bebés estaban muy enfermos. Yacían en cestas de mimbre y apenas tenían fuerzas para vomitar la leche. La señora Green los contemplaba con temor y tristeza, mientras la madre de uno de ellos aferraba el talismán que le colgaba del cuello y temblaba mirando a Marianne. Esa mujer era, poco más o menos, un año más joven que Marianne, ciertamente muy joven. Tenía alrededor de las muñecas serpientes tatuadas que se mordían la cola. No llevaba calcetines ni zapatos. El vestido que tenía puesto era una manta robada con un dibujo a grandes cuadros de color azul oscuro y negro, un vestido tan rectangular como una caja y con un profundo escote para la crianza. La rodilla derecha asomaba por un desgarrón. Lucía en el brazo un reloj de pulsera descompuesto, puramente decorativo, pues era un pequeño cadáver de tiempo que se había detenido para siempre a las tres menos diez de algún día lejano y olvidado. La muchacha no tenía más que un ojo; el otro se lo cubría un parche negro. Marianne apenas podía creer que esta mujer y ella fueran del mismo sexo. La mujer exhibía un embarazo bastante avanzado, aunque el bebé enfermo tenía menos de un año de edad. Marianne supuso que el niño sufría algún tipo de desorden gástrico.

—Yo los mantendría abrigados si fuera vosotras —dijo la señora Green.

La mujer trasladó primero un cesto y luego el otro junto al débil fuego de un hogar en ruinas que llenaba la habitación con una acre niebla de humo. No había un solo cristal en todas las ventanas; sólo unos barrotes de hierro oxidado. Fantasma de payasos y conejos con sombrero de copa iban borrándose en el papel roto de las paredes; aquella estancia debía de haber sido, antiguamente, el cuarto de los niños. Desparramados por el suelo había jergones de paja, una cazuela de metal y varias prendas de vestir.

—¡Vacía eso! —dijo la señora Green ásperamente, señalando un cubo de

excrementos. El tono fue demasiado áspero; la mujer masculló algo en voz baja mientras sacaba el cubo al descansillo y volcaba el contenido por el hueco de la escalera. Cuando regresó tomó dos amuletos de la docena que llevaba encima, y los deslizó debajo de las mantas de los bebés.

—El doctor vendrá más tarde para decir unas oraciones —dijo—. Pero es mejor prevenir que curar.

El vestido que llevaba puesto la señora Green le llegaba a los tobillos. Lo mantenía recogido cuando atravesaba los comedores, ya que era mucha la suciedad que había en el suelo: cenizas, tiras de cuero, despojos de bestias y mucho más. Pero las mujeres intentaban de vez en cuando limpiar las habitaciones ocupadas, aunque a Marianne le picaba la piel al pensar en los bichos. Los delgados colchones rellenos de hojas, heno, paja o lana, albergaban sin duda gigantescas colonias de chinches; los peinados ondulantes de los Bárbaros, con piojos que se apretaban en las raíces, parecían accesorios de una perversidad premeditada, y cuando veía las prendas de los guerreros colgando flojas de algún clavo de la pared, reía casi, ante la frágil coraza de unos hombres que con tan poco fundamento aterrorizaban al mundo. Los niños sufrían a un tiempo de tiña, enfermedades de la piel, conjuntivitis y raquitismo. Marianne consideró la posibilidad de enfermedades carenciales, tales como la pelagra y el beriberi. Cuando pensaba en el noble salvaje de las investigaciones de su padre, sentía a la vez asco y tristeza.

—Es todo muy diferente de lo que tú has estado acostumbrada, querida —dijo la señora Green, agachándose para pasar debajo de una cuerda de la que colgaban unos cueros curtidos con excrementos de perro.

—Sí —le respondió Marianne con los labios apretados.

—Pues entonces tendrías que ver cómo viven los Parias, si eso es vivir. Amontonados en los agujeros del suelo, cubiertos de llagas. Se sabe que envenenan las flechas mojándolas en esas llagas.

Visitaron una por una las habitaciones de la fétida conejera excepto aquellas en las que vivía Donally, aunque al pasar frente al descansillo de la puerta del doctor, un letrero en rojo pintado en la pared sorprendió a Marianne. El letrero decía: EL ABURRIMIENTO ES EL HIJO HERMOSO DEL ORGULLO. Siendo los Bárbaros iletrados, Marianne supuso que Donally lo había garrapeado exclusivamente para ella. En verdad tenía muchas ganas de visitar al doctor Donally, pero la señora Green ni siquiera se lo insinuó. Cuando la casa quedó a oscuras, los cazadores regresaron con la carne del día.

Llevaron la caza a la cocina. Depositaron cadáver tras cadáver sobre la mesa, con las patas envaradas apuntando al aire y una última mirada de terror en los ojos vidriosos. Alimentaron el fuego para que diera más luz, y prorrataron las bestias entre los grupos familiares, que comenzaron a desollarlas y cortarlas en trozos pequeños. Los hermanos tenían la responsabilidad de cortar y repartir, y de pronto pareció que toda la tribu se había reunido en la habitación y discutía por encima de los trozos, pidiendo y protestando, mientras los hermanos cortaban la carne con hachas que habían brillado al principio a la luz del fuego y eran ahora opacas y rojas. La cocina se convirtió en un matadero. Huesos con colgajos de carne, cornamentas, colmillos de cerdo y ensangrentados jirones de piel eran arrojados al suelo en pilas de muerte, y los niños pequeños chillaban y danzaban alrededor con un entusiasmo frenético.

Los seis hermanos, negros como el padre, estaban ahora rojos de la sangre que lo salpicaba todo. Los ojos de los rostros que rodeaban a Marianne no reflejaban nada, y en los rostros mismos, deformes o tristes, enrojecidos o pálidos, manchados de sangre o fuego, muy borrados por la oscuridad, las bocas viles se torcían chillando ásperamente o en asquerosos improperios. Los sentidos aturdidos de Marianne sólo le transmitían un torbellino de disputas en rojo y negro; tanto se le confundieron que creyó oler el caliente hedor del rojo y escuchar el sonido incomprensible del negro en las elevadas voces tumultuosas. Joya, Johnny, Jacob, Bendigo, Azul y Precioso. La letanía fantástica de los nombres de los hermanos le daba vueltas una y otra vez en la cabeza. No sabía cómo se llamaba el que había muerto y parecía que los hermanos ya lo habían olvidado. Arrojaron trozos de entrañas a los perros. Uno de ellos huyó a la carrera con un par de pulmones ensangrentados entre los dientes, para consumirlos en la soledad del retrete. Marianne intentó deslizarse hacia la puerta trasera, que estaba abierta, y escapar al silencio y al fresco de la noche, pero la señora Green la vio y le aferró la muñeca, reteniéndola con firmeza. Marianne tuvo que esperar a que todo terminara. Al fin repartieron la comida y la multitud se dispersó; los hermanos se habían echado encima el agua de un barril y se sacudían para secarse.

La señora Green sentó a Marianne en una silla alta y la dejó allí mientras lavaba el piso. Los hermanos, medio desnudos, se acercaron al fuego para calentarse. Se movían con el andar oscilante de los hombres más habituados al caballo que a la tierra firme. Dos de ellos se habían tatuado unos dibujos azules en las mejillas; todos tenían tatuajes en el cuerpo, diseños de serpientes, pájaros, soles y estrellas. Uno tenía bigote, y tres llevaban barba completa. Marianne sólo pudo contar cinco hombres, y se dio cuenta de que Joya había desaparecido. Se sintió casi desamparada.

Los hermanos la observaban circunspectos y ella vio que el menor, Precioso, hacía furtivamente un signo contra el mal de ojo. Precioso era moreno, joven, tierno, y la joven lamentó que fuese el más supersticioso, pues había arrancado una de las rosas deformes del jardín y se la había puesto detrás de la oreja. Se agruparon en silencio alrededor del fuego. Unos hilos de agua sanguinolenta corrían por la habitación hacia los pies de Marianne. Recogió las piernas mientras intentaba mantenerse en equilibrio sobre la silla, que tenía una pata rota.

Entonces, el aullido terrible que ya había oído antes se elevó en el exterior, muy cerca; un lamento angustiado que aumentó hasta una intensidad insoportable y volvió a morir, fundiéndose en roncos sollozos. Bendigo, o quizás Azul, escupió en el fuego.

—Desearía que Donally bajase y cuidase al crío.

—¿Es eso un niño que llora? —exclamó Marianne, estremeciéndose.

—Es el tonto —dijo Precioso con indiferencia—. Es el hijo de él, ¿no? Es el tonto del doctor.

—El tonto está afuera, ¿sabes? —dijo la señora Green, que frotaba la mesa con un puñado de hierbas—. Lo está sintiendo esta noche, pobrecito, el mal tiempo y todo lo demás.

El arco de sonidos inarticulados se elevó otra vez, como un arco iris horrible. Marianne saltó de la silla, pasó precipitadamente junto al grupo de hermanos y miró hacia afuera por la puerta de la cocina.

Fuera, la luz del ocaso iluminaba aún el patio enlosado, lleno de malas hierbas y rodeado de edificios en ruinas. Cuando había visto al niño del bosque encadenado a la pared en la habitación de Donally, había pensado que era una alucinación; pero ahora lo veía otra vez, acucillado sobre las piedras del suelo, al final de la cadena sujeta a una grapa al costado del cobertizo. El niño volvía los ojos hasta ponerlos en blanco y aullaba al cielo crepuscular. Estaba rodeado de huesos roídos. Delante del niño había un recipiente con agua y otro vacío marcado con la palabra «Perro», en el que seguramente le daban la comida. La lluvia le salpicaba los hombros y el pecho flaco, que mostraba entre los tatuajes una verdosa palidez. Aullaba acucillado y luego se quedaba en silencio, pellizcándose la suciedad que tenía entre los dedos de los pies. El niño era completamente real.

—Ensució la cama, ya sabes —explicó otro de los hermanos, misteriosamente materializado junto a Marianne, vigilando que la muchacha no saliese—. Ensució la cama y no puede vivir dentro con el doctor, ¿verdad? No si ensucia la cama. El doctor es más que puntilloso.

—Tiene una constitución de hierro, el tonto —observó uno de los hermanos. Estaba al otro lado de Marianne y tenía tanto pelo que ella sólo alcanzaba a verle los ojos. Echó una ojeada en torno; estaba rodeada. Se apartó de la puerta y los hombres la siguieron tan de cerca que podía olerlos. Olían a tumba. La señora Green, que estaba fregando, levantó inquieta la vista. Una rama se movió en la hoguera con un chisporroteo.

La atmósfera de la diabólica cocina se estremeció e hizo pedazos. Marianne intentó escabullirse por debajo del brazo de uno de los hermanos para correr hacia la señora Green, pero él la atrapó por los hombros y la señora Green no hizo más que un gesto de desesperación, aunque antes le había advertido a Joya que se mantuviera lejos de la joven. Salvajes. Ojos opacos como la madera muerta, bocas contraídas en un rictus burlón y que mostraban unos dientes blanquísimos; dondequiera que miraba, Marianne veía ojos opacos fijos en ella y bocas crueles. Joya había entrado en silencio y se apoyaba ahora contra la pared, casi oculto, también observando, limpiándose las uñas con la punta del cuchillo y mirando a Marianne.

—Johnny... —dijo la señora Green con voz triste, almibarada—. Jacob...

Precioso hizo otra vez el signo contra el mal de ojo, pero nada más. Los hombres se movieron con rapidez. Habían dejado los rifles a un lado pero todos llevaban cuchillos y parecían odiarla.

—Hay niños enfermos en la casa —aventuró la señora Green, como si pensara que esto era razón suficiente para evitar una violación y un posible asesinato. Marianne vio a Joya echar la cabeza hacia atrás y reír a carcajadas. Como si esta risa hubiera sido una señal, los tres que quedaban junto al fuego comenzaron a avanzar hacia ella y el hombre que Marianne tenía a la izquierda, Johnny, o quizás era Jacob, le metió la mano por la abertura de la camisa bordada y le acarició un pecho. Proyectadas por la luz del fuego, unas sombras monstruosas galopaban a lo largo de las paredes. Todos jadeaban y se acercaban.

Inexorablemente, la obligaron a ir hacia la mesa. La señora Green se retorció las manos y emitía unos pequeños maullidos de angustia, pero también ella era ambivalente; estaba angustiada y quizás a la vez oscuramente satisfecha ante lo que con toda seguridad iba a ocurrir. Marianne descubrió que no tenía ningún miedo; sólo estaba furiosa, y

empezó a forcejear y a gritar; los hermanos se rieron pero continuaron acercándose. De modo que ella cerró los ojos y pretendió no existir.

Pero este desesperado ardid resultó innecesario. De repente cesaron todas las risas, y los hombres se apartaron de ella en silencio. La señora Green estalló en chillidos de alivio y Marianne creyó distinguir un olor a lavanda, curiosamente dulce. Abrió los ojos y vio al gigante de la barba teñida sentado al borde de la mesa, como en un trono; llevaba en la mano una de las pequeñas lámparas. El aceite olía a lavanda. Los hermanos se habían retirado a un rincón en un grupo apretado.

—Son valientes, tenemos que reconocerlo —dijo el gigante—. Que a las mujeres de los Profesores les brotan dientes filosos en las partes íntimas, para arrancarles los genitales a los hombres jóvenes, es un hecho bien conocido.

Joya volvió a reír, aunque nadie más lo hizo, y entró en el círculo de luz de la lámpara del doctor. Tenía el pelo recogido en dos trenzas rígidas y se parecía muchísimo a los indios americanos que Marianne había visto en los libros de su padre. En ese contexto, su nombre no era más sorprendente que Lago Hermoso, Lluvia en el Rostro o El que Apaga y Mata. Como en aquellos indios, el rostro de Joya no revelaba ninguna emoción. Donally amagó darle un puñetazo en las costillas.

—¿Y tú? ¿Qué hubieras hecho si ellos se hubiesen decidido? ¿Aliviar tu aburrimiento aplaudiendo el espectáculo?

La voz del hombre era agradable, fina, alta y cultivada. Presumiblemente para preservar el misterio, usaba un par de gafas oscuras con monturas de alambre; uno de los cristales estaba rajado de lado a lado. Tenía un rostro delgado, mezquino y culto.

Marianne había crecido entre voces y rostros semejantes. Dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Por qué no cuida mejor a su hijo?

—Porque tiene hábitos repugnantes —replicó el doctor, en tono crispado—. Muerde la mano que lo alimenta y se revuelca en su propio fango.

Era como si ella estuviera en su casa, en la torre, hablando con las visitas acerca de un perro que se negaba a que lo domesticaran, si no fuera porque Donally mostraba al hablar unos dientes afilados. Él le tendió la mano; una mano suave y blanca de uñas cuidadosamente cortadas y arregladas. Al cabo de un instante, Marianne le tendió la suya y él la estrechó ceremoniosamente. Buscó en el bolsillo interior de la hermosa chaqueta de piel negra brillante, y de una cartera de piel de cerdo sacó una tarjeta que ofreció a Marianne. Era una tarjeta blanca, de visita, en la que, impreso en hermosos caracteres góticos, se leía el nombre DR. F. R. DONALLY, PH. D. Marianne la leyó y él la volvió a guardar.

—Marianne —dijo afectuosamente. Abarcó con un ademán el recinto y la gente, sonriendo—. Sin embargo, tienes que sentirte más como Miranda.

—Usted debe de haber sido Profesor de Literatura alguna vez —dijo ella.

—Bien, aquí estoy y aquí me quedo —respondió él con amabilidad.

Parecía de buen humor y jugueteaba tocando al hermoso joven que estaba de pie junto a él, acariciándole de vez en cuando los hombros y la cabeza, atenciones que Joya aparentaba ignorar. Marianne se sintió casi aliviada al encontrarse otra vez con la clase de hombre que ella conocía mejor, y él tenía toda la apariencia de un hombre de hogar,

sentado a la mesa esperando la cena, aunque los demás lo definieran como chamán, o él hubiese decidido definirse así. Marianne empezó a mordisquearse las uñas; él chasqueó la lengua.

—Vamos, vamos, no podemos tenerte con las uñas mordidas, cuando eres nuestra santa imagen, querida.

—¿Cómo?

—Ya lo oíste —dijo Joya.

—Nuestra señora del desierto —amplió Donally sonriendo, encantado—. La virgen de los pantanos.

—Pues menos mal que no me violaron, entonces —replicó secamente Marianne.

—Así es —dijo Donally—. La familiaridad engendra el desprecio. Tendrás que continuar siendo aterradora, ya sabes; de otro modo, ¿qué esperanza te queda?

La señora Green estaba ahora preparando la cena; condimentaba un trozo de cerdo para asar al fuego, y los hermanos, aún en silencio y echando intermitentes miradas malignas a la muchacha y a los otros, se sentaron en el suelo con una lámpara en medio del círculo. Comenzaron a jugar un juego de azar con trozos de hueso, y discutían los tiros en voz baja. El olor de la carne asada se mezclaba con los otros olores. Uno o dos perros daban vueltas por la cocina. Joya pateó a uno de ellos que se acercó a olfatearlo. Las baratijas que lo cubrían tintineaban al más leve movimiento, y por tanto Marianne podía darse cuenta, más por el oído que por la vista, de la continua inmovilidad de Joya.

—Miedo —dijo de pronto Joya, como proponiendo un tema de discusión.

—La pasión imperante —respondió Donally cortésmente—. Puedo provocar un éxtasis de pavor levantando el dedo meñique, pero he trabajado y he esperado la hora propicia.

La grasa de cerdo crepitó deliciosamente. Donally levantó y dejó caer una de las pesadas trenzas negras de Joya.

—Vamos, háblale de la religión como necesidad social.

—Aún no —dijo Donally—. Parece cansada.

—¿Un mal día? —le preguntó Joya a Marianne, algo irónicamente.

—Aún no lo he decidido.

—Una respuesta inteligente —aplaudió Donally.

—Te dije que era inteligente.

—Eres un regalo de lo desconocido, joven dama —dijo el doctor, sonriendo lo suficiente como para descubrir la amenazadora dentadura—. Tú proporcionas a esta desventurada gente un blanco donde descargar los miedos y resentimientos que sienten contra la arbitrariedad del destino.

Tosió, como en una cátedra.

—Oye, Donally —dijo Joya—. Mataron al padre de Marianne allá donde vivía. Lo hicieron picadillo con un hacha.

Volvió la cabeza hacia el tutor, con un tintineo de joyas y ninguna expresión en el rostro; Donally le acarició la mejilla con una mano larga, blanca y suave.

—¿En qué estás pensando?

—Regicidio —respondió el otro.

—No exageremos —reprobó suavemente Donally. Hablándole a Marianne, continuó

—: Míralo, el duque del Pequeño Egipto, el rey del país de las lluvias, el heredero de la tierra.

Estalló en estruendosas carcajadas de regocijo y Joya también, de mala gana. Los dos rostros se afearon y retorcieron tanto con aquella risa incomprensible, que Marianne, desasosegada, decidió en el acto que no había razón ni necesidad de quedarse más tiempo en ese lugar repugnante y peligroso.

A la mañana siguiente descubrió que uno de los niños enfermos había tenido mucha fiebre, mientras que el otro estaba flácido y blanco. Otros tres niños tenían ya los primeros síntomas: vómitos y diarrea.

—Es el agua mala —dijo la señora Green con autoridad—. Tendríamos que traer agua del manantial, no del río.

—El doctor dice... —empezó a decir la mujer embarazada. No terminó de explicar lo que decía Donally, pero al mirar a Marianne se estremeció de miedo. La mujer parecía creer que Marianne había traído consigo la enfermedad.

«Es hora de irme», pensó Marianne. «Ahora. ¡Inmediatamente!» Por muy peligroso que fuera el campo abierto, allí estaría más segura que entre estos desconocidos; cualquier atractivo romántico que la idea de los Bárbaros hubiese tenido para ella cuando se sentaba a solas en la torre blanca, en vida del padre, se había desvanecido por completo. En verdad les tenía mucha lástima, pero ante todo quería huir, como si en algún sitio hubiese todavía espacio para la idea de hogar. Así fue que huyó al bosque, sin preocuparse mucho de si las bestias la devorarían; pero Joya la encontró, la violó y la trajo de vuelta.

Sin embargo, ella había tomado todas las precauciones para marcharse en secreto. Recogió sus ropas, algunas mantas y algo de comida. La señora Green estaba demasiado ocupada con los niños enfermos como para vigilarla; cuando a la tarde siguiente Marianne le preguntó si podía retirarse a descansar, la anciana asintió distraídamente y la joven se deslizó por la puerta trasera de la casa sin que nadie la viera.

Era un día brillante de sol y aire suave. Las malezas doradas del patio manchaban de polen la piel verde del niño encadenado, que yacía dormido sobre las piedras calentadas por el sol, con la cabellera flotando en un charco de aguas fangosas. Tenía las marcas de golpes recientes en el cuerpo. Si ella hubiera llevado un cuchillo, hubiera tratado de liberarlo. Era mediodía; los niños estaban a la orilla del río, y también las mujeres, que aprovechaban el cambio de tiempo para lavar la ropa, golpeándola contra las piedras en la corriente de agua. Marianne se internó en el bosque detrás de la casa; subió la colina y miró hacia atrás. Vio la mansión en ruinas, el montón de estiércol, algunos caballos pastando y el concurrido río, pero para ella todo el valle era un inmenso muladar. Se apresuró a poner la cresta de la colina entre ella y los Bárbaros.

Cuanto más se alejaba más feliz se sentía. El hermoso sol resplandeciente se filtraba a través de las hojas que empezaban a dorarse, aquí y allá. Marianne había pasado la mayor parte del verano fuera del tiempo y el espacio conocidos, en la enfermedad, el aislamiento y el aire viciado, pero ahora estaba sola en medio de la fresca hierba rizada, y el bosque resplandecía de bayas. Hongos como melocotones, o como pinceladas de carmín o como parches grises, decoraban troncos de árboles y ramas caídas. Por todas partes crecían aulagas amarillas. Si era aquí donde estaban las bestias salvajes, era tan hermoso que ella no creía que fuesen a hacerle daño. Trató de recordar el emplazamiento del camino en el

que viera por primera vez a los viajeros, pero no tenía mucho sentido de la orientación y tendría que dar vueltas hasta encontrarlo por casualidad, o buscarlo en algún claro entre los árboles.

No había ningún sendero excepto los que trazaban los conejos; y la naturaleza tendía trampas de zarzas, ortigas y malas hierbas. Cuando quiso descansar trepó a un haya, porque estaría mejor escondida allí arriba, en caso de que aparecieran los Bárbaros. Las hojas del haya eran ya de un color bronce. Se alzaba en el límite de un pequeño espacio abierto. A salvo, sobre una sólida rama, Marianne cerró los ojos.

Deseó poder contarle al padre cómo era la verdadera naturaleza de los Bárbaros, y hablar con él acerca de la sociología y la psicología de la tribu, y del harapiento rey de ninguna parte, y del consejero que perversamente le recordaba a su padre, aunque sólo fuese por la voz; pero su padre había muerto. Cuando abrió los ojos para dejar salir las lágrimas, vio a Joya, inexorablemente de pie debajo de un árbol, como si estuviera allí porque ella había pensado en él.

Joya se apoyaba contra un roble al otro lado del claro, masticando una brizna de hierba y cortándose las uñas con un cuchillo. Tenía un trapo atado alrededor de la cabeza, para que el pelo y el sudor no le entraran en los ojos. Había recostado el rifle contra el tronco, preparándose para un largo asedio. Se miraron uno a otro durante largo rato.

—Me has seguido desde el campamento —dijo ella al fin.

—Oh, no —dijo él—, acabo de verte. Has recorrido un largo camino. Me sorprendió. Y nada menos que en línea recta.

Marianne miró nerviosamente buscando a los hermanos, pero Joya había venido solo. No había sitio adonde huir, no podía trepar más arriba en el árbol, así que se quedó donde estaba, demasiado enfadada para hablar.

—¿No es un hermoso día? —preguntó Joya por fin—. Después de toda la lluvia que hemos tenido.

Dijo estas palabras como si las hubiera aprendido de un libro de frases, y sonrió con una mueca torcida. Marianne no dijo nada. Arrancó un hayuco y lo desmenuzó.

—Por supuesto —agregó Joya inesperadamente—, la casa huele peor en un hermoso día.

Marianne renunció al silencio para insultarlo.

—Alimentado en la pocilga —dijo desagradablemente—, nunca hubiera pensado que hicieses distinciones tan sutiles.

Él le dedicó una blanca sonrisa hostil mientras pensaba en lo que ella había dicho.

—No me he alimentado en ninguna pocilga —replicó al cabo de un rato—. Yo acostumbraba dormir fuera porque las caras de los caballos me gustaban más.

Continuó cortándose las uñas.

—Además —dijo—, los caballos son herbívoros.

Pronunciaba las palabras con la pedantería conmovedora de los incultos; arriba, sobre la rama, Marianne se sintió inmensamente superior.

—¿Bajarás? —preguntó él, con un leve interés.

—No hasta que te vayas.

—¿Qué? ¿Otra vez intentando escapar?

—Eso mismo.

—¿Y adónde escaparás? ¿Adónde irás en este desierto desconocido? Aquí sólo hay bestias salvajes, y Parias, más salvajes que las bestias. Y no tienes con qué defenderte, y tampoco comida.

—Estoy más segura aquí que en tu casa. Encontraré el camino; el camino lleva a alguna parte. A una aldea.

—¿A cuál? ¿A una de las tuyas? ¿Regresarás con tu gente, entonces?

—Otra aldea, no la que abandoné.

—Son todas iguales, poco más o menos, ¿lo sabes?

—¿Cómo lo sabes tú?

—He estado en muchísimas.

—Sólo como visitante —dijo Marianne—. Tú siempre has estado de paso.

Joya se encogió de hombros y guardó el cuchillo.

—Baja de la rama y enséñame tu vocabulario —la invitó—. Quizás un día podamos conversar.

—No tendríamos mucho en común —apuntó ella.

La sombra de Joya se movía rápidamente a medida que se acercaba al árbol, acompañada por un leve tintineo de talismanes y amuletos. Era ineludible, como el buen tiempo y el mal tiempo, y aún más ambivalente, pues tenía una cara que no estaba hecha para sonreír, y ella no podía saber lo que él estaba pensando, ni siquiera si estaba pensando.

—Por supuesto, ante todo tendríamos que establecer qué hay de común entre nosotros para poder comunicarnos como iguales —dijo él.

Ella escuchó la voz alta y fina del tutor detrás de la rústica voz de Joya, y descubrió enfurecida que estaba llorando otra vez. Estalló en rabia y lágrimas y se arrojó del árbol encima de él, tomándolo por sorpresa. Cayeron juntos entre la maleza y forcejearon un rato. Él jadeaba y tosía horriblemente, pero era más fuerte que Marianne, y ella pronto comprendió que tendría que ir de vuelta con él al campamento. Pero esto no ayudó a que se calmase; estaba atrapada debajo de él, con un brazo inmovilizado detrás de la cabeza.

—Creo que soy la única mujer sensata que queda en el mundo —le dijo, escupiendo las palabras; no podía haber dicho nada que lo ofendiese más. Apretó a Marianne contra la tierra negra y húmeda, entre las hierbas altas, y comenzó a soltarle la ropa.

—No eres más que un asesino —dijo ella, decidida a mantener la superioridad de su condición a cualquier precio.

—Descubrirás que soy el más dulce de los asesinos —le contestó él con demasiada ironía, pues ella no lo encontraba nada dulce.

Palpando entre las piernas de ella para encontrar la entrada, Joya introdujo los dedos tan brutalmente que Marianne supo cómo sería el dolor: quemaba; se sintió desgarrada hasta la médula pero no se quejó pues la impasibilidad era su única fuerza, y en ningún momento cerró los ojos fríos, aunque la luz verdosa del sol transmutaba la cara de Joya en un metal pulido, y ella recordaba el asesinato que había presenciado, recordaba cómo el joven salvaje había hundido el cuchillo en la garganta de su hermano, y cómo la sangre había salido a borbotones. Joya derramó bocanadas de ardientes obscenidades sobre ella porque era difícil de penetrar. Los últimos jirones de membrana cedieron al fin; se había propuesto una violación y la había llevado a cabo; una torre se derrumbó sobre Marianne.

Después hubo bastante sangre. Joya la contempló con algo parecido al asombro y la tocó con la punta de los dedos. Marianne lo miró despiadadamente; si la hubiese besado, le habría arrancado la lengua de un mordisco. Sin embargo, él recuperó su abominable serenidad casi en seguida. Marianne comenzó a forcejear otra vez, pero él la sujetó con una mano, se sacó de un tirón la mugrienta chaqueta de cuero, y desgarró la manga de la camisa como había hecho al curarle la mordedura de serpiente. La repetición del movimiento podría haber sido cómica, si Marianne hubiera estado de humor para apreciarlo. Joya le puso los trapos entre los muslos, para que absorbieran la sangre, una grotesca demostración de cortesía.

—Es una herida necesaria —aseguró él—. No tardará en curar.

—No me ha ocurrido nada peor desde que me marché contigo —dijo ella—. Me dolió muchísimo más que la mordedura de la víbora, porque esto fue intencional. ¿Por qué lo hiciste?

Joya pareció considerar seriamente la pregunta.

—Ya se sabe que hay un odio tradicional entre nosotros. Y además, te tengo mucho miedo.

—En eso te llevo ventaja —dijo Marianne, empujándolo a un lado y procurando cubrirse.

—No estés tan segura —dijo él—. Tengo que casarme contigo, ¿verdad? Es por eso por lo que tengo que llevarte de vuelta.

Al ver la expresión de horror que cruzó la cara de Marianne, él se echó a reír hasta que lo interrumpió un breve espasmo de tos.

—¿Qué? —exclamó ella.

—Lo dice Donally —contestó Joya cuando pudo hablar—. Devorarte e incorporarte, ¿sabes?, dice el doctor Donally. Psicología social. Te clavé por pura necesidad, pobre zorra.

Cuando la dejó para recoger el rifle, ella estaba demasiado débil para intentar huir. Joya también recogió los bultos que habían caído del árbol junto con ella, y le ofreció la mano. Marianne la pasó por alto y se puso en pie trabajosamente. Lo mantuvo a distancia con una pregunta impersonal.

—Tenéis que utilizar mucha munición, viviendo en una economía de caza. ¿La robáis toda?

—Sí, cada bala.

—¿Qué haríais si ellos dejan de fabricarlas?

—Arcos y flechas, lo mismo que los Parias —dijo él, como si no le interesara que los Profesores dejaran de fabricar municiones, y como si él estuviese preparado para ese momento. Movié los brazos como si tirara de un arco y observó una flecha inexistente que se perdía volando en el aire. La elegancia y el estilo de él fueron entonces tan notables y tan arcaicos que, aunque Marianne lo odiaba, no pudo dejar de maravillarse.

—Te adaptarías al arco y la flecha como un pato al agua —dijo—. Eres un anacronismo consumado.

Aunque en seguida se preguntó si sería verdad, pues él armonizaba perfectamente con el paisaje de alrededor, mientras que ella no.

—¿Qué es un anacronismo? —preguntó él, turbado—. Dime lo que es.

—Un retruécano en el tiempo —dijo ella astutamente para que él no entendiese.

—¡Basta de tonterías! —gruñó él; no era, sin duda, un intelectual.

—Es una cosa que tuvo un sitio y también una función pero que ahora en otro tiempo no tiene ni una cosa ni otra.

—Bien, bien —dijo Joya, más tranquilo.

Poco después echaron a caminar a través del bosque, por el mismo camino por el que había venido Marianne. Joya repetía la palabra «anacronismo» una y otra vez, en voz baja, como si se la aprendiese de memoria, y Marianne llegó a sospechar que se burlaba de ella. Joya se detuvo a matar un conejo.

—Oye, ¿tengo que casarme contigo realmente? —preguntó ella con desesperación.

Joya tomó al conejo por las patas traseras y lo dejó colgar; las orejas irisadas se arrastraban por la hierba y el hocico goteaba sangre.

—Así parece —replicó.

Marianne pateó un manojo de zarzas.

—Mi padre dijo que iba a ser una profunda experiencia espiritual —comentó ella amargamente.

—¿Qué?

—La defloración. Y quizás el casamiento, pues él los consideraba complementarios.

—Se dedicaba a ese tipo de cosas, ¿verdad? —dijo Joya.

—Sólo una vez, cuando se casó.

—Lo que quise decir fue que tenía tiempo para pensar, ¿no? —explicó Joya, con dificultad.

—Pensar era lo suyo.

—¿Conservarán su cerebro en salmuera dentro de un frasco? —preguntó Joya—. ¿O ya en sus mejores momentos no era más que un cerebro en conserva?

—Habla así de mi padre y te mataré.

—No sabrías cómo.

Vio un conejo y le disparó; ya eran dos. Cuando llegaron a la vista de la casa, Marianne sintió que el valor la abandonaba y trató de huir. Pero Joya le hizo una zancadilla. El rostro de ella era una máscara de infelicidad y asco. Joya se encogió de hombros, le apoyó el rifle entre los omóplatos, y la hizo entrar en el patio trasero de la casa. Allí la señora Green raspaba comida de una sartén y la ponía en el plato del niño tonto. Éste, atado a la cadena, se revolvía y gruñía.

—Esté bien o mal, tendrá una comida completa, aparte de lo que diga Donally —dijo la señora Green. En ese momento, parpadeando, reconoció a las dos siluetas que tenía delante.

—¿Qué le has estado haciendo?

Joya bajó el rifle y puso los conejos en los brazos de su madre adoptiva. Marianne tenía los ojos bajos, el rostro petrificado de silencio. Joya la tomó por la barbilla y la obligó a que lo mirase a los ojos.

—La dama ha perdido la sonrisa en los bosques —dijo.

—Y no sólo la sonrisa, villano —dijo la señora Green, dándole a Joya una bofetada con el revés de la mano que tenía libre—. ¿No tienes respeto por nada?

El tonto se lanzó sobre la comida con gruñidos de placer, mientras apartaba a codazos a un famélico mastín atraído por el olor de la carne. Joya se frotó la marca que le

había dejado en la cara el golpe de la madre adoptiva.

—No es cierto lo que se dice de las muchachas de su clase —observó.

—Te odio —dijo Marianne.

—Posiblemente —respondió Joya—. Es lo natural.

Se arrodilló junto al hijo del doctor y deslizó la mano bajo el collar. El niño se sacudió pero siguió comiendo. Joya acarició y palmeó al niño con la mano que tenía libre, y se hablaron murmurando roncamente, como si se tratase de una canción entre bestias.

—El roce del collar le ha puesto el cuello en carne viva —dijo Joya—. No es de extrañar que aülle.

—Ven adentro a lavarte, querida —indicó la señora Green a Marianne—. Después de todo, no es tan malo lo que ha pasado, ¿no? Mañana se casará contigo.

Angustiada como estaba, Marianne pudo comprender por qué Joya se echaba a reír. Volvió la cabeza para mirarlo mientras la mujer la guiaba hacia la casa, pero él no levantó la vista. Había dejado de reír y tenía un cuchillo en la mano; al parecer, estaba cortando el collar del niño, a no ser que le estuviese cortando la garganta. Marianne se sentía demasiado confundida para estar segura.

—El chiquillo se salvó —dijo la señora Green—. ¿No es extraordinario? La fiebre desapareció, desapareció de golpe y el niño duerme con un dulce sueño profundo. Y los otros también han mejorado. Oh, qué bendición. Por lo general, algo así ataca a todos los pequeños, los ataca a todos y la mayoría muere.

—Entonces, si el niño está mejor, nadie me culpará —dijo Marianne.

—¿Así que te das cuenta de cómo les funciona la mente, querida? Siempre buscan un culpable cerca, cuando van mal las cosas. Así son. Como niños. Niños pequeños. Les tengo mucha lástima, muchísima lástima.

Avanzaron con cuidado por entre los montones de excrementos del vestíbulo, y subieron a la habitación de la señora Green. Escrito junto a la puerta de Donally, había otro letrero: IDENTIFICARSE CON EL DESTINO DA ESTILO Y DISTINCIÓN. Esta vez en negro. Marianne no entendió el letrero pero lo escupió al pasar.

Tal como el agresor había predicho, el dolor desapareció bastante pronto; pero el deseo de venganza de Marianne aumentó, pues estaba más cruelmente herida en el orgullo que en el cuerpo, y, además se sentía atrapada y sin ninguna esperanza. En una agonía de desesperación, se quedó tendida sobre el colchón en la alcoba de la señora Green, negándose a comer y a hablar. La luz del sol se desvaneció en la pared desteñida. La señora Green apareció al fin con la lámpara y se desvistió para acostarse. La mecha se ladeaba y oscilaba pero la que parecía oscilar era la señora Green.

—Ésta es la última noche que dormirás conmigo —dijo la señora Green, intermitentemente visible—. Desde mañana tendrás que dormir con Joya. Así es el mundo.

Marianne se incorporó de un salto, con los ojos fríos despidiendo chispas.

—Esto no es más que un mal sueño —dijo—. Esto no pasa, no pasó ni pasará.

—Los hombres jóvenes siempre tienen alguna ventaja, querida —dijo la señora Green—. Y nosotras sólo tenemos lo que podamos sacarles.

Suspiró. Pero de todos modos, era una mujer complaciente y tranquila, como si tigres y lobos no merodearan por bosques donde antes no habían crecido árboles, y Marianne tuviera que aprender ahora a reconciliarse con todo, desde la violación hasta la mortalidad, exactamente como se lo había dicho su padre. La fotografía que tenía la señora Green relampagueó a la luz de la lámpara: una mujer que podría haber sido la madre de Marianne. Era posible también que la señora Green sintiera cierto placer porque el salvaje hijo adoptivo se casara tan por encima de su clase, placer y quizá la satisfacción de la venganza. Pensaba, evidentemente, que Marianne había aprendido la lección y que ya no trataría de huir, pues, a la mañana siguiente, después de haberle servido el desayuno, la dejó sola, mientras ella se iba a inspeccionar el campamento.

Marianne, por cierto, no intentaría escapar aunque aquel día fuese el de la boda, pues sabía que unos cazadores experimentados irían detrás de ella, y quizá la someterían a nuevas humillaciones y la devolverían al maloliente castillo, a punta de revólver. Se encaminó directamente al estudio del doctor.

Al tiempo que descendía la escalera volvió a escuchar la curiosa música que la había acompañado durante los días de encierro; acordes y crescendos de un pequeño órgano venían de la capilla en la que vivía Donally, y la música sonaba con tal violencia, que las gastadas piedras parecían estremecerse. Marianne nunca había escuchado antes música para órgano, pero podía darse cuenta de que el instrumento estaba desafinado. La fuga llegaba a su punto culminante. El lema de la noche anterior había sido borrado de la pared; en su lugar se leía: DESCONFÍA DE LAS APARIENCIAS, NUNCA OCULTAN NADA. Marianne abrió la puerta bruscamente y gritó:

—¡Charlatán! —con todas sus fuerzas.

La voz se unió a la música y juntas resonaron en el techo abovedado, y juntas murieron. La habitación estaba casi totalmente a oscuras y las ventanas cubiertas con los cueros, a pesar de que afuera el sol resplandecía: otro día hermoso. Pero aquí, la triste oscuridad de la pequeña estufa incandescente ocultaba los alrededores del invisible

organista. Al fin, Marianne vio que unos restos de color dorado destellaban débilmente sobre unos tubos; una vela ardía pegada al teclado de un pequeño órgano barroco, quizá de principios del siglo dieciocho o finales del diecisiete. Alcanzó a distinguir los rostros magullados de uno o dos querubines que adornaban la carcomida madera de roble.

Donally despegó la vela, y sosteniéndola en alto, bajó de la tarima. El pelo áspero y tieso le rodeaba la cabeza como un halo de púas. No se había puesto las gafas y parecía amistoso y alegre, lo que inmediatamente hizo sospechar a Marianne. El hijo de Donally surgió agachado de entre las sombras, iluminado por la vela; jadeaba y era evidente que había estado manejando el fuelle del órgano.

—Vete y juega —le dijo el doctor con aire indulgente. El niño le echó una mirada asustada y se precipitó fuera de la habitación dando un portazo detrás de él. No llevaba el collar, aunque el círculo desollado del cuello no había cicatrizado aún, y parecía muy acobardado. Tenía un ojo negro.

—Quizás antes usted fue Profesor de Música —dijo Marianne, mirando el órgano de reajo, impresionada muy a su pesar, pues antes sólo había oído los sonidos marciales de la banda militar de su tío.

Donally no respondió; puso la vela en una mesa desvencijada y cubierta de libros en desorden, a cierta distancia del altar, y con un gesto le indicó a Marianne que se sentara en la silla. Ella rehusó. En su propia habitación al doctor le gustaba vestir un traje oscuro, pulcro, camisa blanca y corbata negra, ningún talismán, ninguna joya, nada de pieles o plumas. Encendió unas cuantas velas más, suficientes para que ella pudiera ver un poco alrededor: las musgosas columnas que sostenían el techo abovedado cubierto de telarañas, un mugriento jirón de bandera en un mástil dorado apoyado contra el altar, las águilas de bronce de un atril con una pátina verde brillante, las siluetas de unas figuras de cera y piedra en los nichos. Pero la débil llama pálida de las velas no hacía más que delinear las vastas áreas de sombra artificial, aunque Marianne podía escudriñar claramente los ojos de Donally. Eran grises veteados de verde, como cierto tipo de piedras, y con líneas rojas en el blanco de las órbitas. Marianne advirtió que se había depilado las cejas transformándolas en dos arcos regulares y finos, extraña vanidad para un hombre que vivía en ninguna parte.

—Explíqueme por qué tiene usted que casarme con ese patán que me violó ayer por la tarde cerca de lo que antes era la hora del té.

—Reflexiona, y trata de verle el lado bueno —dijo Donally, acariciándose la mitad purpúrea de la barba—. Quizá sea el hombre más hermoso que queda en el mundo.

—Usted mismo dijo que desconfiara de las apariencias; y esa belleza no lo hizo ni menos doloroso ni menos humillante. En realidad fue al revés.

—Viviendo como estás, entre los patanes, podrías ser la reina del muladar. ¿No conoces el significado de la palabra «ambición»?

Marianne sacudió la cabeza, impaciente.

—Vamos, vamos —le dijo Donally, alentándola—. Tiene que haber algo que quieras. ¿Poder? Yo puedo ofrecerte un poco de poder.

Sugirió la idea como si fuese una golosina deliciosa.

—Todo cuanto quiero es que mi padre esté vivo —dijo ella, vencida por la congoja; se derrumbó sobre la silla de Donally.

—Ánimo, jovencita. Cástate con el Príncipe de las Tinieblas. Verás que es hombre sutil y refinado. Aunque las ocasiones que ha tenido no han estado nunca a la altura de sus cualidades, hace lo mejor que puede.

Marianne miró los libros al pasar y vio nombres que recordaba del estudio de su padre: Teilhard de Chardin, Levi Strauss, Weber, Durkheim, etcétera, todos muy deteriorados. Él había estado leyendo algunos libros sobre temas sociales.

—¿De dónde viene usted? ¿Por qué está aquí? ¿Por qué no se quedó en el lugar al que pertenece editando textos o investigando? Quizás ha sido Profesor de Psicología, aunque sólo un literato loco puede llamar Príncipe de las Tinieblas a ese animal que usted custodia, pues el Príncipe de las Tinieblas era un caballero, según recuerdo.

—Yo estaba aburrido —dijo Donally—. Era ambicioso. Quería ver el mundo.

Una ráfaga hizo bailar las llamas de las velas; el olor de la cera caliente espesó el aire. Los ojos de Marianne se habían ido acostumbrando poco a poco a la penumbra y ahora alcanzaba a distinguir los pomos de las puertas y las guirnaldas talladas en el techo, junto con flores, querubines, endriagos, calaveras, relojes de arena y memento mori, todos cubiertos de polvo. Baúles, cofres y cajas estaban desparramados por todas partes, cubiertos de utensilios polvorientos y aún más libros que en el estudio de su padre. Donally tenía sin duda un carro especial privado para transportar todo aquello. Las malas hierbas amarillas florecían en las paredes, y en algún lugar goteaba la humedad.

—Y bien, aquí está usted al final del camino, metido en una ruina con una podrida biblioteca —dijo Marianne, malévola—. ¿Por qué nunca le enseñó a Joya a leer?

—Autodefensa, en primera instancia —explicó él vivamente—. En segundo lugar, quise mantenerlo en un estado de energía cruda.

—¿Qué? ¿Mantenerlo hermosamente salvaje?

—¿Cómo? Sí, exacto —dijo Donally. Parpadeó, y continuó acariciándose el pelo púrpura con la mano fina y blanca, contemplando ahora a Marianne como si él no hubiera sospechado nunca que ella fuera tan lista.

—Nuestro Joya es más salvaje que Bárbaro; la alfabetización borraría los contornos y ya nunca se sabría qué anda pensando.

Los olores de la cera caliente y de la abominable infusión que se calentaba en la pequeña estufa se combinaban para marear a Marianne, aunque la voz y la entonación de Donally le parecían tan familiares que casi la aliviaban. Pero todo lo que él decía era de una despiadada perversidad. Cuando Donally se movió, un suave perfume de verbena se le desprendió de la camisa, un aroma limpio y refrescante que despejó la cabeza de Marianne.

—¿Por qué hasta ahora sólo se ha comunicado conmigo con esas desagradables frases pintadas?

—Porque así nadie podía escuchar lo que yo estaba diciendo —replicó Donally—. Además, no hay demasiado que hacer por las noches, excepto acuñar un aforismo o dos.

—Tendría que haberme imaginado que usted era un hombre de muchos intereses.

—De vez en cuando toco alguna fuga. Y luego están mis otras habilidades; entiendo que son bastante extraordinarias.

—Y también cultiva el serpentarium —dijo ella—. Joya me habló de las serpientes, si no me lo he imaginado.

—Me pareció que el colapso de la civilización, en la forma en que los intelectuales como nosotros la entendíamos, podía ser un momento tan propicio como cualquier otro para amañar una nueva religión —dijo él modestamente—. Si no aceptan la serpiente como símbolo ya pensaremos en algo más adecuado cuando sea la ocasión. Todavía utilizo muchas cosas de la Iglesia Anglicana. Encuentro que son infinitamente adaptables. La religión es un recurso para dotar de discernimiento moral a un grupo privilegiado; ya me comprendes: muchos son los llamados pero pocos los elegidos; y urgidos así por la incoherencia, abandonaremos la indecente condición de barbarismo y aspiraremos a la de honesto salvaje, manteniendo algún tipo de comunidad. Permite que te lea una cita.

Pasó con rapidez las hojas de un libro marcadas con tiras de papel, y encontró el párrafo; tosió y leyó en voz alta:

—«La pasión que ha de tenerse siempre en cuenta es el miedo, del que proceden dos elementos muy generales: uno, el poder de los espíritus invisibles; el otro, el poder de los hombres a quienes esos espíritus ofenden.»

—Mi padre tenía ese libro —dijo Marianne—. Sólo que a él no le gustaba mucho.

—Sin duda él aspiraba a lo mejor —dijo Donally—. No tenía que crear una estructura de poder ni fortificarla casi sin medios. El ritual y la tradición lo sustentaban; dos cosas que yo tengo que inventar. Pienso que la ceremonia de casamiento será más impresionante por la noche. Tengo preparado para ti un vestido aterrador. No tienes elección, ¿sabes? La boda o la hoguera.

Volvió a sonreírle; luego tomó la vela y caminó vivamente hacia el muro. Alzando la vela, iluminó un nicho en la piedra de modo que Marianne pudiese ver un sonriente esqueleto medieval que enarbolaba un estandarte de piedra con la divisa: TE VERÁS COMO ME VEO. Marianne esbozó una sonrisa ligera y pálida y se precipitó fuera del cuarto acompañada por la educada cadencia de las carcajadas del doctor.

Fuera, bajo la brillante luz del sol, unos niños desnudos jugaban en la terraza y la rosaleda. Marianne salió por la puerta principal y todos contuvieron el aliento, dispersándose; pero la nieta de la señora Green escapó tan deprisa que tropezó y rodó de cabeza hasta el pie de las escaleras, donde quedó tendida, aullando, sobre una alfombra de hierbas altas. Marianne bajó la escalera, puso a la niña de pie y le sacudió la tierra de las arrugas del abdomen desnudo. Jen la miraba ceñuda.

—Espero que Joya llegue a enseñarte lo que es bueno —dijo—. Espero que te golpee con los puños después de que se case contigo.

—Las noticias viajan aquí muy deprisa —comentó Marianne—. ¿Quién te dijo que se casa conmigo?

—Espero que te tenga en una jaula, como a esa serpiente —dijo la niña—. Y yo vendré y meteré un palo entre los barrotes.

Le echó a Marianne una malévola mirada de través, y de pronto dejó de interesarle. Se metió en la boca un sucio pulgar y se alejó distraídamente por entre los rosales, donde los otros niños estaban jugando a algo nuevo. Las rosas marchitas, demasiado abiertas, desparramaban pétalos por todas partes; en este marco romántico los niños apedreaban al tonto, acurrucado bajo un arbusto de rosas blancas que sacudido por los frecuentes impactos de las piedras nevaba pétalos sobre él. Se protegía los ojos con las manos.

—¡Puedo veros! —gruñó Marianne, con una ferocidad incontenible, apartando las

ramas espinosas y fulminando a los niños con la mirada. Una vez más se dispersaron, y el tonto cayó de bruces sollozando.

Atravesando la pradera en la que pastaban poneys y caballos, Marianne se encaminó al río. Las bestias alzaron la cabeza y sacudieron hacia ella los hocicos aterciopelados. La amabilidad de aquellos ojos la reconfortó, pero la rara belleza del valle la entristecía; los estandartes de salicaria color púrpura, que caían desde el techo como una cascada a la luz del sol, parecían las banderas triunfantes de la naturaleza misma, que proclamaba sus derechos sobre el edificio. Caminó un trecho río arriba, hacia el sitio en que desaparecía en el bosque, y allí vio a Precioso. Había entrado a caballo en el río, para darle de beber. No llevaba mucha más ropa que los niños.

Él no vio a Marianne. El pelo negro le caía sobre la mejilla, ocultando las marcas del tatuaje; entrelazaba los dedos en la crin negra del animal y cantaba entre dientes una tonada; repetía la frase tritónica una y otra vez, casi como si hubiese olvidado que estaba cantando. Los huesos no eran aún una estructura inamovible bajo la suave piel del rostro, y las piernas de adolescente, delgadas y bronceadas, colgaban golpeando contra los flancos del potrillo. Precioso no había terminado de crecer. Se alejó río abajo; el caballo apartaba las cañas en el agua oscura; Marianne se quedó sin aliento porque el jinete parecía recién creado por las manos de la naturaleza misma, un animal más débil que algunos y menos ágil que otros, pero, en conjunto, el más ventajosamente organizado de todos, la esencia pura de un hombre en su estado más inocente, más estrechamente relacionado con el río que con ella misma. Precioso tenía los ojos cerrados, tal vez estaba soñando; pero ella no podía concebir qué soñaban los Bárbaros, a no ser que ella interviniera en uno de esos sueños.

—Yo creía que las cosas entre los Bárbaros eran más sencillas —se dijo Marianne a sí misma, y de pronto se sintió sola.

—¿Por qué se quedó usted? Dígame la verdadera razón —le dijo a la señora Green, más tarde, cuando estaban solas en la cocina y la señora Green calentaba agua en una cacerola negra de hierro para lavar a Marianne. La mujer probó la temperatura del agua con el codo y sonrió amablemente mirando la superficie ondulante, a la que emergían pequeñas burbujas.

—Llevo en el corazón la huella de los tacones de sus botas —dijo.

—Yo los vi por primera vez cuando aún era una niña. Los vi entrar cabalgando en la aldea, y todos tenían tanto miedo, y uno de ellos mató a mi hermano, pero ya entonces comprendí que un jinete tenía poco que hacer contra un soldado disciplinado.

—Oh, ellos nunca triunfan del todo, pero en realidad tampoco necesitan hacerlo, ¿no crees? Sólo un poco de pillaje para traer lo que nos hace falta. Harina y cosas así.

—El miedo es la mayor arma, así es que tienen que caracterizarse para no parecerse a ninguna otra cosa, para no parecer hombres.

—Ah, sí —dijo la señora Green—. Una carnavalada extraña. Colorida. Será mejor que te laves aquí y yo me quedaré junto a la puerta para que no entre nadie. No querrás, digamos, que Johnny te encuentre completamente desnuda.

Marianne colocó el caldero de agua sobre la mesa y se lavó brazos y piernas. La señora Green le dio un trozo de jabón que había guardado en secreto en el fondo de un baúl, para una ocasión como ésta. Los Bárbaros no hacían jabón y raramente les parecía

necesario. Mientras Marianne se lavaba los brazos, la luz de la cocina se eclipsó; alzó los ojos y vio al niño medio tonto, que libre de la cadena, y sentado en el alféizar de la ventana, le hacía gestos y muecas. Marianne ahogó un grito. La señora Green se sintió ultrajada y corrió al patio. Marianne se envolvió en la falda y la siguió; el niño rodaba por el suelo del patio y la señora estaba intentando separarle los dedos, fuertemente cerrados en un puño.

—Es para la joven Profesora —dijo el niño—. Es un regalo de boda.

—Aquí estoy —dijo Marianne, arrodillándose junto a él.

El niño se tranquilizó inmediatamente y se sentó. La cadena y el collar colgaban amenazantes de la perrera, pero alguien le había untado con grasa la llaga del cuello. El niño soltó una risa sofocada y se estremeció; ocultando la cara tras la mano agarrotada, apretó el contenido del otro puño en la mano de Marianne. El prometido regalo era unos pocos tallos de hierba y unos ajados pétalos de rosa.

—Gracias —dijo Marianne, mirándole los ojos escurridizos.

—Fue lo mejor que pude conseguir en estas circunstancias —dijo él. Tenía una voz tan fina como la de su padre y articulaba con una precisión sorprendente.

—Tu padre te molerá a palos si te encuentra suelto.

—Él dijo que podía; se enojó con Joya porque me cortó el collar, pero dijo que yo podía andar suelto porque hoy es un día especial, y Joya me puso grasa en la llaga porque dijo que hoy es el día de su boda.

—Bueno... —dijo la señora Green, indecisa, mirándolo con perplejidad—. No puedes andar espiando por las ventanas, ¿sabes? Quédate acostado en la perrera como un buen chico y te daré de comer.

El niño entró en la perrera a gatas, suspirando, y se sentó sobre un montón de paja sucia.

—¿Podré tomar luego un trozo de pastel de bodas?

—En estos tiempos no hay pasteles de boda; no ha habido pasteles de boda durante años y años y años. ¿Dónde demonios has oído hablar de pasteles de boda?

—No lo sé —dijo el niño—. En algún sitio.

Suspiró otra vez, ruidosamente, y empezó a masturbarse. Escandalizada, la señora Green chasqueó dos veces la lengua, y llevó a Marianne de prisa a la cocina. Marianne terminó de lavarse en el agua que ya se estaba enfriando.

—Él no es ningún idiota —comentó Marianne—. Ciertamente no es más idiota que cualquier otro que se hubiese pasado la vida atado a una cadena.

—Era tan gracioso de pequeño, babeando y esas cosas. Y esos ataques, igual que el padre, terribles ataques, espumarajos por la boca y el rechinar de dientes. Odio pensar qué pasará dentro de uno o dos años con las muchachas y esas cosas... Salen y juegan, bromean con él; es repugnante; y entonces Donally lo golpea de un modo espantoso, como si la culpa fuera del niño.

Ayudó a Marianne a secarse y luego subieron al dormitorio, donde la mujer encendió el fuego. Una enorme caja de metal había sido depositada en el suelo mientras ellas estaban fuera.

—¿Está ahí mi vestido de boda?

—Supongo que sí, querida.

—¿Y cuándo empieza la ceremonia?

—Alrededor de la medianoche.

La señora Green sacó un peine y con una mueca de reprobación, empezó a peinar a Marianne. Marianne, subrepticamente, había estado recortándose las puntas con un pequeño cuchillo, por miedo a los piojos.

—Es un desastre que una joven lleve el pelo tan corto. ¿Por qué demonios te lo hicieron?

—Me lo hago yo misma.

La señora Green miró fijamente a Marianne.

—Eres un ser extraño, ¿no? Era imposible que te adaptaras a tu gente.

Marianne se sentó en el colchón abrazándose las rodillas y contemplando lo que ocurriría en el futuro inmediato, pues ella no podía cambiarlo.

—Abra la caja, señora Green; déjeme ver el vestido.

La señora Green levantó la chirriante tapa del cofre metálico y apartó grandes cantidades de fino papel amarillo que se le deshacía en polvo entre los dedos. Luego sacó un vestido de novia como los que Marianne sólo había visto en fotografías anteriores a la guerra. Marianne dejó la cama y se acercó lentamente a la caja mirando lo que había dentro con asombro y cierta aversión.

El vestido tenía un corpiño de raso, ahora todo resquebrajado, unas angostas mangas blancas terminadas en punta sobre el dorso de la mano, y una interminable falda de tul amarilleado por el tiempo. Había también muchos metros de velo de tul y una pequeña guirnalda de perlas artificiales. El baño se había desprendido de la mayoría de las perlas, que ahora eran sólo unos glóbulos de cristal blanco. La señora Green extendió el vestido sobre la cama, con expresión de aturdimiento. Marianne tomó el dobladillo de la falda entre los dedos y la tela se deshizo en polvo, como había ocurrido con el papel. Había sombras de moho en los pliegues de la voluminosa falda, y todo olía a humedad y decrepitud.

—¡Qué perfectamente ridículo! —dijo Marianne. No pudo contener la risa, y la señora Green también rió, aunque con cierto tono de desasosiego.

—Oh, quedarán impresionados —dijo la mujer—. Ellos creen que los Profesores se ponen cosas así en la intimidad del hogar, ¿sabes?

—Es demasiado grande para mí.

—Nadie se dará cuenta. No hay nada con qué compararlo. El conjunto será impresionante.

—Es horrible y espantoso —dijo Marianne—. Y, probablemente, lleno de microbios, además.

—Bueno, de eso no sé nada —dijo la señora Green. Titubeó al acercarse a la puerta—. Tengo que irme, querida, tengo que preparar una gran comida para después.

—Festejos —sugirió Marianne fríamente—. Regocijos.

—Tú haz sólo lo que se te dice, ponte ese vestido y espera —replicó la señora Green, que de pronto había perdido la paciencia—. Vendré a buscarte cuando sea la hora.

Marianne oyó que ponía el tronco contra la puerta y supo que estaba otra vez encerrada. Retrocedió hasta la chimenea, lejos del vestido; no podía dejar de mirarlo. A medida que la habitación fue oscureciéndose, el vestido empezó a brillar con una luz de

luna, y parecía extender alrededor filamentos de tul, como un cultivo de hongos que echase al aire las esporas, una palpable infección blanca, los virus de las pestes, nominados de acuerdo con los rótulos de los tubos de ensayo en los que habían sido cultivados, y que podrían sobrevivir durante años bajo las malezas de una ciudad muerta, anidando invisiblemente en cajas de Pandora parecidas a ese cofre metálico, salpicado de rótulos chamuscados de parajes extranjeros, de la época en que los parajes extranjeros eran algo más que imaginaciones, pues ya no existía París, donde la diosa. Razón fuera fugazmente adorada.

Miraba de lejos el vestido, ahora una imagen terrorífica. Alguna mujer joven lo había llevado puesto para una boda a la vieja usanza, con pastel, vino y discursos; poco después el cielo abriría un paraguas de fuego. Marianne se apretó contra la pared, boca abajo sobre las tablas del piso, cerró los ojos y apretó los puños intentando forzarse a sí misma a entrar en un estado de ecuanimidad, defendiéndose así de ese anacronismo que se desmoronaba. Cuando la habitación estuvo bastante a oscuras, y el vestido era todavía visible y relucía con la luminosidad de la escarcha blanquecina o el resplandor verde del lucero de la tarde, la señora Green entró deprisa con una lámpara.

Estaba arrebolada y sin aliento. Traía consigo el olor penetrante de la grasa quemada y la carne asada. Tenía el delantal manchado de salpicaduras y el rodete medio deshecho.

—Tendrías que haberte puesto el vestido —dijo con sequedad.

Levantó el vestido, delicadamente, y se acercó a Marianne con el paso pesado e inexorable de una anciana obstinada. Marianne comprendió que no había nada que hacer, y que no podía escapar a la prueba; comenzó a desabotonarse la falda, mecánicamente. Temblaba y sudaba, pero la pasión que la dominaba era siempre la cólera y no el miedo, y pronto se convirtió en una muñeca muda, furiosa y dócil. El corpiño de raso se le deslizó sobre la piel con una sensación viscosa y helada, y las faldas ondularon extendiéndose ampliamente como un lago derramado sobre el piso. La señora Green se movía rápidamente alrededor con alfileres y horquillas, hasta que, por último, el velo lo cubrió todo, aun el rostro de Marianne. Estaba ahora muy cambiada: un pálido bulto de tela vieja que se desintegraba poco a poco con cada movimiento. El corpiño crujió y se resquebrajó.

—Tendrán que casarme muy deprisa o saltarán las costuras y no habrá más vestido —dijo Marianne.

La señora Green se retiró a un extremo del dormitorio y miró de arriba abajo la figura amarillenta, vagarosa y espectral de Marianne. El velo se agitó en ondas amenazantes; Marianne lo sujetó extendiendo una mano blanca, pequeña y viva.

—Muy hermoso no es, ¿verdad? —observó la señora Green—. Nadie podría decir de mí que soy supersticiosa, pero aun así...

Marianne descubrió una mancha en la manga de raso donde la primera novia había derramado algo, vino tal vez. Y quizás esta joven había sido feliz cuando llevaba el vestido y derramó el vino. El duro enojo de Marianne empezó a derretirse un poco; se sentía triste.

—¿Quién piensa usted que lo llevó antes? —preguntó, y tímidamente acarició el raso con el dedo índice, casi como si pidiera al vestido que la perdonase por tenerle tanta aversión.

—Ese camino lleva a la locura —sentenció la señora Green—. Oh, diablos, eres un espectáculo. Y qué espectáculo. Él ya tiene la habitación lista, velas por todas partes, flores,

la serpiente en la pequeña jaula, la exhibe ahí, ¿sabes?

— ¿Es una serpiente fálica esta noche?

— De eso no sé nada — respondió la señora Green.

Se quitó el delantal sucio y se desabotonó el vestido. Debajo llevaba una decente enagua de cuello cerrado, confeccionada con tela de sábana. Sacó del baúl un vestido limpio e idéntico al primero y se lo puso alisando con los dedos las marcas de los dobleces. Se hizo el rodete con la habilidad que da la larga costumbre, y enseguida estuvo lista, aunque se la veía triste en el fondo.

— Trabajé para los Profesores hasta ser mayor que tú ahora, y siempre pensé que eran unos sujetos despiadados — dijo de repente—. Sé buena con mi Joya, sé amable.

— ¿Amable? — exclamó Marianne, desconcertada—. ¿Amable?

— Ya ves — dijo la señora Green con una victoriosa melancolía—. No entiendes nada.

— Ayer mismo me saltó encima con una brutalidad inconcebible; tiene las manos de un carnicero y los ojos, como espejos trucados, pueden ver hacia afuera pero no dejan ver dentro. No tenemos nada en común, ¡y ahora usted me pide que sea amable!

— No entiendes — repitió la señora Green—. Bien, ahora tienes que mostrarte altiva, pues ellos piensan que eres poco común. Aunque quizá ya pareces bastante altiva, tal como eres.

Marianne levantó las voluminosas faldas desdeñosamente. Las comisuras de la boca de la señora Green bajaron en señal de desaprobación, pero de todos modos compadecía a Marianne, y esto ofendió a la joven más que ninguna otra cosa.

La antigua capilla estaba repleta de salvajes envueltos en harapos y pieles. Los aros, broches y collares de cristal, metal y hueso, reflejaban la luz de los centenares de velas adheridas a las obras de cantería, tantas velas que el recinto parecía estar en llamas; absolutamente todo era visible: las banderas, el órgano, las tallas, el atril, el altar cubierto de velas y rosas, la efigie de mujer con una túnica celeste hecha de cera coloreada que se había derretido con el curso de los años y le daba la apariencia de una hidrópica. Alguien había recogido todas las rosas del jardín y las había traído a la capilla; estaban esparcidas en hacinas moribundas. La atmósfera, una mezcla de cuerpos sin lavar, rosas y velas, tenía la solidez del queso. Parecía que todos los miembros de la tribu estaban allí presentes, todos perfectamente inmóviles y en silencio; los bebés silenciosos contra el pecho de sus madres y los niños abrazados a las faldas y mirando a través del bosque de piernas aquella aparición de otro mundo que llevaba un vestido tan viejo como los infortunios de la tribu y se abría paso entre ellos delicadamente. Tan pronto como apareció Marianne, un susurro de telas indicó que toda la concurrencia, excepto Joya y sus hermanos, hacían la señal contra el mal de ojo.

Marianne estaba preparada para lo inesperado; aun así, la grotesca apariencia de Donally la tomó por sorpresa. Estaba postrado sobre el altar como un pájaro ridículo. Llevaba puesta una máscara tallada en madera y pintada con manchas azules, verdes, púrpura y negras, puntos de color rojo oscuro y rayas carmesíes, que le ocultaba toda la cara menos la hirsuta barba bicolor. Una túnica tejida con plumas de pájaros lo cubría de pies a cabeza. En los brazos llevaba una jaula de plástico y alambre, como aquellas en que se ponía a las cotorras australianas antes de la guerra. La jaula estaba adornada con flores de plástico resquebrajadas por el tiempo y medio derretidas, además de cintas y plumas,

de modo que la víbora que presumiblemente estaba dentro no pudiera ser vista.

Marianne se preguntó si Donally concluiría la ceremonia aplicándole la serpiente al pecho, como el áspid de Cleopatra. Por un rato no pudo librarse de esa negra fantasía; descubrió que le transpiraban las manos y se las enjugó furtivamente en la falda de tul. La textura de los juncos del suelo bajo los pies desnudos le pareció la sensación más antigua del mundo, tan arcaica como el sabor del agua fría.

Los hermanos estaban juntos, de pie detrás de Donally. Eran completamente Bárbaros, tal como ella los había visto la primera vez: la encarnación de una pesadilla. Todos tenían pintado un círculo negro alrededor de los ojos, y manchas blancas en la frente y la boca y rojas en las mejillas. El pelo largo era una masa de trenzas y rizos intrincados, como las pelucas de los faraones egipcios. Se habían engalanado con joyas, algunas de piedras preciosas y oro, sacadas trabajosamente de lo más profundo de las ruinas, deslucidas o repulidas en parte. Los tres más jóvenes parecían llevar algunas piezas sueltas de armadura, pero Joya vestía una rígida chaqueta escarlata entretejida con hilos de oro, que quizás alguna vez había pertenecido a un obispo. Parecía tener la extraña magnificencia de un rey antediluviano o un sultán preadamita. Donally había estado desvalijando museos, sin duda; tal vez había sido Profesor de Historia.

Había galones de oro y plumas entre los cabellos de Joya, y de las orejas le colgaban unos largos pendientes de plata tallada. El mundo de las tinieblas se había hecho explícito en los contornos alterados de su rostro. Era una obra de arte, una obra creada, no concebida, un fantástico dandy de la vacuidad cuya verdadera naturaleza había sido sometida a la belleza ajena y terrible de un gesto retórico. En él cuerpo y apariencia estaban separados. No era más, voluntariamente, que un lenguaje de señas. Se había convertido en lo que quedaba de la idea de un héroe; y ella misma había sido obligada a personificar lo que ellos recordaban de una novia. Pero aun cuando ella sabía bien que sólo personificaba esta idea, ignoraba hasta qué punto Joya personificaba la otra idea, o si se había convertido en ella, pues las líneas de la exótica figura expresaban todas el más arrogante desprecio, y era imposible decir si ese desprecio formaba o no parte del guión.

—Amadísimos míos —comenzó a decir Donally con voz profunda—. Nos hemos congregado...

Y podría haber utilizado el libro de plegarias de la Iglesia Anglicana o cualquier otra cosa, pues dijera lo que dijese nunca tendría sentido para la congregación salvaje que sólo prestaba atención a la entonación melodiosa y hierática de la voz de Donally. La voz brotaba tras la máscara con una misteriosa vacuidad, y la tribu suspiraba. Ahora Marianne estaba tan cerca de la jaula que podía ver que la serpiente moteada dormía apaciblemente. Los hermanos se mantenían de pie, tan inmóviles como figuras pintadas en la pared de una cueva, y observaban a la joven. Marianne se alegró de que el velo le ocultase la cara. Un niño se aburrió o se asustó, y empezó a llorar; una mujer trató, sin éxito, de que callara, y luego lo tomó de la mano para llevárselo afuera. Cuando la puerta se abrió, una ráfaga de aire entró de pronto y levantó el velo, que flotó sobre Donally y cayó sobre la frente de madera y los hombros emplumados como una repentina nevada.

Por un momento la irritación interrumpió el curso de la oratoria del doctor. Apartó el velo bruscamente, descubriendo parte del rostro de Marianne. Luego Joya tuvo que inclinarse y desposarla con el primer anillo que encontró en su propio dedo índice, un

anillo de sello que guardaba el mechón de pelo de algún muerto. Le quedaba a ella tan holgado en el cuarto dedo de la mano izquierda, que Joya se lo encajó en el pulgar magullándole la articulación; levantó los ojos y la miró con aspereza, como si esta parte gratuita del simbolismo lo irritase más allá de lo razonable. Alcanzó a ver la cara de Marianne desde un nuevo ángulo, medio en sombras; los discos pardos y opacos de los ojos se le abrieron de pronto, y por primera vez le transmitieron a ella un mensaje, un repentino destello horrorizado de reconocimiento. Dejó caer la mano de Marianne como si le quemase. Mientras tanto, la ceremonia continuaba.

Marianne advirtió que Donally había incorporado al ritual una parte de su propia invención, quizá derivada de un estudio de la cultura de los pieles rojas. Extendió los brazos y movió la cabeza de madera, emulando el pavoneo de una serpiente alada. El hermoso plumaje parecía ya plumas, ya escamas. Los miembros de la tribu rompieron filas todos a un tiempo y se agitaron sobre el altar y alrededor de Marianne para ver con más claridad lo que iba a ocurrir. Joya había cerrado los ojos, unas gotas de sudor le bajaban por la pintura de la frente. Sacó de pronto el cuchillo y le ofreció la hoja a Marianne como para que se apuñalase a sí misma. Marianne retrocedió. Los ojos de Joya se abrieron repentinamente; hizo una mueca y trató de sujetarle la mano. Ella se debatió y luchó; quiso gritar, pero el velo se le metió en la boca y la amordazó. Las garras de Donally le apretaron el brazo y al fin ella dejó de luchar, mirando, impotente, cómo Joya le acercaba la hoja del cuchillo a la muñeca y le hacía un pequeño tajo en el que asomaban unas pocas gotas de sangre. Ella había esperado algo mucho peor. Apenas le dolía. Hubo una tremenda ráfaga de suspiros de alivio cuando todos vieron qué roja era la sangre de Marianne.

Joya le tendió el cuchillo a Johnny, que le hizo un corte en la muñeca, como el que Joya había hecho a Marianne. Joya temblaba tanto que el cuchillo le desgarró la piel y la sangre manó a borbotones, vigorosamente, sobre la piel morena. Marianne advirtió que Joya estaba conteniendo un ataque de risa histérica mientras Donally se inclinaba ceremoniosamente para juntar las dos heridas y que ambas sangres se mezclaran. Una buena cantidad salpicó el vestido de Marianne. Cumplido el ritual y cuando Joya paraba la sangre con la mano libre, Donally saltó en el aire, dando un grito y se arrojó al suelo entre los juncos, balbuceando y echando espuma por la boca.

Rodaba y se agitaba como un río tumultuoso, barbotando una incoherente espuma de sonidos. La tribu se apretó contra las paredes para dejarle espacio. Muchos niños se echaron a llorar mientras los padres contemplaban la escena con los ojos desorbitados de miedo y angustia. El ataque comprendió diversas variaciones barrocas, como si estuviera tocando el órgano, y se prolongó hasta que las velas estuvieron a medio consumir. Durante todo ese tiempo, la serpiente continuó durmiendo, incluso cuando Donally rodó y chocó contra la jaula, por lo que Marianne se preguntó si sería una serpiente de verdad o sólo una piel rellena.

Agotado y exhausto, Donally yació sobre un montón de plumas que se habían desparramado por el suelo; había una sensación de igual agotamiento en la habitación, como si la tribu lo hubiera acompañado en aquel doloroso encuentro con el caos. Cuando por fin se quedó quieto, terminadas las últimas contracciones, la tribu salió lentamente en fila, hasta que en la habitación sólo quedaron la novia, el novio, los hermanos y la señora Green. Los hermanos permanecían de pie, aunque ahora en posición de descanso,

rascándose o bostezando.

—Mi pobre Jen —dijo la señora Green—. Estuvo llorando mucho.

—Alcánzame una venda antes de que me desangre —dijo Joya.

La señora Green encontró un pañuelo y le envolvió la muñeca.

—Hay un banquete —añadió él, sin quitar los ojos del vendaje—. Un banquete de bodas.

El arqueopterio caído en el suelo se recompuso rápidamente.

La mesa de la cocina estaba cubierta de pan blanco, trozos de carne y jarras del primitivo licor que ellos mismos elaboraban. Marianne probó un poco y lo escupió. Los perros y los niños peleaban en el suelo entre ellos, por algún bocado, mientras Marianne se sentaba a un extremo de la mesa, cuidadosamente compuesta, erguida, el velo echado hacia atrás de modo que todos pudiesen verle la cara, y Joya se sentaba al otro extremo. Joya alimentaba a un cachorro de perro con la comida de su propio plato y bebía. La chaqueta roja dorada le caía desde los brazos en angulares pliegues esculturales; parecía un rey de baraja. Cuando sintió que Marianne lo miraba, volvió el rostro, y se aferró con tanta fuerza al borde de la mesa que los nudillos se le pusieron más blancos que su propia pintura blanca.

Donally revoloteaba alrededor de la mesa esparciendo plumones y plumas, sonriendo, charlando y bromeando; había dejado la máscara en la capilla, y la hechicería junto con la máscara. Creó, como del aire, un cuadro festivo, y ante su benigna presencia, los Bárbaros se transformaron en simples labradores que a la luz de una gran fogata celebraban una boda cualquiera en una época cualquiera. El humor era basto y espeso. Más tarde hubo música. Donally tocaba el violín, y un hombre viejo, la armónica. Dos o tres niños tenían birimbaos que tañían con sus propios dientes. Hubo baile. Los hermanos brillaban como fuego oscuro, y los brillantes trozos de metal con los que estaban adornados lanzaban coruscantes reflejos de luz, que se movían sobre las paredes. Pero el mayor de los hermanos permanecía sentado, como perdido para siempre en las cavidades escarlatas de la chaqueta. Era una estructura de color, y la chaqueta abierta sólo hubiese revelado el forro de la espalda, sin ningún cuerpo dentro.

—Tienes que irte a la cama —le dijo la señora Green a Marianne—. Toma un trago más. Tienes que ir a donde duerme Joya.

—¿Vendrán todos conmigo a comprobar que se haga justicia?

La señora Green miró de cerca a la joven y sacudió la cabeza, asombrada.

—No, querida, te dejarán tranquila. ¿Qué esperas, una procesión?

—Estoy preparada para cualquier cosa —dijo Marianne.

Joya había encontrado una habitación en lo alto de la casa, en la parte más vieja. Luego de atravesar un arco bajo, al final de un largo corredor sobre la capilla, Marianne vio que estaban en una torre. Una escalera de caracol subía y subía, los peldaños estaban gastados en los bordes por el tiempo, y eran muy empinados; Marianne se pegó a la pared, buscando alguna seguridad, mientras seguía a la goteante lámpara de la señora Green. No había ninguna otra luz. Habitaciones que aun los Bárbaros dejaban totalmente vacías se abrían a ambos lados de la escalera, llenas de un aire frío y enrarecido; la tela se le estremeció bajo los pies, y sintió que las paredes se volvían húmedas y mohosas. De tanto en tanto, tocaba con las manos un macizo de plantas rezumantes. Los pies desnudos

tropezaban con toda clase de objetos húmedos e invisibles. Subieron más y más; la lámpara sólo revelaba una piedra negra, delante, detrás y a los lados.

—Este lugar no puede ser muy seguro si hay viento —observó Marianne.

—Ah, pero es muy íntimo —dijo la señora Green—. En eso le doy la razón.

Marianne casi podía sentir el viento debajo de los pies. Era como subir hacia la luna. Por fin llegaron a una puerta pequeña, tan baja que Marianne tuvo que inclinarse, y entraron en la habitación de Joya. Al parecer, él prefería el aire libre, pues una buena parte del techo había caído y dejaba al descubierto una inmensa extensión de cielo espléndido, nocturno, azul, tachonado por un puñado de estrellas. La señora Green dejó la lámpara sobre un cajón de madera que se apoyaba contra la pared, y cuando la llama se aquietó, Marianne vio que la mitad de los alrededores eran ya bosque.

Una baya, llevada por el viento o caída del pico de un pájaro, había echado raíces en un rincón y se había convertido en un acebo pequeño pero fuerte que extendía unas vigorosas ramas de las que Joya colgaba la colección de collares que no llevaba en el momento, varias prendas de ropa y una cantidad de cuchillos. El suelo estaba cubierto de escombros, tejas y una inquieta marca de hojas muertas de muchos años, pero habían despejado un espacio suficientemente grande como para hacer sitio a un colchón lleno de pieles a modo de primitivo tálamo nupcial y para el cajón en el que había unos pequeños pots, un cuenco con agua, una toalla, un peine de escasas púas, y una navaja de afeitar. La vieja chimenea funcionaba otra vez, pues habían puesto dentro algunas varas de madera seca. Por un capricho del azar el grueso cristal del arqueado ventanuco había permanecido intacto, y Joya lo había frotado hasta dejarlo limpio. A través del cristal, Marianne vio la pálida curva de la luna creciente por encima del bosque. Lejos de la cocina y las habitaciones donde se celebraba la fiesta, el viento suspiraba y murmuraba alrededor del techo, y ella alcanzaba a oír el pesado golpeteo de los ratones en las paredes.

La señora Green tomó fuego de la lámpara y encendió la chimenea. Marianne se bañó la muñeca herida con el agua ferozmente fría; su propia sangre o la de Joya, no podía saber cuál, se arremolinaba en pálidas líneas, pero la herida misma se había cerrado. La señora Green le quitó el velo y lo dobló.

—Quémelo —dijo Marianne.

—Incendiará la chimenea.

—¡Quémelo!

La señora Green se encogió de hombros y arrojó bruscamente el velo en el hogar, donde en seguida se encendió y se extinguió, en una incandescente red de cenizas. Marianne salió con alegría de las ruinas del vestido, y también lo quemaron. La falda desapareció subiendo por la chimenea en grandes harapos flameantes, que luego descendieron ennegrecidos mientras los pequeños globos de cristal que una vez habían sido perlas, rodaban acá y acullá por entre las llamas, como insectos perturbados. Todo desapareció al fin, y la señora Green atizó los restos irreconocibles con una vara. Marianne temblaba de frío. Vio que la señora Green había extendido uno de sus propios camisones sobre la cama, una voluminosa mortaja de franela con una cinta alrededor del cuello. Marianne se lo puso.

—La mezcla de sangres, no me habían hablado de eso. No sabía que lo iban a hacer. Me trastornó, ¿sabe?, sí, de verdad. ¿Quién cree ser él?

—En realidad fue muy impresionante.

—Oh, seguro. Pero se puede ir demasiado lejos. Creí que iba a matarme, cortarme en pedazos, freírme y repartirme entre la tribu en porciones rituales.

—¿De veras? —dijo la señora Green, pasmada—. Oh, eso no podría suceder aquí, no mientras dominen los Bradley.

Marianne tomó una manta de la cama, la dejó caer al lado del fuego, y se arrodilló calentándose las manos frías en las llamas.

—Joya está borracho —dijo ella.

—Oh, sí —dijo la señora Green, como si se tratara de algo inevitable—. Y además está de un humor espantoso. Mi pobre muchacho, mi pobre muchacho tiene un talento crónico para la infelicidad.

—No se ponga sensiblera, vieja tonta. En las bodas, las madres se ponían siempre así, en otro tiempo; siempre se ponían sentimentales, era una tradición.

Marianne se dio cuenta de pronto que había conjurado accidentalmente el fantasma de su propia madre, que había muerto por amor a un único hijo varón, y se quedó en silencio, manoseando los flecos de la manta, de piel de conejo o gazapo. A los cuatro años, había tenido un conejo en una jaula, y lo había alimentado con hojas de amargón. Entonces aún no habían llegado los Bárbaros, y vivía encerrada en una segura torre blanca, con la sinrazón al otro lado del alambre de espino, una comunidad racional que cuando el conejo murió, lo abrieron para averiguar el porqué.

—Mi madre siempre amó más a mi hermano —le dijo Marianne vagamente a la señora Green, que estaba a su lado contemplando el fuego, el rostro surcado por preocupaciones inimaginables. Marianne se le acercó en busca de consuelo, aunque no sabía cómo la señora Green podría consolarla, excepto repitiendo ciertos viejos refranes acerca del comportamiento humano que quizá tuvieran alguna aplicación.

La mecha de la pequeña lámpara se hundió bajo la grasa y la llama se extinguió. El resplandor de la chimenea llenó el cuarto. La puerta se cerró de golpe y el cuarto, que parecía apoyarse sobre la casa en un equilibrio inestable, se estremeció como si estuviese a punto de soltar amarras y arrojararse desde lo alto de la torre. Joya había llegado. Arrastraba detrás la chaqueta escarlata, que estaba ya muy sucia. La tiró sobre un montón de escombros. Ignoró la presencia de la novia y de su madre adoptiva, y fue a hundir la cara en el cuenco; se sacudió esparciendo alrededor una cascada de gotas y luego se secó con la toalla. Marianne pensó que el agua podía haberle lavado todos los rasgos junto con la pintura, y que él levantaría hacia ella un liso huevo de carne, sin ojos, pero en realidad, era él mismo nuevamente, si esto era él mismo, aunque inquieto y de mal humor. Emanaba ansiedad. La señora Green se puso de pie nerviosamente.

—Me voy, entonces —dijo.

Joya no dijo nada. Se quitó los pendientes de plata de las orejas y los dejó caer al suelo. Marianne se enderezó, erizada; alguna especie de carga eléctrica llenó el aire, él echaba chispas de antagonismo y ella empezaba a divertirse. Las hojas muertas se movieron en el suelo. La señora Green sacó un tizón del fuego para alumbrarse en el camino de descenso; echó una ojeada ansiosa a los dos jóvenes, que se miraban ferozmente, funestamente, y resoplando y bufando, salió de la habitación. La puerta se cerró detrás de ella con un sonido reverberante, y un collar cayó del árbol. Marianne

decidió iniciar una ofensiva.

—Qué farsa —dijo ella, con la voz más desagradable que pudo encontrar—. Qué grotesco.

Joya gruñó y trató de reavivar la lámpara, pero fracasó. Acompañado por el leve tintineo de las joyas se acercó al fuego, e ignorando a Marianne, se sentó con las piernas cruzadas sobre la manta, totalmente encorvado. Trató de desenredar los intrincados vellones de la melena pero tenía los dedos torpes, y las tiras de cuero se habían trabado como cerrojos oxidados.

—Péiname —ordenó, y ella se sintió feliz al ver una hostilidad intensa en el rostro de él.

Marianne tomó el peine de encima del cajón de madera, se arrodilló con cierto aire de mofa, y empezó a desatar la miríada de trenzas. Pero no podía negar que él tenía un aspecto maravillosamente exótico, con una línea negra en el rabillo de los ojos, ojos de párpados extraordinariamente pesados. Así que continuó con la tarea, y la tensión disminuyó; era una acción totalmente fuera del tiempo, algo que ella nunca hubiese creído posible para sí misma; a medida que sentía el peso seco y brillante del interminable cabello oscuro, que le resbalaba entre los dedos, la repetición e intimidad de sus propios movimientos y la rareza de los sucesos del día fueron combinándose de tal modo que casi la calmaron. Los ojos le escocían a causa del humo acre de la madera, y las hojas satinadas del árbol del rincón brillaban como espejos, arriba, en el cielo, por encima del mundo, y entonces sintió una arrobada perplejidad. Se dio cuenta de que estaba muy cansada.

Cuando acabó de deshacer las trenzas, continuó peinando mecánicamente la asombrosa cascada negra, áspera y dura como pelo de caballo, y él se estremeció como reconociendo la involuntaria sensualidad que hacía que la mano de ella se moviese más y más lentamente, con un ritmo más y más lánguido. El anillo se le salió del pulgar y rodó por el suelo; ese débil tintineo fue suficiente para despertarla y, deliberadamente, rodeó con los brazos el cuello del hombre, y apretó la cara de él contra su pecho, porque no podía esperar por más tiempo a que algo ocurriera.

También él había estado deseando que algo ocurriera. Como si durante todo ese tiempo hubiese esperado a que ella lo abrazara, la tomó inmediatamente por las muñecas, y la echó hacia atrás, hasta que ella estuvo extendida sobre la manta, con los brazos inmovilizados contra el suelo, detrás de la cabeza. El hombre moreno se arqueó sobre ella y dijo:

—Te odio.

Marianne no estaba ni sorprendida ni sobresaltada. Podía haber anticipado algo parecido, y si él hubiese dicho cualquier otra cosa, ella se habría horrorizado, no habría sabido qué hacer. Ahora, en cambio, esperó tranquilamente a que él la soltara. Le inspeccionó la joya dura, de sangre seca, en el interior del antebrazo, y el pendiente de esmalte azul, un medallón de San Cristóbal, ahora un adorno secular a no ser que él lo usara para viajar, que le colgaba del cuello entre una masa fluctuante de cuentas de vidrio.

—Te odio —repitió Joya, con voz suave.

Un búho ululó y un caballo relinchó; afuera y muy débilmente Marianne oyó a una mujer que chillaba, y que luego reía.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad.

—Porque, porque, porque...

La soltó y volvió a sentarse, muy derecho, como si nunca se hubiese movido, cubriéndose la cara con las manos. Ella se frotó las muñecas.

—¿Por el odio tradicional que data del tiempo de los refugios profundos?

Él sacudió la cabeza.

—¿Porque soy más inteligente que tú?

Picado, él replicó:

—Yo creo que eso es lo más improbable —y calló otra vez.

—Estás borracho —dijo Marianne, con enfado—. Vete a la cama, anda, cuéntamelo por la mañana.

—Venga ya —dijo él—. Tú sabes leer, léeme algo. Te he visto antes, antes de que me rescataras.

Se echó el cabello hacia atrás, como presentándole la cara en una bandeja, una cara que en ese momento era de una belleza desolada, tan alejada del modelo original y tan pavorosa como una enorme deformidad. Marianne sintió que se le encogía el corazón y lo reconoció, aunque él había cambiado por completo.

—Eras mucho más joven entonces —dijo ella—. Y te parecías más a Precioso que a ti mismo.

—Yo tenía quince años, sí.

—Era mi hermano el que mataste.

—Supongo que sí.

—Lo recuerdo todo perfectamente.

—Te has disfrazado de un modo muy astuto, ¿verdad?, cortándote el pelo y todo lo demás. ¿Quién habría pensado que yo pudiese reconocerte? A menos que lo que pensé fuese cierto, que esa niña que me miraba con tanta severidad sería mi muerte.

Marianne retrocedió hasta encontrarse con los enjorados brazos del árbol.

—Qué ojos de hielo tienes —dijo él.

Sacó el cuchillo de su cinturón y se lo arrojó. Marianne lo atrapó por la empuñadura.

Joya se tiró de espaldas en la manta, se abrió la camisa de un tirón y le ofreció el pecho desnudo.

—¿Me matarás ahora o más tarde? —preguntó.

—Cuando tú prefieras —le respondió Marianne, impaciente.

Dejó caer el cuchillo al suelo, pues no tenía ningún deseo de matarlo; después del primer sobresalto de sorpresa tampoco tenía ningún deseo de venganza; sólo una colérica inquietud, como si él hubiera irrumpido en el sitio más íntimo de sí misma, y hubiese robado la posesión que ella más ambiguamente apreciaba. Su propia memoria ya no era sólo suya, él la compartía. Nunca lo había invitado a ese lugar. Aun así, lo que sucedió en un Día de Mayo bajo el balcón de ella, parecía tener muy poco que ver con cualquiera de los dos, pues ella era ahora una persona diferente, que estaba representando el recuerdo de una novia. Y desde el momento en que ella y el asesino encarnaban ahora una novia y un novio, la única acción válida era que se metieran en la cama, de acuerdo con el ritual prescrito. Salió de la sombra de las ramas interiores, nuevamente serena.

—Tú no crees en vuestra propia magia pero sí en la de otros —dijo ella con una voz muy cruel—. No creo que seas nada inteligente.

Él se sentó en el suelo, y se encogió, a la defensiva.

—Tengo miedo de lo que no conozco —dijo él—. Eso a mí me parece razonable.

—Bueno, no necesitas tener miedo de mí. Me hiciste sangrar dos veces, no, tres veces ya; eres más fuerte que yo, y hasta ahora más poderoso...

Entonces, decir esas palabras acuñadas por la razón (no importa cuán toscamente acuñadas) a aquel bulto de oscuridad, encogido junto al fuego agonizante en la penumbra del cuarto, le pareció una tarea tan inútil que dejó de hablar en medio de la frase; se recogió el enorme camisón y fue con paso majestuoso hacia la cama. Se acostó entre las mantas. El heno crujió debajo de ella.

—Esta pequeña tendría más o menos la edad de Jen, miraba hacia abajo como si fuese una función dispuesta para su provecho, y yo pensé: «Si así miran a la muerte, cuanto antes se vayan todos, mejor».

Marianne cerró brevemente los ojos.

—Por favor, para. Por favor, ven a la cama.

—Mi muerte —repitió él suavemente.

—Estás muy supersticioso y muy borracho —dijo ella con severidad, y decidida a poner fin a todo aquello—. De todos modos, sólo estoy en tu cama por accidente. Es tu buena fortuna si este accidente te sirve como centro de tus culpas morales.

Joya se puso a chillar de risa, tosió durante unos pocos minutos, y se sentó, resentido, con una furia miserable.

—Ella no arría la bandera —dijo, dirigiéndose al árbol—. Continúa utilizando su perspicacia hasta el mismísimo final.

Se puso lentamente de rodillas y extendió los brazos hacia Marianne.

—Guíame de la mano. Guíame hasta los portones del paraíso.

—¿Por qué me haces pasar por esta prueba de imaginación?

—¿No acostumbraban usar guantes negros en los funerales? Donally debe de haberme mostrado una fotografía. Siempre pienso en la muerte como llevando guantes negros, pero nadie los usa ya.

—¿Vas a venir a la cama o vas a dormir en el suelo?

—Guíame. Vamos.

Marianne comprendió que nunca dormiría aquella noche, a menos que ella misma lo trajera a la cama. Pero vio, con irritación y algo perturbada, que él parecía ahora una figura casi infinitesimal junto al fuego, al otro lado de un centenar de millas de tablas inseguras, y montones de escombros como en un campo de batalla. La habitación se iba oscureciendo cada vez más. Se levantó del colchón, de mala gana. Las corrientes de aire jugaban atravesando la habitación a ras del suelo, y soplaban sobre el camisón haciéndolo ondear. En cualquier momento todo el cuarto podía salir volando, y alejarse dando vueltas a través de la noche; o quizás estaba inflándose como un globo enorme, para convertirse en un mundo redondo, él en un polo y ella en el otro. Le pareció que tardaba horas en cruzar el suelo, y cuando por fin llegó al lado de él, se tomaron de la mano con un alivio aterrizado casi idéntico. Ella tiró de él hasta enderezarlo, en un resonante tintineo de joyas.

—Talismanes y amuletos para mantener alejadas a las bestias, a los demonios y a las enfermedades —dijo él—. Para desviar las flechas de los Parias y las balas de los

Profesores, y quién sabe qué más.

Se apoyó en el hombro de Marianne y desparramó collares y cadenas por el suelo. Hacía ahora mucho frío. Los anillos le cayeron de los dedos como granizo brillante, y ella lo llevó hacia la cama. Las ropas siguieron a las joyas; fue dejando detrás un rastro de ropas hasta quedar tan desnudo como en el día en que nació. Salieron de la última luz roja del fuego entrando en las sombras crecientes; cuando ella tuvo al hombre bajo las mantas, ya no podía distinguir dónde terminaban las tinieblas y empezaba el cuerpo de él.

—Estoy demasiado borracho para montarte —le dijo él.

—Uno tiene que estar agradecido por las pequeñas clemencias —contestó Marianne groseramente.

Joya rió con un deleite que parecía genuino.

—Chistoso —reconoció—. No muy agudo pero, de todas formas, chistoso. Una broma. Nosotros no tenemos tiempo para practicar ese tipo de cosas.

Así alcanzaron una tregua. Él le echó los brazos alrededor, quizá buscando calor, tal vez en busca de tranquilidad si no de reconciliación, pero, en todo caso, ambos se durmieron inmediatamente agradeciendo que la habitación hubiese recobrado sus dimensiones ordinarias. Pero tan pronto como la noche empezó a enrollar su pesada alfombra, y el alba se filtró a través del techo, Marianne abrió los ojos y encontró que él ya estaba despierto, e inclinado sobre ella la miraba valorándola y conjeturando. Marianne pensó: «Tal vez mi padre tenía razón, tal vez el caos es más aburrido que el orden». Esperó estar soñándolo, pero uno no sueña la sensación de calor de otro cuerpo. El calor de él se difundía sobre ella.

—Pensé que dormirías hasta tarde —dijo ella.

—Otra vez te equivocas —contestó él—. Tuve una pesadilla. De cualquier modo, habitualmente sueño hasta que rompe el día.

—¿Qué sueñas?

—Fuegos y cuchillos.

—Yo nunca sueño —dijo Marianne con aspereza—. O si lo hago, no recuerdo nada.

—Entonces, tú eres la afortunada. Sin embargo, quizá mientas.

Marianne se movió inquieta bajo la absoluta intensidad de la mirada de él, y al fin admitió:

—Bueno..., cuando era pequeña soñaba con los Bárbaros, y eso me perturbaba, pero nunca hasta el punto de transpirar y gemir. No a menudo, por lo menos. Y, además, no me daba miedo.

—Algunas veces sueño que soy un invento de los Profesores; ellos proyectan sus miedos hacia afuera, sobre nosotros, para que así los miedos no se queden en las aldeas infectándolas, y así, ¿entiendes?, ellos pueden vivir en paz. Las noches que tengo esos sueños despierto al campamento entero con mis gritos.

El alba llegaba al interior de la habitación por dos caminos, entrando a raudales a través del techo y más tímidamente a través de la ventana. Ellos yacían sobre el angosto colchón e involuntariamente, por una compulsión que nada tenía que ver con la voluntad, la razón o el deseo, ella advirtió que se movía acercándose más y más a él. Joya era una piedra curiosamente formada y atractiva; era un objeto que la atraía. Le examinó los agujeros horadados en las orejas. Había leído palabras tan frías en los libros del estudio

del padre, había observado allí diagramas de segmentos de líneas, clavados con flechas bajo una corona de palabras congeladas en lenguas muertas; había oído la voz amable de su padre hablando de cosas que pasaban entre hombres y mujeres, y que ella no podía asociar con el anciano calvo y el fantasma de la madre; ahora, ella yacía lejos de la torre blanca del padre, con un hermoso extraño junto a ella, completamente desnudo.

—¿Por qué estás llorando?

—Estaba pensando en mi padre.

Como si Joya absorbiera toda la atmósfera, a Marianne le era difícil respirar. Nada de lo que había visto o había sufrido por él pudo impedir que se moviera, acercándose más; un pájaro bajó volando a través del techo y se posó sobre una rama, por encima de una sarta de perlas. Agitó las alas y emitió un hilo de canto ondulante. A Marianne le asombraba que la habitación contuviese al mundo o que el mundo fuese sólo la habitación; puso los brazos alrededor de Joya y lo acarició. Los movimientos asustaron al pájaro, que se alejó volando. Buscando la zona complementaria de ella, Joya levantó hasta la cintura de Marianne los abundantísimos pliegues del camisón de su madre adoptiva. Ella se lo quitó por la cabeza y lo arrojó lejos para poder estar más cerca de él, o mejor dicho, de la mágica fuente de atracción que era la carne morena de Joya. Y si hubiese en el mundo alguna otra cosa, ella estaba segura de que no era real.

—Te ha dado su mejor camisón; siempre me dijo que la enterrara con él.

Si la noche anterior la cara de él había sido una construcción de pintura y sombras, ahora volvía a ser totalmente de hueso; sus ojos no transmitían ningún mensaje. Quizás estaba tratando de hacerse amigo de ella o quizás estaba intentando conocerla. Esa vez no hubo dolor. El misterioso deslizamiento de superficies de carne dentro de ella no tenía ninguna relación con cualquier cosa que ella hubiese oído, leído o experimentado. No había esperado sensaciones tan extremas de placer o desesperación. Si Joya estaba sorprendido por la respuesta de ella, lo ocultó, pero cuando se retiró más tarde, permaneció sobre ella, cubriéndola, clavándole la misma mirada calculadora, como si intentara ver las fibras de la membrana y el músculo detrás de los ojos de Marianne, o aun algo más interior. Yacían abrazados de esta manera cuando la puerta se abrió de pronto, y la señora Green entró trayendo un plato en las manos. Puso el plato en el cajón que sostenía el cuenco de agua, y se inclinó a recoger la ropa de Joya, esparcida por el suelo.

—Me alegra mucho que os estéis llevando tan bien —dijo, echándoles una mirada. En la voz de la mujer había una cálida alegría. Marianne se desconcertó y metió la cara ruborizada entre las pieles, pero Joya parecía impasible. Se apartó lentamente de Marianne, aceptó a su madre adoptiva un puñado de anillos y los deslizó en sus propios dedos, uno en cada dedo, dos en algunos. Era plena mañana y la habitación se había convertido en una burbuja deslumbrante de sol y aire. La señora Green señaló el plato.

—Os he traído algo de desayuno —dijo—. Pensé que sería agradable. Está bien, ya sabes.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Marianne, intrigada, emergiendo de entre las pieles.

La señora Green se puso las manos sobre las caderas. El rostro blanco, suave, adquirió una expresión tan inescrutable como la de cualquier Bárbaro.

—Bajó cautelosamente esta mañana temprano, algo impropio de él, vino a la cocina y

me entregó una pequeña botella de brebaje, diciéndome que se lo diera a la pareja feliz, como la llamó, y que así tendrían muchos hijos, ¿sabes? Debe de haber pensado que estoy reblandecida, querido. Le di un poco del brebaje al cachorro de la perra marrón, y empezó a correr en círculos hasta que cayó muerto.

Marianne sintió tanto frío que creyó que el sol se había ocultado, y volvió a deslizarse entre los brazos de Joya, pero la señora Green y Joya estallaron en carcajadas.

—Está perdiendo la sutileza, pobre viejo desgraciado —dijo Joya—. Está envejeciendo.

—Supongo que hubiera dicho que la jovencita te había envenenado.

—Quizá.

Mientras Marianne los miraba fijamente, tratando de descubrir por qué estaban tan divertidos, la señora Green se agachó y tiró de las pieles que los cubrían.

—Míralo. ¿No es un joven precioso? Si yo tuviera treinta años menos...

—Cuarenta años —dijo Joya—. No exageremos.

Empujó a Marianne a un lado, echó los brazos alrededor del cuello de la vieja y la besó riendo. Marianne los observaba, reclinada sobre un codo, con más indiferencia que nunca; de pronto entrevió un extraordinario dibujo en la espalda de Joya, bajo el río negro de los cabellos, un dibujo de tantos colores como la *Viperus berus* enjaulada de la habitación de Donally. Al principio pensó que era un síntoma de alguna enfermedad extraordinaria, sin duda relacionada con los ataques de tos, y extendió la mano para tocarlo, pero Joya se había vuelto hacia el cuenco de gachas y la apartó otra vez. Sacó con los dedos un poco de la sustancia gris y viscosa y le dijo a Marianne:

—Mírame con atención, y si me hincho y muero no comas nada, pero ve directamente con Johnny y dile que te cuide.

—No le tomes el pelo.

Joya comió, no murió y le pasó la comida. Ella no quería comer y dejó el cuenco sobre el piso.

—Dame la camisa —dijo él—. Será mejor que me levante, ya que he vivido para ver otro día.

Camino de la puerta, la señora Green le arrojó la camisa.

—¿Va a estar ella conmigo hoy o qué va a hacer? Tendremos que buscar una ocupación.

—Hará lo que quiera.

La señora Green asintió y salió de la habitación; el portazo hizo caer otro pedazo del techo de la estancia y todos los pájaros del mundo cantaron en el exterior.

—No te pongas la camisa aún... date la vuelta. No, acuéstate otra vez. Boca abajo.

Él levantó las cejas pero obedeció. Marianne separó las cortinas negras de la melena, y deslizó las manos hacia abajo, incrédulamente, sobre la ornamentada longitud de la espalda. Joya tenía la figura de un hombre al lado derecho, una mujer a la izquierda, y tatuado a lo largo de la espina dorsal, un árbol con una serpiente enroscada en el tronco.

El complicado dibujo era azul, rojo, negro y verde. La mujer le ofrecía al hombre una manzana roja; entre las hojas verdes, en la copa del árbol, crecían más manzanas rojas que colgaban sobre los hombros de él, y las raíces negras se retorcían y terminaban en la parte alta de las nalgas de Joya. Las figuras eran rígidas y naturales; Eva tenía una sonrisa

pérfida. Las líneas de color estaban trazadas con obsesiva precisión sobre la piel brillante de poros cerrados que subía y bajaba con la respiración de Joya, y por tanto parecía que la lengua bífida de la serpiente salía y entraba rápidamente, y que un viento suave movía las hojas del árbol, un efecto que el creador tenía que haber previsto.

—Ah, sí —dijo Joya—. Tengo entendido que es muy impresionante.

Se puso la camisa y cubrió la desfiguración grotesca que a ella le fascinaba. Aun el desayuno de bodas de gachas envenenadas le parecía menos interesante que esa ceñida prenda íntima de colores.

—Nunca puedes quitarte toda la ropa —dijo—. O estar por completo a solas, con Adán y

Eva allí continuamente.

—Lo que está fuera de la vista está fuera de la mente —dijo Joya—. Yo nunca lo he visto.

Él lo llamó su obra maestra; lo hizo cuando yo tenía quince años.

—¿Fue muy doloroso?

—Le llevó quince días y yo estuve delirando la mayor parte del tiempo, pero las agujas no me envenenaron la sangre porque la señora Green me cuidó. Si bien el verde es, en realidad, el peor, el que más duele. Te darás cuenta de la cantidad enorme de verde que hay en el cuadro.

Se levantó y se puso los pantalones. Luego las botas. La camisa encubridora. Luego escogió collares de entre el montón que había sobre el tapete. Estaba juntando su yo diurno.

—Quería pintarme el juicio Final sobre el pecho, pero yo no quería nada que pudiera ver constantemente.

—¿Es muy aficionado a la Biblia?

—Cuando se lo presiona, habla de la verdad poética que hay en la leyenda de la caída del hombre.

—¿Por qué le permitiste que te mutilara así?

—¿Lo ves como una mutilación? —Él estaba trenzándose el pelo.

—Es monstruoso. Es antinatural —pero ella estaba mintiendo otra vez. El tatuaje le parecía un paisaje peligroso e irresistible, una tersa incognita o la espalda de la luna.

—De vez en cuando hace que me quite la camisa, ronda a mi alrededor admirándome y dice: «Ajá, hum, qué genio era yo entonces». Pienso que le gustaría desollarme y poner mi piel en la pared; creo que realmente le gustaría. Podría hacer conmigo un manto de ceremonias y llevarme en ocasiones especiales. Una vez tatuó completamente a una niña con rayas de tigre y dijo que sería la Dama Tigre. Pero ella murió, fue un fracaso.

—¿Por qué le permitiste que te atacara así con sus agujas?

—No tenía demasiadas alternativas. Yo era sólo un crío.

—No me gusta este lugar —dijo Marianne, con desaprobación—. No me gusta en absoluto.

Se sentó erguida, formal y remilgada, con las manos alrededor de las rodillas y las pieles como un mantón alrededor de los hombros. Él la miró con algo parecido a la nostalgia, como si ella fuera una vieja fotografía.

—Pobre cría —dijo—. Y allí estaba yo entonces, asustado de ti.

—Por favor, ¿puedes marcharte y dejarme sola? —dijo Marianne, pues él se le aparecía ahora con la atracción horrible de los deformados, y ella necesitaba tiempo para pensarlo.

Joya le dedicó a Marianne la más vil de las sonrisas, acompañada de un gruñido, se detuvo como reflexionando, y volvió a donde ella yacía. Le besó los pechos y la boca durante varios minutos y luego la dejó sola, acompañada solamente por el recién despierto e insatisfecho deseo, otra indignidad que ella, vengativamente, sumó a la cuenta.

Donally había escrito en la pared: LA MEMORIA ES LA MUERTE. Marianne estudió la frase durante un largo rato, mientras la pared misma temblaba por un ataque furioso descargado en la habitación vecina sobre el órgano barroco, que estaba sufriendo una toccata adecuada para tirar la casa abajo. Ella pensó en pedirle a Donally que le tatuara este aforismo en la frente, donde Joya pudiese verlo a cada momento, o también que le tatuara MEMORIA en uno de los pechos y MUERTE en el otro. Pero después lo pensó mejor, cuando recordó que Joya nunca había aprendido a leer.

La tribu ya no se protegía de Marianne con señales, pues el matrimonio la había secularizado. Aunque aún una extraña, y por lo tanto temible, era ahora específicamente responsabilidad de Joya, y ellos confiaban en que él controlaría la dudosa magia de ella, que la mantendría controlada en un saco bien atado, quizá bajo la almohada, pues ahora los niños preferían no hacerle caso y ella podía ir y venir a su antojo por el campamento, sin dejar atrás una estela de murmuraciones. Cuando pidió un poney le dieron uno pequeño, blanco y negro, como un caballo de juguete, de crines ásperas y blancas. Algunas veces cabalgaba por los alrededores de los límites del bosque, pero no iba más allá. Pasó un tiempo, y Joya aún la vigilaba por el rabillo del ojo pero, a pesar de todo, ella no cargaba el poney y se marchaba porque cuando descubrió junto con Joya que podían aniquilarse mutuamente, ya no pudo pensar en otra cosa. Cortejando su propia extinción así como la de él, descubría poderes extraordinarios tan pronto como la oscuridad borraba la peligrosa evidencia del rostro de Joya. Entonces la cama se convertía en un mundo frío, negro y silencioso, donde sus únicos habitantes no tenían otros sentidos que el tacto, el gusto y el olfato.

Pero una vez, ella despertó antes y se sorprendió al ver el rostro de él casi totalmente reducido a gentileza. En el abandono del sueño sus manos habían caído sobre los pechos de ella tan suavemente como la nieve, y entonces, con fascinado horror, volvió a recordar que esas mismas manos que unas horas antes la habían transformado por un momento en un río de fuego, también habían destruido irrevocablemente la carne de su carne. El rostro de Joya parecía girar en el hueco tenso del hombro de ella, deshacerse y rehacerse en formas de un perfecto horror; pero él abrió los ojos y de repente ella se vio reflejada dos veces, y se apartó muy rápidamente antes de poder distinguir la expresión de su propia cara.

En otra oportunidad despertó a media noche porque un chotacabras, que vino a posarse en el árbol de la habitación, aleteaba ruidosamente. Era ese período del mes en que no había luna. Sintió como si le hubieran apagado los ojos, y mientras buscaba a tientas la mano de Joya para comprobar que no estaba sola, encontró, por accidente, el rostro de él. Tocó un promontorio de hueso apenas recubierto de carne, que tenía que ser un pómulo. Movié las puntas de los dedos, ligeramente, a lo largo de esta elevación y encontró una franja como de hierba, presumiblemente un ojo encapotado bajo el párpado.

Pero no tenía ninguna sensación de ojos reales ni de un rostro real. Todo parecía un pequeño paisaje del que recibía la información más abstracta, y pronto identificó este paisaje con el corazón en ruinas de la vieja ciudad; esto la desconcertó un poco, y durante demasiado tiempo intentó no recordarlo.

Días después accidentalmente, otra noche, al moverse desasosegada le tocó la cara y notó que estaba cubierta de lágrimas. Pero él no se movió, durmiendo o aparentando dormir, y ella reprimió instantáneamente su curiosidad.

Aparte de estos contactos aislados, ella se defendía negando a Joya toda existencia fuera del ser doble que ambos conformaban cuando en el bosque los búhos caían sobre los

ratones aterciopelados, la luna atravesaba alguna fase y el idiota aullaba desconsolado en la perrera. Esta tercera cosa, esta bestia erótica no tenía ojos, ni forma, y estaba equipada con una única boca. Era anfibia y nadaba en oscuras aguas salobres, subsistiendo solamente en la noche y el silencio; Marianne cerraba los ojos para no verlo a la luz de la luna, y de todos modos no había entre ellos palabras de cariño, ni ninguna razón para utilizarlas. La bestia tenía garras y dientes. A veces era sólo un instrumento de venganza, aunque su propio ímpetu la llevaba, a menudo, más allá de esta función. Cuando eran otra vez dos, despertaban a la mutua desconfianza de la mañana.

A la luz del día o del fuego, Marianne lo veía en dos dimensiones, plano e inexpresivo. Cuando venía a través del prado sobre el caballo negro, empapado de agua de lluvia o salpicado de barro o sangre, de regreso de la caza, o cuando esperaba la comida de la tarde en la cocina con sus hermanos, jugando una partida de huesos y disputando hoscamente acerca de la caída de las piezas; o doméstico, ocasionalmente, acunando a la peluda Jen sobre sus rodillas cuando ella iba a dormir allí... todas estas actividades no eran más que cuadros vivos o poses fortuitas, sin una línea de continuidad que las uniera.

En la pared exterior de la habitación del doctor, se leía ahora: NUESTRAS NECESIDADES NO TIENEN NINGUNA RELACIÓN CON NUESTROS DESEOS. Donally lo dejó allí durante varias semanas.

—¿Pero quién puede decir cuál es cuál? —se preguntó Marianne y no pensó más en el aforismo.

Marianne, blanca y silenciosa, se sentaba en una silla rota de la cocina; a veces los sonidos del órgano revoloteaban alrededor como espectros barrocos, y otras no. Un día, al anochecer, en un ataque de furia, Joya rompió todos los cacharos del viejo aparador. Arrojó la antigua loza por todo el cuarto; los hermanos huyeron atropelladamente entre risillas de miedo, pero Marianne no se movió de la silla. Él le arrojó una sopera; erró, por supuesto, ya que ni la sopera ni él eran reales. La sopera cayó dentro del hogar. Luego Joya atacó ferozmente las reses recién sacrificadas. Y otra noche se aproximó a Marianne, en silencio, durante la hora de la carnicería, y le embadurnó la cara con las manos manchadas de sangre: acto que ella interpretó inmediatamente e inmediatamente despreció; era como si él estuviese tratando en vano de demostrar su propia autonomía, aunque ella no olvidaba nunca que él se desvanecía como un fantasma cuando empezaba a clarear, o más temprano, en el mismo momento en el que el cuerpo de ella dejaba de definir los contornos del cuerpo de él.

Algunas veces, cuando llovía, la lluvia entraba a raudales a través de la habitación, y los empapaba hasta los huesos. En las noches de viento la habitación se sacudía como un corcho sobre tormentosas rompientes de aire. Cada mañana un trozo más de techo había caído en la habitación; pronto estarían tan cruelmente expuestos como bebés en la ladera de una montaña; y la escalera de caracol se hacía cada noche un poco más traicionera. Una vez Marianne pisó un sapo, de camino hacia la cama, y le quebró la espalda.

Mientras tanto, la tribu se preparaba para levantar campamento y mudarse. Reparaban las carretas y herraban los caballos. Joya había heredado de su madre, de los Lee, su afición a los caballos; pero todos los hermanos lucían muy hermosos entre los caballos, y Marianne observaba estas escenas como si estuviese mirando las ilustraciones coloreadas de un libro ingenioso. De modo que una soledad triunfante no dejaba de vivir

un momento en aquel extraño lugar.

Vivió en esa condición desintegrada durante algún tiempo hasta que, tendida bajo el peso de él, oyó que le gruñía en la garganta: «Concibe, perra, concibe», y ella fue empujada al desvelo más lúcido; la unión de ambos pareció a la vez brutal y grotesca, y la brusca salida de simiente, una terrible violación de su intimidad. Ella no había pensado siquiera una vez que el pez de la noche pudiese llegar a ser un símbolo concreto, un niño dentro de ella; si alguna vez lo hubiera considerado detenidamente, habría deseado que las razas de ambos estuviesen tan separadas que un cruce resultase imposible. Buscó desesperadamente a Joya, pero no pudo verlo, porque era otra noche sin luna. De modo que al fin tuvo que hablarle.

—¿Por qué?

Él tardó tanto en responder que ella empezaba a preguntarse si realmente había hablado en voz alta.

—Por una cuestión dinástica —dijo por fin—. Éste es un sistema patriarcal. Necesito un hijo que cave mi tumba cuando me haya ido. Un hijo para asegurar mi rango.

—Dame una razón.

—Por una cuestión de política. Para mantener mi rango.

—Supongo que ambas son buenas razones, dada la situación inicial, pero creo que hay una menos abstracta.

—Venganza —explicó él—. Poner un poco de mí encima de ti. Un pequeño yo cubierto de pieles, trenzado y erizado de cuchillos. Entonces yo tendré algún rango en relación conmigo mismo.

—A costa de someterme a mí a la humillación más irreparable. ¿A costa de hacerme parir monstruos?

—¿Qué? ¿Como el sueño de la razón?

—Eres demasiado sofisticado —protestó Marianne.

—Lo hago lo mejor que puedo —contestó él cortésmente.

Ella se volvió sobre un costado y escuchó los sonidos de la noche: un viento leve con unas pocas gotas de lluvia.

—Y yo te salvé la vida, además —le dijo de pronto, acusándolo.

—Yo te daré otra.

Una ráfaga de lluvia tamborileó contra el cristal de la ventana y cayó sobre las hojas duras del acebo. Sólo una fina cáscara corroída, de ladrillo y pizarra, los protegía de la fría noche estival y de las negras profundidades del cielo. La lluvia azotaba el rostro de Marianne y se le posaba en las mejillas. La idea de placer murió, ahora que ella comprendía que el placer estaba subordinado a la procreación. Cuando Joya extendió la mano hacia Marianne, ella se retorció alejándose, asqueada.

—Duérmete, entonces —gruñó él.

Pero ahora la habitación estaba llena de rostros incorpóreos que flotaban en la oscuridad como crema en la leche, rostros de niños enfermos que chillaban torciendo la boca y decían que ella era la madre de todos. La cama se le volvió odiosa y la humedad que le resbalaba por los muslos era el ungüento vil y poderoso de alguna bruja, que enloquecía a la víctima. Lo que quedaba de techo se derrumbaría en breve y los enterraría para siempre en la fosa infernal de sus abrazos; ella se ahogaba en el aire viciado como si

ya estuviesen enterrados vivos. Con miedo y temblando, se deslizó de entre las mantas al suelo, repentinamente resuelta a marcharse. Joya estaba dormido, hasta donde ella podía saber. Se vistió rápidamente con sus ropas de Bárbara, las únicas que tenía ahora: un par de pantalones, una camisa de lana bordada con margaritas y trocitos de espejo, y una chaqueta de piel de ardilla gris, cerrada hasta el cuello con un broche diamanté desenterrado de alguna tumba. Hizo su camino hacia la puerta por medio del tacto y la intuición; bajo los pies había escombros y hojas de acebo. Joya no estaba dormido.

—Está lloviendo. No puedes irte ahora.

—Puedo y lo haré.

—Podrías estar incubando ya a mi hijo. Hace ya bastante tiempo que te estoy trabajando.

—Los Profesores conocen cura para esa clase de males.

—Lleva un cuchillo. Para defenderte.

—No estoy particularmente asustada.

—No tanto por las bestias salvajes. Yo sólo vi un león una vez, en el bosque. Estaba echado sobre el cadáver de una vaca, al lado del sitio en el que chocó un tren, oh, años atrás, cuando todavía habría trenes. Todas las puertas del tren colgaban como las alas de un insecto muerto de muchísimas alas, y el león tenía el hocico ensangrentado y mucosidades en los ojos. Era del color de la maleza, y siguió comiendo sin prestarme atención.

—Estás apelando a mi romanticismo —dijo Marianne, enfadada—. No soy una niña, para dejarme engañar con cuentos bonitos.

—Las bestias no te saltarán encima pero, por otra parte, las ruinas están repletas de horrores como leprosos, locos, ermitaños, hombres con cabeza de gorila, o con un único ojo en medio de la frente, por no hablar de las bandas de los Parias...

—Adiós —dijo ella bruscamente. Después de todo él era su marido y merecía la formalidad de una despedida. Pero él no le dijo adiós, aunque ella era su esposa.

Descendiendo de la torre desvencijada, siguió a ciegas la espiral interna de la escalera, y la única pista que tenía para guiarse eran los cinco dedos contra la superficie húmeda de las paredes. Avanzaba poco a poco, con mucho cuidado, culebreando sobre los peldaños, que nunca le habían parecido tan empinados, tan inseguros y cuajados de légamo, y el viento soplaba a ráfagas irregulares, sacudiendo las piedras. Cuando llegó por fin al corredor de encima de la capilla, la envolvió un aire nauseabundo, sorprendentemente tibio. Caminó por este corredor y alcanzó el descansillo donde estaba la capilla; Donally la esperaba en la oscuridad.

Estaba tan enfadada consigo misma por no haber adivinado que él estaría esperándola, que no pudo hablar. No podía ver absolutamente nada de él, pero él la atrapó aferrándole las muñecas.

—Tendremos que maniatarle como a los caballos —dijo él.

La arrastró a la habitación. Los libros estaban guardados en innumerables cajas de embalar, y había frascos e instrumentos envueltos en hierba, dentro de varias cestas grandes, pero la eterna cacerola aún hervía sobre el brasero y cuatro velas estaban encendidas sobre el altar. Encadenado a la argolla de la pared, el niño dormía con una manta rasgada entre los desnudos costados raquíuticos y el suelo de piedra. Moretones de

una paliza reciente le marcaban la espalda.

—Prometió ser un buen chico —dijo Donally, con voz pensativa—. Así es que puede dormir dentro esta noche; en cuanto a mañana, todos estaremos en camino.

Cuán frescas, dulces, de tonalidades blandas, eran las voces de los Profesores; mientras que las voces que la irritaban diariamente tenían bordes de acero y poca gramática. La voz del hombre era tan amable y familiar que casi se vio inclinada a confiar en él, hasta que vio tirada en el suelo la cadena ensangrentada con que había golpeado a su propio hijo. Donally había estado arreglando el manto extravagante, y la prenda emplumada se extendía atravesada sobre el altar, y brillaba trémula a la luz de las velas. Le tendió a Marianne una botella forrada de cuero. Marianne rehusó.

—Me disculparás que continúe con mi trabajo. No tendré tiempo durante el viaje.

Dejó la botella junto a él y se sentó sobre el altar con las piernas cruzadas; comenzó a mover la aguja sobre el plumaje colorido. Marianne se preguntó si se le abalanzaría como un halcón en caso de que ella corriera hacia la puerta. Donally preguntó con tono íntimo:

—¿Abusa de ti?

—¿En qué sentido? —le preguntó ella cuidadosamente.

Donally parpadeó. Las cejas depiladas eran como paréntesis oblicuos.

—Prácticas viles, o cosas indecibles, por ejemplo —respondió él, evasivo.

—¿Como qué? —preguntó ella, esta vez con rudeza.

—Fellatio y demás.

—¿Usted considera eso un abuso?

Él abrió los ojos desmesuradamente, como sorprendido por la inocencia de ella.

—Oh, sí, desde luego; una práctica vil, sólo mencionada discretamente en una lengua que por fortuna está muerta. Los romanos estuvieron aquí y se marcharon, por supuesto, y después de ellos, Uther, cuando había lobos en el bosque y aún uno o dos leones, si es posible separar los hechos de la ficción, tarea siempre difícil. Y el unicornio blanco como la leche, una bestia fuertemente simbólica y de extravagante cornamenta, que sólo podía ser capturada por una virgen joven, siempre la menos indicada. Pobre Joya, ahora está en la misma inquietante situación; aunque, por supuesto, no es blanco como la leche. Está retrocediendo, el tiempo está retrocediendo y enroscándose; ¿quién soltó el resorte, me pregunto, para que la historia se ovile así sobre sí misma?

Las extravagancias melancólicas de los Profesores, reunidos de sobremesa después de la cena, alrededor del licor casero de moras, cuando hablaban de apocalipsis, utopías y demás. Marianne reprimió un bostezo pero, de todos modos, se sentía en casa. Se acercó más al altar y observó cómo el sastre gigante reparaba su propia piel.

—Dios murió, por supuesto, bastante pronto. ¿Tú crees que deberíamos resucitarlo? ¿Crees que lo necesitamos en este paisaje hipotético de ruina y bosque, en el que podríamos no existir?

—¿Es que desea representar ese papel?

—Yo prefiero el anonimato. Antes elegiría ser el espíritu santo. Con frecuencia he pensado en preparar a Joya para el papel de hacedor de mitos. Aunque nunca llegara a pisar el escalón final de la divinidad absoluta, estoy seguro en cambio de que adquiriría fácilmente el rango legendario del rey Arturo. —Se echó a reír.— Podría ser el mesías de los Yahoos.

Reía tanto que casi derribó la botella; la alcanzó justo a tiempo, bebió otra vez, otra vez volvió a ofrecérsela a Marianne.

—Vamos, mi joven dama. El olvido que trae esta odiosa agua vita tanto puedes aprenderlo ahora como más tarde.

—No tengo planeado permanecer aquí el tiempo suficiente.

—¿Cómo? ¿Abandonarás a tu esposo a los melancólicos placeres de la auto fellatio? Si te quedas, yo te enseñaré nigromancia.

Donally estaba excesivamente borracho; sin duda pasaba la mayor parte de las horas de oscuridad consumiendo el licor crudo para aliviar el dolor. Al darse cuenta, Marianne sintió un cierto regocijo. Ilusorias nubes de irracionalidad se elevaron desde la cazuela, en un vapor verde que, además, parecía contener propiedades alucinógenas, por cuanto el esqueleto del nicho se sacudía entrechocando los huesos y la María de cera detrás del altar crecía y disminuía en ataques intermitentes. Pero Marianne pudo deducir metodológicamente que la barba verdadera del doctor, aunque bicolor, era oscura en las raíces del lado rojo, y que por tanto necesitaba una nueva aplicación de tinte.

—La nigromancia no sirve —dijo ella.

—Nadie tiene por qué saberlo —susurró él astutamente.

—¿Por qué huyó de los Profesores? ¿Lo echaron por haber hecho algo feo?

—Oh, no —dijo—. Vine por mi propia voluntad.

—Dígame otro aforismo; necesito consuelo.

Donally pensó durante un instante; luego dijo:

—El mundo se vuelve un sueño, y el sueño un mundo.

—Yo no sueño casi nunca —dijo ella tristemente—.

Joya se enfadó conmigo cuando se lo dije, como si lo estuviese engañando.

—Estoy tratando de inventarlo sobre la marcha, pero encuentro algunas dificultades —se quejó Donally—. No se queda quieto bastante tiempo. La creación a partir del vacío es más difícil de lo que parecía.

Marianne vio que la puerta se abría sin hacer ruido. Joya se puso el dedo sobre los labios, indicándole que guardase silencio; llevaba un cuchillo entre los dientes para tener las dos manos libres. Marianne se molestó tanto porque él la hubiera seguido, que dijo inmediatamente:

—Tiene otra visita; déle un poco de licor.

Joya se quitó el cuchillo de la boca y escupió.

—Y yo que había tenido la intención de apuñalarlo —dijo con un leve pesar.

Se había vestido deprisa y estaba descalzo, pero había alcanzado a colgarse del cuello una gran cantidad de amuletos. Cerró la puerta detrás de él y se quedó en el umbral con una sonrisa hermosa y traidora.

—Aventurándome en la escalera para cumplir con las exigencias de la naturaleza, Joya

Lee Bradley, a quién iba a encontrar sino a tu novia niña resuelta a huir de tus abrazos.

—No tanto de mis abrazos como de las posibles consecuencias.

—No hay adónde ir, querida —dijo el doctor—. Si lo hubiera, yo lo habría encontrado.

Le ofreció la botella a Joya, que se acercó cautelosamente, de costado, y la aceptó. La olió con suspicacia, limpió el pico de la botella, y bebió. Un viento frío movió los juncos que alfombraban el piso. La garganta morena de Joya tembló un momento, y Marianne se preguntó si la urgencia que sentía por tocarlo era una necesidad o un deseo, o si, al contrario de lo que decía Donally, las dos cosas eran funcionalmente lo mismo. Tal vez el doctor estaba experimentando una emoción similar, pues posó una mano sobre el hombro de Joya. Marianne notó que las uñas de Donally estaban perfectamente cuidadas y pulidas.

—Manos fuera —dijo Joya, sacudiéndose—. Te lo he dicho bastante a menudo.

—Muéstrame mi cuadro —dijo Donally—. Quítate la camisa.

Tanteó bajo el cuello y empezó a quitarle la prenda; Joya se encogió de hombros y dejó que Donally lo desvistiera.

—Arrodíllate.

—Viejo tonto —le dijo Joya casi tiernamente, y se arrodilló. Donally dividió el río de cabellos, exponiendo el cuello de Joya como para el hacha del verdugo, y reveló otra vez el monstruoso tatuaje, el jardín del Edén, el árbol, la serpiente, el hombre, la mujer y la manzana.

—Observa la última obra de arte en la historia del mundo —le dijo Donally a Marianne—. Observa la gracia de la línea y la pureza de la ejecución.

—Siempre te gusté, viejo sodomita —dijo Joya, moviéndose un poco, como si tratara de esquivar las manos de su preceptor, que se deslizaban amorosamente a lo largo de las incisiones coloreadas.

—En absoluto —replicó Donally—. Aunque, cuán atractivo eras a los quince años, salvaje como Cambises y dulce como Ahasuerus.

—Yo también lo vi cuando él tenía quince años —dijo Marianne fríamente—. Y me pareció un perfecto salvaje.

Al oírla, Joya alzó la peluda cabeza y le echó una mirada de pena tan desnuda que ella misma se sintió herida y jadeó.

—Éste es un mundo pequeño —dijo Donally, cansado de mirar. Dejó caer la camisa sobre los hombros de Joya y empujó la botella—. Es un mundo tan pequeño como el que encontraron los romanos y mucho más pequeño que el de Uther, y que aún sigue haciéndose más pequeño. Contrayéndose, apretándose, disminuyendo, encogiéndose.

—¿Tengo que darle una oportunidad? —sugirió Joya—. Cuantas más oportunidades hay más se ensancha el mundo.

—Ella no tiene sorpresas para mí, te lo aseguro. Sé en qué dirección sopla el viento de ella.

Pero Joya tomó una de las velas, tendió la mano a la joven y le dijo:

—Ven.

Donally volvió a hundirse en el altar, rodeado de plumas brillantes, con la botella en la mano, y observó satisfecho cómo se marchaban. Al otro lado de la puerta, Joya puso la vela y el cuchillo en la mano de Marianne.

—Alumbra el camino y defiéndete sola; puedes irte, vete.

La llama proyectaba un anillo de luz pura que sólo les iluminaba las caras, por lo que estaban forzados a mirarse de cerca. El terrible hedor del vestíbulo apretó la garganta de

Marianne y en alguna parte un bebé empezó a llorar; la invadió el presagio de que sus propios hijos podrían, algún día, llorar en una cabaña o una ruina en medio de semejante desgracia, pero ya no era capaz de poner un pie fuera del círculo compulsivo, no al menos esta noche, aun deseándolo tanto como podía. Se sacudió en un movimiento convulso, como en un último intento frustrado de escapar al campo magnético de Joya, pero la vela de él parecía la única luz en el encogido, oscuro mundo. Sin embargo, ella estaba decidida a hacerle frente, aunque el mundo se contrajera un poco más, y rehusaba aprovecharse de la oferta de él.

—Ahora estoy cansada —dijo ella, evasiva—. Además, está lloviendo.

Joya recompuso su cara con una sonrisa indescifrable. En su espalda estaban Eva y Adán.

—¿Cuánto... cuánto daño te hizo cuando te tatuó?

—Nada me hizo tanto daño ni antes ni después. ¿Por qué ese interés morboso?

—Es como la señal de Caín.

—Fue a tu hermano a quien maté, no al mío —dijo él, y malhumorado extinguió la llama de la vela con los dedos, y volvieron a quedar a oscuras. En ese momento el viento comenzó a aullar terriblemente y Donally a golpear el órgano como un salvaje con los dedos borrachos. Acordes discordantes zigzagueaban en el rellano, como murciélagos.

Marianne pensó: «Despertará a toda la casa», y entonces advirtió que la casa ya se estaba conmoviendo y despertando. Puntos de luz aparecían en las bocas de las habitaciones y los pasos empezaban a repiquetear, apenas distinguiéndose del sonido de la lluvia, pues eran éstos los húmedos comienzos de un nuevo día. Cuando los dos llegaron a la torre de Joya, descubrieron que la señora Green había estado allí antes que ellos y había empaquetado los pots de pintura, las joyas, las armas, las pieles y el colchón en el cajón de madera de Joya, dejando fuera sólo un rifle, algunos cuchillos y la ropa que Joya necesitaría ese día. Joya cargó el rifle en la opalina aurora que los rodeaba casi enteramente, pues el viento y la lluvia habían echado abajo el resto del techo y la habitación estaba ahora a la intemperie. El piso estaba sumergido bajo dos centímetros de agua de lluvia; la habitación pertenecía ahora a cualquier pájaro que escogiera anidar en las paredes la próxima primavera, al árbol susurrante y a los devoradores elementos. Un pájaro cayó ruidosamente sobre el acebo y sacudió el plumaje jaspeado. Era una urraca.

—Una para la pena, dos para la alegría, tres para una muchacha, cuatro para un muchacho —entonó Joya. Pareció sacar un placer sórdido de este trozo de folklore.

—¿Adónde vamos?

—Al mar. Bajando, hacia el sur. El invierno es más templado allí. Cambiamos pieles por pescado, etcétera.

En la pradera, la caravana estaba organizándose una vez más. Los caballos relinchaban y pateaban el suelo, y las carretas crujían, cargadas de enseres. Una vaca mugió y una cabra escapó brincando hacia el río, seguida por una horda de niños chillones. En las mentes de todos, la tribu ya estaba levantada, y lejos; la mansión retumbaba con los sonidos de la partida inminente y parecía casi totalmente hueca, una vez más abandonada. En la cocina había muchos hombres de pie que arrebatan lo que podían para desayunar; las ya mojadas ropas humeaban al calor del último fuego de cocina de la señora Green. Rodeada de actividades incomprensibles, Marianne se apartó;

encontró un poco de pan y carne y ocupó su lugar habitual junto al fuego.

— Irás en la carreta con la señora Green, como una maldita dama.

— Iré adondequiera que vayas tú.

Una expresión de terror cruzó fugazmente el rostro de Joya; ella no la había olvidado y no podía dejar de reconocerla.

— Ah, no, no vendrás; harás lo que yo digo.

— Ah, no, no lo haré; haré lo que yo quiera.

Joya frunció el entrecejo y desapareció entre la muchedumbre. La habitación se vació poco a poco, pero Marianne permaneció en la silla rota. Los ojos se le cerraban y al fin se quedó dormida, pues había estado despierta toda la noche. En el bullicio, la dejaron olvidada, y cuando al cabo de un rato despertó bruscamente, la cocina estaba vacía. Hasta los trozos de carne habían desaparecido de los ganchos del techo. Una niña había abandonado una rústica muñeca de madera que yacía en el suelo boca abajo, y la puerta se balanceaba en los goznes crujendo levemente y eso era todo. En el enorme montículo de escombros no quedaba nada con vida, excepto el último rescoldo de la chimenea, que estaba muriendo. Marianne se sentía entumecida y acalambrada; se desesperó y fue hacia la puerta, momentáneamente esperanzada de que se hubiesen marchado sin ella, pero el caballo negro y el poney estaban juntos en el patio y ya ensillados, buscando hierba entre las losas; así pues, Joya, evidentemente, había aceptado la presencia de ella como inevitable, aunque con muchas maldiciones. El plato del medio tonto estaba tirado en el suelo, dado vuelta. Marianne volvió a entrar en la casa buscando a Joya. En el exterior de la pared de la capilla, Donally había clavado un último aforismo, para el caso de que el viento trajera a alguien hacia la casa después de la partida de la tribu, alguien que fuese capaz de leer. Las letras estaban borroneadas y se movían espantosamente, pero Marianne alcanzó a descifrar lo siguiente: PIENSO, LUEGO EXISTO; PERO SI ROBO TIEMPO AL PENSAMIENTO, ¿QUÉ ENTONCES? Despreció a Donally por recurrir a preguntas retóricas. Joya apareció en la puerta de la capilla llevando una rama encendida.

— Todos han salido al camino — dijo —. Me he quedado atrás para quemar la casa.

Ella lo siguió a lo largo del pasillo. Aprobaba la decisión de él.

— ¿Se quemará, con toda esta lluvia?

— La lluvia está disminuyendo.

Arrojó la tea al órgano, hecho de vieja madera seca. Al cabo de unos pocos minutos los dorados querubines estaban ardiendo alegremente. Joya y Marianne, unidos por un propósito común, se retiraron hasta la puerta y observaron cómo la capilla se consumía. Cuando los cueros de las ventanas comenzaron a humear y el frente de la efigie de cera cayó deshaciéndose, dejaron que el fuego ardiera a su antojo y fueron al vestíbulo. Junto a la puerta, en el lado de dentro, Marianne vio que Joya había juntado una pila espinosa de leña seca. Joya encendió una mecha con un poco de yesca, lo cual interesó muchísimo a Marianne, que nunca había visto nada semejante. Esperaron hasta estar seguros de que la llama había prendido, y luego caminaron alrededor de la casa, a lo largo de la terraza, pasando por detrás de las desinteresadas estatuas de piedra.

En la cocina, encima y alrededor de la mesa central, hicieron otro gran fuego y vaciaron sobre él el contenido de la chimenea. Marianne nunca había visto la cocina tan bien iluminada, y notó que un baldaquín gris de telarañas cubría totalmente el techo. Las

llamas saltaban de un anaquel al otro del aparador. Salieron al patio, montaron los caballos, que estaban ahora comenzando a inquietarse con las llamas y el humo que escapaban por la puerta de la cocina, y cabalgaron a través de la pradera desierta, y cruzaron el río y subieron a las riberas, dirigiéndose hacia el bosque. Era una mañana clara y gris; la lluvia caía en ráfagas intermitentes pero el viento agitaba los cabellos negros de Joya, como innumerables banderas negras. En lo alto de la ribera se detuvieron y miraron atrás.

Marianne vio que el valle estaba ahora desierto, sumergido en el melancólico otoño. El silencio del bosque goteante la oprimía. Hundió las manos en las crines del pony. Los Bárbaros habían venido y se habían marchado, dejando sólo un montón de estiércol que se disolvía en la lluvia, unos pocos pedazos de cacharros rotos, una tumba marcada con el cráneo de un caballo y una solitaria y olvidada camisa ondeante, puesta a secar en un arbusto; pero Joya se proponía no dejar nada. Por un momento, el edificio náutico resplandeció con una incandescencia interior; luego hubo un tremendo estrépito rugiente y el techo se derrumbó liberando un chorro helicoidal de llamas, tan alto que lamió las nubes más bajas y tiñó de rosa el cielo.

La ecléctica fachada fue consumida en un abrir y cerrar de ojos, y la estructura interior de la casa ardió a la luz, enjaulando un núcleo muy blanco que irradiaba llamas rojas, amarillas y malva. Las estatuas en hilera, ennegrecidas, tendían los brazos hacia adelante como si intentaran huir del fuego. El río centelleaba con reflejos de aquel infierno tumultuoso y los pájaros aterrorizados se elevaron desde los árboles circundantes. El caballo de Joya puso los ojos en blanco y se encabritó; Joya murmuró unas palabras al animal, que bailó unos pasos de costado, tranquilizándose. El viento les soplabla chispas a las caras. Luego una planta se hundió con un rugido estrepitoso, y fue como si un león devorador y ardiente saltara sobre la pradera. La terraza entera desapareció. Los rosales muertos se incendiaron. Los truenos distantes retumbaron detrás del cielo. La hierba se chamuscó y las hojas de los árboles se marchitaron y cayeron. El viento lanzaba oleadas de desechos encendidos aquí y allá, por todo el valle.

—¿Y se incendiará el bosque entero? —preguntó Marianne.

—Quizá —dijo él, con cierto deleite anticipado.

Los ojos de Joya eran discos de llamas reflejadas. Volvió el caballo hacia el bosque, indicándole a Marianne que lo siguiera, y pronto alcanzaron el camino verde, dejando atrás un valle habitado sólo por el fuego. Un faisán se elevó ruidosamente desde la hierba. Luego ambos se unieron a los viajeros rezagados y fueron otra vez parte de un grupo.

El viaje requería mucha organización. Marianne observó que a los Bradley no les gustaba delegar autoridad; aun Precioso, a pesar de tener sólo quince años, daba órdenes a hombres que lo duplicaban o triplicaban en edad y los obligaba a obedecer. Los hermanos preferían llevar a cabo ellos mismos la tarea de explorar minuciosamente los bosques que bordeaban el camino, en busca de atacantes ocultos, o adelantarse para ver si se acercaba un convoy de Profesores. El desplazamiento mismo progresaba tan lentamente que la distancia, al igual que el tiempo, no tenía ya una aplicación práctica; el desplazamiento se convertía en otro aspecto del camino. Ahora los viajeros estaban en su elemento, en una informe, perseverante progresión, de ninguna parte hacia ninguna parte, en un tiempo atmosférico monótono e incoloro. A veces se detenían para dar descanso a los caballos o

comer. Un mirlo con una sorprendente ala blanca vino saltando en busca de migas.

—Carroñeras —señaló Joya—. ¿Qué harán los pájaros cuando nos hayamos marchado?

La señora Green tironeó de una manga de Joya y lo apartó ligeramente. Dos o tres de los hermanos habían venido a verla para conseguir algo de comer.

—Joya, cariño, está enfermo otro bebé. El bebé de Annie, y el viaje le está haciendo daño. Ella no dijo nada esta mañana.

—No —dijo Joya—. No habrá querido que la dejaran atrás.

—¿Habrías dejado atrás a una mujer y a un niño enfermo? —exclamó Marianne.

—Eso dependería de la enfermedad —replicó él—. Pero a los recién nacidos más cruelmente deformes los abandonamos siempre, en el bosque. ¿Qué otra cosa esperabas?

Joya calló, arrancando briznas de hierba húmeda. Johnny yacía reposando descuidadamente junto a su hermano; volvió la cara hacia el sol fresco que aparecía ahora por detrás de una nube, y silbó una melodía. Joya lo golpeó en la boca con una mano cargada de anillos, y le cortó el labio. Johnny derribó a Joya de un golpe. Los hermanos lucharon entre la hierba alta arañándose y dándose puñetazos hasta que Johnny se arrodilló sobre el vientre de Joya golpeándole metódicamente la cara, una y otra vez. La pelea comenzó de un modo tan inesperado, y culminó tan rápidamente, que Marianne estaba atónita; pero la señora Green tomó un cubo de agua preparada para beber y tranquilamente lo vació sobre ambos, tal como Marianne había visto a las Trabajadoras, que echaban agua sobre los gatos cuando peleaban bajo lunas domésticas. Johnny se sacudió el agua de los ojos, maldiciendo y bajando a rastras de encima de Joya, que se estiró y apretó la cara contra el suelo.

—Los hermanos tienen que ser amigos —sentenció la señora Green—. Tú ve a cambiarte la ropa mojada y deja a Joya en paz.

—Él empezó —dijo Johnny ásperamente, escurriéndose el pelo trenzado.

—Sea como fuere, tienes que mostrar respeto y no reñir con él como críos.

Alrededor de ellos, los niños, descansados y alimentados, iniciaron un pequeño juego corriendo de un lado a otro en un arrebató de bríos renovados. El hijo de Donally, por milagro libre de la cadena, se acercó y miró con curiosidad a Joya tendido en el suelo.

—¿Qué le sucede? —le preguntó a la señora Green.

Joya alcanzó el tobillo del niño con una mano. El niño cayó tendido de bruces y se puso a gritar.

—Está maldito —dijo Johnny, quitándose la camisa empapada y mostrando un magnífico torso, musculoso y esbelto, decorado con un pájaro azul y rojo. Se alejó en busca de alguna ropa seca. Joya se apoyó en un codo y observó al niño tonto, que lloraba por él, por Joya. Se quitó del dedo corazón un anillo con una piedra roja, y se lo ofreció en la palma de la mano.

—¿Para mí? —preguntó el niño dejando de llorar inmediatamente.

—Por qué no. No te lo comas, recuerda.

—Parece que piensas que soy bastante estúpido —dijo el niño. Sostuvo el anillo a la luz y la piedra destelló con el más profundo color rojo. Se lo puso en un dedo y se miró la mano un momento.

—¿Puedo tomar también un poco de pan?

—Dadle pan.

El lado derecho del rostro de Joya estaba ya recuperando su verdadero color. El tonto recibió un mendrugo y se alejó corriendo. Joya se volvió hacia su madre adoptiva.

—¿Qué le ocurre al bebé de Annie?

Ella se encogió de hombros y no respondió; sólo hizo la señal contra el mal de ojo, que Marianne nunca le había visto hacer antes. El viaje continuó. Al promediar la tarde, Marianne llegó a la cima de una colina, y descubrió que desde allí podía ver, en una extensión de kilómetros, melancólicos terrenos de abismos profundos, charcas, precipicios, hondonadas, ciénagas, terraplenes y pantanos, divididos por grandes extensiones de bosque frondoso. Habían llegado a una región en la que los setos estaban formados por plantas de hojas lacerantes, y cuyos frutos eran globos de veneno. Los jinetes mantenían las cabezas curiosas de las cabalgaduras alejadas del lado del camino, pero las plantas crecían también en el medio y cortaban cruelmente los pies desnudos, y las patas y el vientre de los caballos. Y nuevamente comenzó a llover. Marianne se preguntó si los caballos no se volverían anfibios un día, pasando tanto tiempo en el agua.

Acamparon en una aldea abandonada. La señora Green consiguió una cabaña con techo suficiente como para guarecerse de la lluvia, y llevó a escondidas a Annie y al bebé enfermo para que estuviesen protegidos y abrigados y el doctor no los viera y ordenara que los echasen fuera. La cabaña tenía dos habitaciones, una de ellas con una chimenea que aún podía utilizarse, una vez que quitaran los nidos de pájaro.

En la otra habitación había dos esqueletos humanos entre los restos de una cama. Las sábanas estaban completamente podridas. Los hermanos quitaron todo esto, sin hablar. Rompieron lo que quedaba de los muebles para hacer fuego, pero dejaron los trapos en las ventanas rotas.

—Dormirás junto al fuego, con la señora Green y Annie —le dijo Joya a Marianne.

Annie era la primera mujer bárbara que Marianne había conocido, la prima de Joya que encontraron recogiendo setas. Tenía el bebé de seis meses en los brazos y miraba fija y estúpidamente a Marianne, como si Marianne fuera culpable. El padre del bebé había muerto de tétanos, la primavera anterior. Ahora, la mujer sólo tenía al bebé.

—Yo dormiré contigo —dijo Marianne tercamente.

La señora Green cocinó un guiso magro. Después de comer, los otros cinco hombres desaparecieron para jugar a los huesos y beber en otra cabaña, pero Joya se quedó con las mujeres, acucillado junto al fuego, pues aún había hostilidad entre él y Johnny. De vez en cuando tosía. El suelo de losas de piedra tenía una espesa y suave alfombra de polvo, cruzado por las líneas espigadas de las huellas de los ratones. La señora Green sacó fuera el cazo y los platos en que habían comido, para que los lavara la lluvia. Annie se sentó en el borde de un colchón y acunó al bebé envuelto en una manta.

—Compadeced a la pobre gente que está fuera, en la noche fría, sin un techo sobre sus cabezas —dijo la señora Green, con alivio.

Joya se pasó los dedos por la cara magullada y no dijo nada. La señora Green se sentó junto a Annie y le tomó la mano. Marianne se arrodilló junto al fuego; la lluvia caía por la chimenea y zumbaba encima de las llamas. Una completa inmovilidad descendió sobre ellos. Estaban tan perfectamente sentados sin moverse que pareció que la noche misma se asentaba sobre los pilares de aquella inmovilidad, y nadie se atrevía a cambiar

de posición. Esta inmovilidad afectó al fin a Marianne de un modo curioso; tenía ganas de echarse a reír. En cambio, habló muy suavemente, como para no perturbar nada.

—Dame tu peine —le dijo a Joya—. Yo te peinaré.

Joya bajó la mano y descubrió unos ojos enrojecidos, estupefactos y cautelosos, pero Marianne le puso la cabeza sobre el regazo, peinándole el cabello con caricias prolongadas y artificiales. Los ojos de las otras mujeres seguían los movimientos de la mano de Marianne como hipnotizadas. Y Marianne, en el fondo, sabía que nada de esto era real, sólo una especie de encantamiento. Estaba en una tierra de nadie. Se miró el brazo que subía y bajaba con una manga chillona tan desconocida, y vio que ninguna sombra reproducía los movimientos del brazo; supo pues que estaba soñando, y de pronto se sintió inmensamente aliviada, tan aliviada que se permitió a sí misma un imperdonable murmullo de risa. Los pilares se derrumbaron y la noche cayó en la habitación. El bebé chilló como una mandrágora arrancada de la tierra. Annie también se puso a chillar. Un torrente de gritos incoherentes le brotó de la boca, y Joya tomó el peine de la mano de Marianne y se enderezó.

—Dice que te ríes de ella —tradujo—. Dice que estás matando a su hijo riéndote de ella. ¿Qué vas a hacer?

Marianne miró fija e incrédulamente a la mujer que podía ser real o no, pero que había perdido la cabeza y echaba espuma por la boca y gemía sobre el colchón.

—No lo sé —dijo Marianne—. No sé. Dime tú.

—Bésala —dijo Joya, y escupió en el fuego.

—Me odia.

—Bésala. Muéstrale que eres de carne y hueso.

—¿Qué quieres decir? ¿Demostrar compasión?

—No jodas —dijo él, y torció la cara.

Traspassó a Marianne con la mirada dura, penetrante, que ella le había visto en la mañana siguiente a la boda. Descubrió que todos la estaban mirando con la misma torturante intensidad diamantina, y se puso de pie, perpleja e irritada. Los gritos del bebé descendieron hasta convertirse en un sordo gemido.

Marianne alargó la mano, vacilando, pues no sabía cómo acercarse a una mujer tan consumida por las privaciones y el miedo. Además, pensó que Annie podía tener un cuchillo en la pretina de la falda, y apuñalarla cuando estuviera suficientemente cerca. Luego pensó que ella podía contagiarle la enfermedad del bebé; y por otra parte, no quería admitir que el sufrimiento de aquella desconocida fuese real. Odiaba apasionadamente a su marido por haber inventado otra prueba intolerable para ella, aparentemente en un capricho del momento. Se volvió para huir a la otra habitación, lejos de todos.

—Bésala —dijo Joya por tercera vez, con tal trasfondo de amenaza, que Marianne supo que no había nada que hacer. Comenzó una lenta marcha, como si fuese hacia el cadalso, un pie después de otro, pasando entre ojos que eran como espadas. Annie sacó una mano de debajo de los pliegues del chal e hizo la mágica señal protectora.

—No hagas eso —dijo Joya, y Annie se detuvo, exactamente como si fuera una criatura que le pertenecía y que hacía cualquier cosa que él dijese. La mano de la mujer se curvaba en el aire, y Marianne apretó contra ella los labios secos. Besó la mano de la mujer, pero sabiendo que eso no bastaba, le besó la frente y miró a Joya, para ver si tenía que

besarle la boca. Joya no indicó qué esperaba de ellas ahora. Annie se encogió, pero temía tanto el disgusto de Joya como a Marianne, y Joya, perversamente, había dejado de darle órdenes. Marianne vio el rostro legañoso y enrojecido del bebé apretado contra un pecho del que no mamaba por estar demasiado enfermo, y sin poder contenerse, se echó a llorar. Las lágrimas salpicaron una mejilla de Annie, quien las tocó con un dedo y las lamió para ver si eran saladas. Marianne cayó lentamente, de rodillas, sollozando como si se le partiera el corazón. Annie la apartó a un lado y le volvió la espalda, suspirando.

—Estoy segura de que ella no tiene nada contra ti, Marianne, querida —dijo la señora Green.

Marianne apretó los puños contra los ojos, pero las lágrimas se le escapaban entre los nudillos.

—Llévala a la cama —dijo la señora Green.

Joya la levantó por los hombros y la trasladó a la otra habitación. Marianne lloraba tanto que no podía ver por dónde iba. Joya la arrojó sobre el montón de mantas y la dejó allí, llorando hasta que se quedó dormida, mientras la lluvia caía alrededor. No despertó cuando él se metió en la cama, pero sí mucho más tarde cuando la señora Green vino para sacudirlo. Inconscientemente, mientras dormían, se habían abrazado en busca de calor, y era imposible despertar a uno y no al otro.

—Ven a cavar la tumba —dijo la señora Green, sin más preámbulos. Protegía con la mano la llama de una pequeña lámpara para no despertar al otro hermano que ahora roncaba cerca de ellos.

—Quémalo —dijo Joya.

—Me niego a quemar a un niño en un fuego doméstico —dijo la señora Green.

—Eres una mujer con muchos refinamientos —dijo Joya sombríamente.

Rodó hacia el suelo. La lluvia continuaba cayendo.

—Vamos, Marianne, ven a verme en mi trabajo.

El agua de lluvia se encharcaba en las tablas carcomidas del piso, y afuera la tierra revuelta por los cascos de los caballos se había convertido en un barro líquido que les llegaba hasta las rodillas. Silenciosamente, la señora Green le dio una pala a Joya. Los rostros de ambos parecían de roca agrietada. La mujer permaneció de pie en el umbral.

Annie sostenía al niño, que estaba envuelto en una funda limpia de almohada, ya que no había tiempo para improvisar un ataúd. A través de la puerta abierta la luz del fuego bastaba para que Joya viera lo que hacía. En las otras casas no se veía ninguna otra luz, y tampoco había luna ni estrellas, sólo lluvia. La camisa blanca de Joya se oscureció con el barro, y Marianne apenas alcanzaba a verle los contornos del cuerpo, aunque podía escuchar el acuoso ruido de la pala. De vez en cuando, golpeaba contra alguna piedra.

—Cava bastante profundo como para que los perros no lo encuentren antes de la mañana —advirtió la señora Green.

—Concédeme alguna competencia —replicó él.

Al fin, dijo:

—Ya es bastante profunda.

Annie se zambulló en la lluvia y le entregó la pesada funda.

—Es una cosa demasiado pequeña para que se marche solo —dijo la madre, asombrada.

Se agachó en el lodo, al borde del pozo, y palmeó con ternura la tierra que tapaba al niño, como asegurándose de que estaba bien cubierto. Regresaron a la cabaña calados hasta los huesos y manchados de barro. La señora Green había traído la cazuela negra, e hirvió el agua; lavó las manos y la cara de Annie, le quitó las ropas sucias y la convenció de que se acostara, meciéndola hasta que se quedó dormida. Marianne ya no podía llorar; en actitud estólida, se sentó apoyándose contra la pared.

—Casi ha amanecido —dijo Joya, y arrodillándose frente al fuego se dobló hacia adelante para secarse el pelo enredado, ocultando un rostro que los ojos hinchados de Marianne vieron durante un momento completamente despojado de vida y reducido a la espantosa integridad del hueso desnudo.

Donde el terreno era naturalmente húmedo había ramas de juncias, lirios y juncos, pero el resto del camino estaba bordeado por arbustos espinosos cargados de líquenes grises, verdes y rojizos. En aquellos lugares en que la primavera se había abierto paso a través del hormigón, la carretera fluía como un río. Algunas veces, un deslizamiento de tierra o roca casi borraba el camino, y a menudo las ramas de los árboles del bosque se trababan unas con otras por encima de las cabezas, y el camino resonaba como una galería susurrante. Unos días cálidos y húmedos sucedieron a la lluvia y los viajeros fueron atormentados por los mosquitos, pero los días secos fueron todavía peores, pues el barro se convirtió en un sofocante polvo blanco que se les empastaba en los párpados y en las fosas nasales, mientras moscas y mosquitos danzaban en venenosa concurrencia.

—Los días ideales para viajar son los grises y frescos —dijo la señora Green.

A la noche dormían bajo las tiendas de pieles, o en cualquier edificio que encontraran y pudiera protegerlos. Nada era permanente, ni ninguna noche era como la noche anterior; el día estaba totalmente dedicado al movimiento continuo, y Marianne se sentía estirada sobre la carretera, como si estuviese en un potro de tormento. El aburrimiento y el cansancio conspiraban para desgastar la antigua idea complaciente que ella se había hecho de sí misma. No encontraba lógica alguna que explicase su presencia en aquel mundo cambiante ni la de quienes estaban alrededor de ella, ni ninguna secuencia lógica que le fuera familiar. El conocimiento de la razón en el que había madurado se estaba marchitando ahora, y pronto podría estar preparada para aceptar, si fuese coherente, cualquier falsa estructura del mundo que el chamán que cabalgaba sobre el burro escogiese exponerle un día. Marianne pensaba con frecuencia en el bebé que habían enterrado como en una semilla amarga que nunca germinaría, pero no le encontraba ningún sentido, y a menudo se preguntaba por qué había llorado tanto aquella noche.

Aunque el resto de la tribu había abandonado hacía tiempo esta ocupación, el doctor continuaba vigilando a la joven. Los cristales rajados de sus gafas oscuras revelaban, para Marianne, toda clase de potencialidades, formas de ser a las que ella podría aspirar tan pronto como se deshiciera de la razón, como algo de ninguna utilidad para ella, que ciertamente no le servía para explicar los enigmas que la rodeaban. Tanto con las pieles negras como con el traje oscuro, Donally estaba siempre obscenamente activo. La barba bicolor cantaba, durante todo el día, dos confiadas notas de color artificial, y al atardecer, ella podía oír las melodías geométricas que él tocaba en una flauta, en cuanto se sentaba bajo un árbol. Marianne imaginaba a la serpiente tendiendo una cabeza no menos colorida que la de Donally por entre los barrotes de la jaula, al escuchar la música; quizás hasta las deformadas flores de plástico, enredadas entre los barrotes, volverían a abrir unos frescos pétalos perfumados a la poderosa belleza del sonido. Porque Donally era un músico excelente.

Las rutas eran arterias que ya no salían del corazón. Cuando las ciudades desaparecieron, las rutas volvieron a una función más antigua; eran utilizadas para el tipo más existencial de viaje, la peregrinación nómada que es un fin en sí misma. Los Bárbaros

preferían evitar las ciudades o, si esto era imposible, atravesar los suburbios durante el día. La aversión por las ruinas no nacía de la superstición, pues partidas de jinetes armados hacían a menudo incursiones en las profundidades de las ruinas, en busca de lo que pudieran encontrar; pero los Parias se habían acostumbrado a las ciudades, viviendo en agujeros en el suelo.

—Pero yo paseaba a menudo por las ruinas próximas a mi casa, y nunca vi a nadie — le dijo Marianne a Joya.

—Deben de haber pensado que eras un ángel y huyeron de ti por miedo. Ellos creen que las aldeas de los Profesores son el paraíso terrenal, y que están llenas de ángeles terribles, con espadas flameantes para mantenerlos alejados.

Pero no temían a los Bárbaros, y la cabalgata de carretas era difícil de defender de los ataques, como Marianne iba a descubrir.

La joven marchaba a pie para que los caballos descansaran. Ese día había elegido caminar cerca de la primera línea, lejos de la señora Green y sus antiguos dichos. Los hermanos se turnaban para registrar los alrededores en busca de enemigos de varias clases, y cuando terminó el turno de Joya, él se acercó y caminó junto a Marianne, tal vez para no perderla de vista. Cuando Marianne lo miraba, le parecía tan sustancial como un recorte de papel. De vez en cuando tosía. Entraron en la periferia de las ruinas en el final de una mañana encapotada y sin viento.

Hacia la izquierda el terreno se angostaba entre tierras pantanosas, manchadas de herrumbre y cubiertas de espinos; a la derecha, por encima de ellos, se alzaba una pared de cemento desmoronada en parte y con unos agujeros por los que se podía ver un cielo coriáceo, que parecía transpirar. Esta pared marcaba el límite de una extensión de cráteres, y torres caídas como hileras de dientes cariados, y un remolino de cuervos daba vueltas por encima, tristemente, llenando el aire húmedo de melancólicos graznidos. La luz de la mañana era amarillenta y deslumbrante. Unas nieblas ocasionales oscurecían la vista y pendían inmóviles por encima del pantano. La carretera era mala. La superficie original se había agrietado profundamente, en grandes trozos irregulares, y los intersticios dentados sobresalían al aire. En estas grietas, entre los guijarros, como plantas que amasen los sitios áridos, brotaban huesos y calaveras. Las carretas rodaban ebriamente, y a menudo perdían el equipaje, desparramando toda clase de utensilios domésticos. Una jaula de pollos cayó y se partió por la mitad despidiendo una bandada cacareante, inmediatamente seguida de unos chillidos alegres que no tardaron en extinguirse, porque el paraje era ominoso. Marianne clavaba la vista en la espalda de la mujer que tenía delante, y que llevaba de la brida una vaca magra. No sabía el nombre de la mujer, pero pronto conoció aquella espalda de memoria. Era la parte trasera de una falda larga hecha con una manta de color gris oscuro, una camisa bordada con estrellas de cinco puntas, las plantas de dos pies desnudos cubiertos de callos, de los que sólo veía una planta por vez, y la espalda de una chaqueta de cuero bordado y sin mangas, sobre la que colgaban dos trenzas adornadas con harapos. Y entonces, Marianne vio que una flecha se clavaba, se estremecía en esta espalda, en medio de la chaqueta de cuero, entre las trenzas, una flecha de punta roja salida de la nada.

Todo cambió inmediatamente. La mujer gruñó y cayó hacia adelante. La vaca, aterrorizada, escapó a la carrera y se hundió en la ciénaga. Joya abrazó a Marianne, la sacó

de la carretera y mientras nuevas flechas caían alrededor, la cargó y la arrastró llevándola a través del terreno resbaladizo, hasta que la arrojó al suelo detrás de un trozo de pared junto a un matorral, en una posición de seguridad precaria.

Ella cayó de cara en el barro y no podía ver, pero oyó el estallido de un disparo, un golpeteo de cascos, un estruendo como de escombros derrumbándose, y lamentos. Supuso que Joya estaba disparando un rifle, pero él yacía sobre ella, y de pronto se dio cuenta, con cierta perplejidad, de que estaba protegiéndola con su propio cuerpo. Oyó unos sonidos sibilantes y rápidos... el aire cortado por flechas. Aunque todo esto ocurría muy deprisa, el ojo de su mente aún retenía la imagen del astil en la chaqueta de cuero, la flecha estremeciéndose. Entonces sintió que unos movimientos la sacudían, en parte libre, en parte aún presionada contra la pared; él parecía estar luchando con alguien. Ella forcejeó, zafándose de los cuerpos entrelazados y se acurrucó bajo el arbusto espinoso, enjugándose los ojos.

Una niebla amarillenta había descendido y los separaba totalmente, de modo que ella, Joya y la cosa con la que luchaba estaban contenidos en una burbuja invisible y opaca. Era la cuarta vez que veía luchar a Joya, y la tercera en que luchaba por su propia vida. Esta vez el atacante estaba desnudo, a excepción de un taparrabo de cuero, y tenía el cuerpo cubierto de pústulas. Los brazos eran muy cortos porque carecían de codos y estaban unidos muy abajo en un tronco curiosamente torcido e irreal. La cara estaba marcada por una cicatriz gigantesca y la nariz había sido omitida; las fosas nasales eran dos hoyos gemelos entre los ojos. Los caninos le habían crecido transformándose en colmillos. Tenía un cuchillo en la mano. Chapotearon y cayeron en el barro hasta que Joya consiguió arrebatarse el cuchillo; y entonces empezó a toser y no pudo luchar más, sofocado por el abrazo de un enemigo menos tangible.

El hombre deforme aferró el abundante cabello de Joya, le echó la cabeza hacia atrás, e iba a morderle la garganta, cuando Marianne lo apuñaló en la espalda, en la región de los riñones, con el cuchillo de él. El hombre gorgoteó, rezumó una materia excrementicia y se sacudió hacia atrás y adelante. Ella lo apuñaló varias veces más, sorprendida de ver cuán rápidamente corría la sangre. Bajo esta agonía de muerte, Joya yacía indefenso, y Marianne, a ciegas, continuó acuchillando hasta que la criatura no fue más que un trozo de carne maltratada que dejó de moverse.

Joya abrió los ojos. De la comisura de la boca le brotaba un poco de sangre. La cabeza obscena yacía sobre el hombro de Joya. Por fin, le indicó a Marianne que quitara el cadáver, y ella así lo hizo, dejando caer la hoja exudada. Joya se puso de rodillas y examinó las heridas.

—Tengo que enseñarte a disparar —dijo—. Casi no le hiciste daño, ¿verdad? Casi no lo destrozaste.

Mientras se movían en el barro, la niebla se llenó de luz. Joya acostó el cadáver de espaldas, le quitó dos anillos de los dedos, le cerró los ojos y le bajó los párpados. Marianne se apoyaba jadeando en la pared rota. Ambos estaban cubiertos con una espesa capa de varios tipos de inmundicia. La niebla se hizo bastante blanca y se desvaneció. A unos veinte metros, vieron el camino. La pared donde los Parias se habían escondido estaba agujereada por las balas de los Bárbaros, y el doctor iba de arriba abajo entre los muertos, salmodiando oraciones, pues la lucha había concluido.

Los muertos yacían en montones espantosos. Entre los Parias la figura humana adoptaba formas fantásticas. Un hombre tenía las orejas plegadas tan pálidas, delicadas y amplias como lirios blancos. Otro tenía un cuerpo escamoso de manos y pies palmeados. Los complementos convencionales, como miembros o facciones, faltaban en muchos, y la mayoría llevaba marcas de enfermedades desconocidas. Algunos torsos eran de una pequeñez ridícula, con brazos y piernas dos veces más largos que en los hombres normales. Sólo uno lo tenía todo perfecto, pero era una miniatura de unos sesenta centímetros de la cabeza a los pies.

—Ahí tienes —dijo Joya a su preceptor—. El fenómeno del hombre.

—No creo que sean hombres —dijo Marianne, que había matado al hombre deforme por repugnancia ciega, sólo para destruir lo que le parecía una cruel parodia de vida.

—La necesidad indica que adoptemos un modelo común —dijo Donally—. Detestamos las variaciones, aunque esto puede ser un criterio mediocre, si lo que importa es sobrevivir.

Quizá deberíamos reconsiderar si la forma hace al hombre.

Joya pensó un rato.

—Aquellos que viven en los pantanos tendrían que desarrollar pies palmeados —sugirió, y se rió tanto que los familiares de los muertos se sobresaltaron, sorprendidos.

La mayor parte de la caravana había escapado al ataque, concentrada imprudentemente en la vanguardia de la columna, y los Parias habían sido derrotados con facilidad, pues no eran inteligentes. Las siniestras flechas sólo mataron a la mujer, un niño y un viejo, aunque había muchos heridos que ahora, estoicamente, esperaban a que se les envenenase la sangre. Mientras los hombres apartaban los cuerpos, los carros avanzaban para abandonar lo antes posible ese lugar peligroso, y otros hombres con armas se agachaban a lo largo del muro para cubrirlos.

Joya, Azul, Bendigo y Jacob estaban todos cavando fosas a un lado del camino, una fosa común para los Parias, pero una separada para cada miembro de la tribu. Donally permanecía de pie junto a ellos, hojeando la liturgia de la Iglesia Anglicana, y Marianne esperaba cerca de su marido, peinándose el cabello con los dedos para quitarse las costras de barro. No sentía vergüenza ni horror; sólo un alivio del hastío cotidiano y con esto un cierto bienestar. Desde que había salvado la vida de Joya, se preguntaba si en verdad le pertenecía como para disponer de ella a su antojo. Se oyó un disparo de fusil, y casi enseguida arrojaron al pozo a un ser de sexo indeterminado, con pechos y testículos, y totalmente cubierto de un fino pelo castaño. De pronto, un jinete saltó de entre las ruinas, arrastrando a un prisionero atado a una cuerda, un prisionero que botaba y rebotaba en el camino como un pellejo disecado, pero que lloraba. Era Precioso, todo atado con cuerdas excepto los pies.

—Precioso estaba encargado de vigilar la pared —dijo Johnny—. Ésa era su obligación.

¿En quién se puede confiar sino en tu familia?

—Murieron tres personas —dijo Joya a Precioso, con cansancio—. ¿Qué dices a eso?

Precioso estaba tan asustado que apenas se tenía en pie.

—Encontré miel en un árbol —dijo—. Estaba comiendo miel.

—Miel —repitió Joya.

La madre adoptiva se recogió las faldas con gesto quisquilloso, alzándolas sobre el barro, y se encaminó hacia ellos.

—Estaba comiendo miel y dejó pasar a los Parias —dijo Joya hoscamente, señalando a Precioso.

—Es sólo un crío —dijo la señora Green—. Tiene quince años.

—El poder está obligado a desplegar fuerza persuasiva —dijo Donally, introduciendo las manos en las mangas.

Marianne vio las palabras como pintadas en rojo sobre la pared resquebrajada.

—Mereces ser colgado —dijo Joya a su hermano—. Pero, en cambio, tendré que darte unos azotes, tan pronto como encuentre un árbol al que amarrarte. Y ahora, puedes cavar.

Cuando acabaron esta tarea, y Donally ofreció uno o dos ritos, continuaron avanzando. La señora Green tenía el caballo negro de Joya, que caminaba junto a ella, y estaba sufriendo, obviamente, algún tipo de conflicto.

—Me parece demasiado duro —dijo—. No es más que un niño.

Nadie hablaba con Precioso, que marchaba detrás de ellos dando traspiés y llorando.

—No es gracias a Precioso que no estamos todos muertos —dijo Joya; el barro se le había secado sobre el rostro convirtiéndose en una máscara.

—Precioso es medio hermano tuyo y lleva parte de tu carne y de tu sangre.

—Más razón aún para que sea yo quien lo azote.

Así que llegaron a campo abierto dejaron atrás la niebla, el pantano y la luz lívida; salió un sol de tarde, y la caravana llegó a una región de dunas cubiertas de helechos. A Precioso lo castigarían al anochecer, porque a esa hora sería más impresionante. Se tambaleaba detrás de Johnny, con las manos atadas a la espalda, y no le dieron de comer ni de beber durante todo el día. Se acercaba el crepúsculo cuando llegaron a los edificios de una granja. El techo de hierro ondulado del granero era una telaraña de herrumbre de color rojo oscuro, tenue como el ala de una polilla, y nadie podía decir dónde habían estado los campos, pero un pomar había dejado caer tantas manzanas entre la hierba alta que una piara de cerdos salvajes se había establecido allí para atracarse pisoteando el follaje.

Los cerdos salvajes eran animales alargados, descoloridos, con orejas rosadas y ojos rojizos como grosellas. Les temblaron los hocicos cuando huyeron atropellándose unos a otros, para escapar de las primeras balas de los jinetes adelantados, chillando y gruñendo espantosamente. La hermosa luz del comienzo del crepúsculo los transformaba en cerdos de oro. Aquellos que no se convirtieron inmediatamente en comida, huyeron a la carrera por encima de las dunas, con un sorprendente cambio de velocidad. Se levantó la aldea de tiendas y se encendieron los fuegos. Johnny amarró a Precioso por las muñecas a la rama baja de un manzano y lo dejó allí, esperando. La tribu se reunió poco a poco alrededor del manzano y un aire expectante prestó cierta animación a cada uno de los rostros curtidos por la intemperie.

El doctor desempacó y se puso la máscara de madera y la túnica de plumas. Este gigante iridiscente se colocó junto al prisionero, como una abstracción policromada, con un látigo para caballos en la mano. El rostro de Joya era de arcilla; ninguno de los dos mostraba su propio rostro en esta ocasión. Donally le dio el látigo, y Joya, quitándose la camisa, fue hacia el árbol. Marianne vio el otro manzano, el que él llevaba consigo, y este

árbol tatuado parecía palpar con vida, como si fuera el árbol visible de la sangre del joven, el árbol que lo sustentaba y no un diseño decorativo; Marianne se encontró sin aliento.

—Justicia —dijo él.

Los niños se sentaron juntos, a observar; Jen, el hijo de Donally y los otros estaban sentados, mudos de expectación; el cumplimiento de la justicia tenía que haber sido sin duda un placer largamente prometido. Annie observaba con los ojos desorbitados y la boca entreabierta; tal vez se sentía consolada viendo sufrir a Precioso, o veía el castigo como un desquite por algo más impersonal. El joven estaba colgado de las manos desde hacía rato. Tenía el rostro vuelto hacia adentro, hacia el corazón deshojado del árbol. De forma ritual, con gesto solemne, Donally le arrancó la camisa. Los pies de Precioso se arrastraban por el suelo. Había sido sentenciado a veinte latigazos. Después del segundo golpe el hijo de Donally gimoteó en voz alta, se apartó bruscamente del círculo y se marchó corriendo a ocultarse en la maleza.

Después del quinto, una niña se echó a llorar. Al octavo, Precioso comenzó a sangrar profusamente. Marianne no pudo mirar más después del décimo, cuando Precioso estaba tan rayado como un tigre sangriento, y se balanceaba pesadamente bajo los golpes, como una alfombra vapuleada. El látigo zumbaba y golpeaba; Precioso gruñía con cada impacto, y todo era una repetición mecánica de sonidos. Marianne vio que Joya golpeaba mecánicamente.

Joya no era más que la idea de ese poder que los hombres temen ofender. La espalda se elevaba y los brazos se doblaban y caían. La serpiente de la espalda sacaba y metía la lengua con el movimiento de los músculos bajo la piel; el Adán tatuado parecía retroceder una y otra vez ante la manzana que Eva le ofrecía, inclinándose una y otra vez, hasta que pareció que el cuadro móvil de una tentación eterna se estaba proyectando sobre la superficie de Joya, unas series incompletas de actos inconclusos, atrapados en una rutina de tiempo; congelado en el acto del castigo, oculto dentro de una máscara que le cubría todo el cuerpo, ya no era un hombre. ¿No acostumbraban otrora encapuchar a los verdugos, para que si se veían en algún espejo no murieran de terror? Cuando terminaron los golpes, volvió a mirar. Joya tiró el látigo y corrió hacia el árbol. Cortó las ataduras de Precioso y lo recibió en los brazos cuando el niño cayó hacia adelante.

—No es culpa mía —dijo Joya—. Yo te quiero más que a nadie.

Por orgullo o despecho, Precioso aún no había perdido el conocimiento.

—¿Y de quién es entonces la culpa, dime, bastardo? —preguntó.

Con la última reserva de fuerzas escupió a Joya en la cara; se alejó del abrazo, tambaleándose, y se desplomó desmayado. Joya permaneció inmóvil, aturdido y vacío, empapado en sudor, mientras la señora Green se acercaba con agua y unos paños para atender a Precioso. Ignoró ostentosamente a Joya, que apoyó una mano en el árbol para sostenerse, y luego se agarró al tronco, enloquecido, casi con deseo; a Marianne le hubiese gustado tocarlo pero, por otra parte, le daba asco. Murmurando, la multitud se dispersó; se había hecho justicia con el ladrón de miel y ya no había más entretenimientos esa noche. Donally se puso a revolver en un cesto repleto de hierbas verdes, silbando una matemática tonada barroca. La luz era tan densa y de aspecto tan delicioso que parecía que podía comerse con una cuchara, pues la tarde era insólitamente tibia y dulce, como mermelada

recién hecha.

Inadvertida, Marianne se alejó sin rumbo fijo a través de la barrera de carretas agrupadas en círculo. Los caballos pastaban apaciblemente y no levantaron la cabeza cuando ella pasaba. Tenía los zapatos tan gastados que ya no le servían, así que se los quitó y los arrojó lejos; las hierbas frescas se le enroscaban en los pies como lenguas amorosas; caminó colina abajo por entre una maraña de malas hierbas y gramíneas silvestres, hasta que el campamento fue sólo una mancha de fuegos en el cielo y ella estuvo sola. Encontró un bosquecillo de avellanos, y más allá un arroyo atascado de cañas.

Se sentó en la orilla y hundió la mano en las aguas quietas. El sol poniente lanzaba unos venablos rojos a través de las ramas de los avellanos, y teñía de alheña el arroyo inmóvil. Los avellanos estaban cubiertos de frutos. Escuchó el suave gorgoteo del agua entre sus dedos. Estaba húmeda de sudor y apenas se había quitado la ropa durante semanas; había dormido, caminado, cabalgado, asistido a un entierro, matado a un hombre no—hombre y presenciado una ejecución pública con el mismo pantalón y la misma camisa; era un milagro que no estuviese ya inundada de piojos, aunque a menudo atrapaba alguna pulga. Puso la mejilla ardiente sobre la fresca superficie del agua y cuando levantó la cabeza, el chico medio tonto estaba de cuclillas junto a ella, como si hubieran concertado allí una cita secreta, pero sin haberse dicho nada. Por algún truco de luz ambarina los hombros del chico parecían más saludables que de costumbre. Se hurgó la nariz con el dedo en el que llevaba el anillo de rubí de Joya, si es que era un rubí verdadero y no un cristal. Marianne vio la marca del dogal alrededor del cuello.

—¿Por qué tu padre te tiene encadenado todo el tiempo? —le preguntó.

—Me tiene miedo porque yo tengo mejores ataques que él —dijo el chico—. Obsérvame.

Hizo girar los ojos, echó espuma por la boca, y se sacudió y revolcó en el suelo con tal violencia que Marianne tuvo miedo de que se lastimara.

—Basta —dijo firmemente.

El chico se detuvo con un estremecimiento y clavó en ella los ojos inocentes y atónitos. La lengua con flecos de espuma se bamboleaba sobre los labios descoloridos, resquebrajados, hinchados.

—Por supuesto, eres la mujer de Joya, ¿no? —dijo, como si esto lo explicara todo.

—Soy su esposa —dijo ella.

—Es lo mismo.

—No, no lo es. No tienes alternativas siendo una esposa. Está enteramente fuera de las manos de uno.

El chico meneó la sucia cabeza castaña; no la comprendía.

—Es la misma cosa —insistió.

—No.

—Lo es.

—No.

—¡Lo es! ¡Lo es! ¡Lo es! —El chico rodó otra vez por el suelo mientras gritaba:

—¡Lo es! —con voz quebrada e imperiosa, hasta que Marianne le dijo firmemente—: Te estás poniendo en ridículo.

Él se sobresaltó, observándola con algo parecido al asombro porque ella lo había

detenido.

— ¿Qué quieres decir?

Él estaba jadeando. Las serpientes del pecho se le retorcían y se le enroscaban alrededor de las cicatrices que tenía sobre las costillas. Levantó las manos y se tapó la cara, espiando a Marianne por entre los dedos; se movía de una manera sinuosa pero errática; si hubiese sabido cómo parecer elegante, hubiera sido delicioso mirarlo. Se balanceó sobre los talones hasta que, sin siquiera una sombra de advertencia, saltó sobre Marianne. Era tan ingrátido como un pájaro de huesos huecos, o un insecto que llevase su propia estructura por fuera, sin carga alguna en el interior. Marianne podría habérselo quitado de encima empujándolo, tal vez, con un dedo, y aun haberlo arrojado al arroyo si hubiera querido defenderse, pero se dio cuenta de que ésta era la primera oportunidad que se le presentaba de traicionar a su marido, y la aprovechó instantáneamente.

El chico macilento, loco, desvergonzado, la revolcó entre las raíces durante un rato, mientras la palpaba bajo las ropas con dedos asombrosamente largos y delicados, pero aparentemente movido por la curiosidad más que por el deseo, y ella se preguntó si no sería demasiado niño, así que se desabotonó la camisa y le frotó la boca húmeda contra los pechos. Los pezones eran tan sensibles que ella gimió suavemente y él se sintió muy excitado. Empezó a murmurar fragmentos incomprensibles de las oraciones y máximas de su padre, y ella lo tomó con rudeza y lo metió dentro; no tenía paciencia para confiar en el instinto. Él arremetió con fuerza dos o tres veces y concluyó con un grito tan tremendo que pareció que la pérdida de su virginidad le causaba tanta angustia, o por lo menos consternación, como le había causado a ella la pérdida de la suya. Se escurrió débilmente fuera de Marianne, pero ella lo retuvo en sus brazos y le besó las marañas del cabello. Se sentía insatisfecha pero complacida porque había hecho algo irreparable, aunque aún no estaba muy segura de lo que era. Así yacieron allí, durante un rato, en la inexpresable quietud y sombríos colores del anochecer.

El chico la tocó sin contacto sensible pues su cuerpo frágil no irradiaba calor.

— ¿Sabías que estás encinta? —dijo él, con una voz como un hilo de cristal.

Marianne vio el fantasma de una luna creciente flotando en el cielo cobrizo, por encima de una colina roja, entre las menudas ramas de un avellano. Al hijo de Donally nunca había que creerle, aun cuando insistiera una y otra vez.

— Aquí, Joya ha puesto un niño en ti.

Le lamió suavemente el pezón hinchado del seno derecho y se rió. Tenía otra pregunta.

— ¿Te lo hace a menudo?

— En la cama con él, nunca le he visto la cara; quizá nunca fue él, quizás es alguna otra cosa.

Fue por esto que se le ocurrió levantar la cara del niño, para escudriñarle el rostro. Era blanco e informe, una gruesa boca cálida y los enormes ojos perdidos de un niño en un bosque amenazado por el ruiñeñor. Ahora que el sol estaba bajo, el niño estaba tan blanco como si el astro nunca lo tocara. Había una larga cicatriz a lo largo de la mejilla de la criatura. Se liberó de una sacudida y volvió a yacer sobre el cuerpo de Marianne. Deslizó la lengua por el surco aterciopelado entre los pechos.

— ¿Lo sabe él?

- ¿Si él sabe qué?
- Que vas a tener un bebé.
- ¿Cómo lo sabes tú?
- Creo que es así —dijo él—. ¿Soy tu amigo?

Una brisa agitó las cañas y él volvió a estremecerse. Casi olvidó la pregunta que acababa de hacerle, y observó acusadoramente:

—Tengo frío.

Ella fue atrapada en una tormenta de afecto; hubiera querido cobijarlo dentro de sí misma, donde todo era cálido y nadie podría dañarlo, pobre lúcido, estúpido hijo del caos, ahora chupándola como si esperase encontrar leche. Le acarició los costados cubiertos de cicatrices y pensó: «¿Está él en lo cierto? ¿Estaré embarazada? Nunca lo pensé, no hasta anoche en la vieja casa, nunca me molesté en observar los síntomas». Estos síntomas eran la falta de la menstruación; las náuseas matinales, indigestión y estreñimiento. Ella rió porque todas estas cosas parecían demasiado indecorosas, y él levantó los enormes ojos interrogantes, del más pálido gris. Marianne se sintió repentinamente acobardada por cuanto esos ojos podían no reflejar en absoluto falta de juicio, sino una inteligencia que, aunque excepcional, corría a lo largo de un camino paralelo que no lindaba con el de ella y tal vez con el de nadie.

—Vete ahora y déjame sola.

Él asintió obedientemente y se incorporó.

—Ven aquí, tonto...

Marianne se sentó y le abrochó el pantalón andrajoso. El niño se enrolló los dedos en el cabello corto, y cantó una frase de una de las canciones de su padre. Como respondiéndole, un pájaro gorjeó desde un árbol cercano; tal vez era un ruiseñor, porque el hijo del doctor dejó de cantar inmediatamente, pasmado.

— ¿Pero qué nombre le darás?

— ¿A qué?

— Al crío de Joya.

— Modo o Mahu —improvisó ella.

— A mí no me engañas —le dijo él—. Estás bromeando. No me crees, ¿verdad?

En la inocencia perfecta de su mirada de cordero, Marianne tuvo la absoluta convicción de que estaba embarazada, junto con una desoladora tristeza. Medio inconscientemente, deslizó la camisa por encima de los pechos.

— Sí, te creo —dijo.

Él se rascó una picadura de insecto que tenía en un brazo, le dedicó una sonrisa laxa, mostrando que había decidido convertirse de nuevo en un idiota, y se deslizó a través de la espesura como un pez. Marianne se acostó en la hierba, dolorida de tristeza. Después de un rato se quitó la ropa y se sumergió en el arroyo. Había una corriente inesperadamente fuerte; casi deseó dejar que la arrastrara hacia el río, por el ancho río abajo, tal vez hasta llegar, ahogada y muerta, al desconocido mar, mucho antes que la tribu. Pero en cambio, se lavó cuidadosamente una y otra vez, haciendo correr el agua fría por entre sus muslos para lavar todo rastro de la visita casual del muchacho, hasta que la luz comenzó a desvanecerse y el agua se ennegreció. Se secó con la ropa y se la volvió a poner. La ropa mojada se le pegaba al cuerpo y tuvo mucho frío, aunque la tarde era todavía tibia.

Los hermanos habían comido y haraganeaban alrededor del fuego. Johnny estaba limpiando un rifle, como atrapado en una viñeta de la vida bárbara, y Precioso, a quien no se veía por ninguna parte, tal vez dormía en una tienda. La señora Green estaba sentada sobre un cubo invertido con Jen aprisionada entre las rodillas, y le desenredaba el cabello con un peine. Joya yacía de cara al suelo y Marianne pensó por un momento que él estaba muerto y que ella había ayudado a matarlo, que el corazón de Joya se había parado tal vez en el mismo instante en que el muchacho se había lanzado sobre el vientre de ella. Joya era una pila muerta de trapos, huesos y pelo; Marianne se echó junto a él en un estado de violenta confusión, pues la idea de que él estuviese muerto era, de pronto, intolerable.

—¿Por dónde has estado, querida? —preguntó la señora Green, atrapando un piojo y aplastándolo entre las uñas del pulgar y el índice—. Cállate —reprendió a Jen, que chillaba por los tirones de pelo.

Marianne no pudo responder porque estaba demasiado segura de que Joya había muerto.

—Ha estado enviando señales a los Profesores —sugirió Johnny, apuntando brevemente hacia ella con el rifle, y mostrando los dientes.

—Ha estado embrujando a los caballos —dijo Bendigo.

Éstas eran bromas peligrosas. En cualquier momento los hombres podrían volverse contra ella.

—No la atacéis, pobrecilla, parece exhausta.

La mano de Joya, mano de violador, asesino y sepulturero, cobró vida y le aferró el codo. Marianne hubiera llorado de alivio pero advirtió que, por el momento, había olvidado cómo se lloraba.

—Ha estado nadando, está toda mojada. A ver, ¿por qué estás tan mojada?

—Me caí en un arroyo.

También él estaba limpio. Ella le vio la cara a la transfiguradora luz del fuego y sintió un dolor punzante, extremo y prolongado, como si estuviesen tallando en la carne de ella las líneas de la frente, la nariz y el mentón de Joya con la punta de un cuchillo.

—¿Estás enferma?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Quieres algo de comer?

Ella sacudió la cabeza.

—Entonces será mejor que te traiga ropa seca o enfermarás mortalmente.

Ella reptó hasta apretarse contra él y se tendió allí.

—¡Te está demostrando afecto! —exclamó Bendigo burlonamente.

—Parece una muñequita de trapo, está toda floja —dijo Joya con curiosidad.

Alzó un brazo de ella y lo soltó; Marianne dejó que el brazo cayera al suelo. Joya le dijo tiernamente:

—¿Qué sucede amor? ¿Qué te sucede?

—Me has dado un filtro —dijo ella—. ¿Por qué me has enamorado? ¿Qué he hecho mal?

Intentó meterse bajo la chaqueta de él y desaparecer. La señora Green palmoteó el trasero de Jen.

—Vete ahora, Jen. Yo cuidaré de la muchacha del Profesor...

—No —dijo Joya—. Yo la cuidaré. Está de un humor extraño.

Marianne lo siguió lentamente mientras se mordía las uñas con aire distraído. Él la llevó a la carreta, ahuyentó a un grupo de chiquillos que jugaban al escondite entre las cajas y los bultos, y encontró una manta para ella. La desnudó y la envolvió en la manta, la sentó en la escalera de la carreta y se instaló junto a ella, como esperando una explicación. Aún había luz suficiente como para que ella le viese la suave y compacta textura de la piel bajo los collares, y se inclinó hacia él y le besó la base de la garganta con besos pequeños y sorbientes, como si tratara de bebersele.

—¿Qué quieres?

—Fui a dar un paseo y de pronto me encontré con el muchacho.

—¿Cómo? ¿El idiota? ¿Te penetró, entonces?

Marianne asintió y continuó besándole el hueco de la garganta. Él rió, quizá sinceramente divertido.

—Bueno, ¿qué sucedió? ¿Te excitó y después no pudo terminar el trabajo? ¿Es eso? ¿Es por eso que has empezado a galantearme con este afecto inesperado? ¿Es por eso?

Tanto se reía que ella se preguntaba si no estaría a punto de matarla. Sacudió la cabeza.

—¿Entonces qué? ¿Te lastimó?

Ella volvió a sacudir la cabeza. Joya suspiró y observó con indiferencia:

—Te diré esto: no eres muy buena haciéndote violar.

Marianne le golpeó la cara y él inmediatamente le asestó en el costado de la cabeza un golpe tan violento que ella cayó al suelo y se quedó allí, aturdida.

—Me vuelves a pegar y te golpearé hasta hacer de ti una pulpa sangrienta —le dijo Joya, en tono agradable; sacó un cuchillo y empezó a cortarse las uñas.

Cuando ella recuperó el aliento, dijo:

—Te odio. La próxima vez que me golpees tomaré tu cuchillo y te apuñalaré.

—No lo creo —dijo él. Como tenía razón, ella gateó hasta sus pies, avergonzada.

—Dice que estoy embarazada.

Las siluetas oscuras de las carretas y los destellos de la luz del fuego se tambalearon alrededor y el cielo con sus primeras pocas estrellas se balanceaba ya por encima ya por debajo de ella. Tomó la mano de Joya y la cubrió de besos desesperanzados, lastimándose los labios contra los anillos.

—De todos modos, algo se te ha metido dentro —dijo él—. Has perdido el juicio.

—Estoy enferma.

—¿Enferma?

—Él tiene razón. Yo lo sé.

—¿Y es mío?

—Por supuesto que lo es.

—No hay ningún «por supuesto» en este asunto. Siempre estás escapándote, y quién puede decir quién se te tira, zorra lasciva.

—No quiero. No quiero quedarme aquí.

—Deja de babearme las manos.

—Y estoy enferma...

—Si dejas de babearme las manos seré amable contigo un rato.

La levantó del suelo; Marianne trepó hacia el interior de la chaqueta todo lo que pudo, y se hubiera metido dentro de su pecho hasta desaparecer, si hubiera sido posible. Tenía la nariz llena de humo de leña, la viscosidad rancia de los caballos y el hedor molesto de las pieles mal curtidas, y todo esto se combinaba con el perfume peculiar de Joya, pero cuando levantó la mirada hacia él no vio ninguna estructura palpable, sólo una sucesión de alucinaciones. El rostro de un diablo pintado. Luego, una talla hierática y cruel de madera castaña y sombras. Luego, una oscuridad en movimiento, que se doblaba, tal vez de tristeza. Pero cada imagen era proyectada sucesivamente, no en la cara real de un hombre vivo sino en direcciones opuestas o contrarias a los finos contornos de las facciones ahora trazadas como con agujas horribles en el interior del cerebro de ella.

—¿A quién ves cuando me ves a mí? —preguntó Marianne, sepultando la cara en el pecho de Joya.

—¿Quieres la verdad?

Marianne asintió.

—Al pelotón de fusilamiento.

—Ésa no es toda la verdad. Inténtalo otra vez.

—Insaciabilidad —dijo él, con cierta amargura.

—Eso es evasivo pero también demasiado simple. Una vez más —insistió—. Una vez más.

Él permaneció callado durante varios minutos.

—El mapa de un país en el que yo existo en virtud de las extravagancias de mis metáforas.

—Ahora estás siendo demasiado sofisticado. Y además, ¿qué metáforas tenemos en común?

Él pareció sonreír y le preguntó si se sentía mejor.

—Estoy aterrorizada —dijo ella—. Nunca he estado tan aterrorizada en toda mi vida.

—No eres bastante vieja. Ponte de pie.

—No puedo.

—Acuéstate, entonces.

Encontró otras mantas y le hizo una cama dentro de la carreta, apoyándole la cabeza sobre un fardo de pieles. Sin embargo, continuó estrechándola, aunque distraídamente, y ella le besó la garganta una y otra vez, acariciándolo por debajo de la camisa. Joya gruñó, y no sin dulzura le apartó la mano. No podía dejar de pensar. Marianne examinó de cerca los collares de Joya y pronto atraieron toda su atención. El medallón de San Cristóbal; un hilo de cuentas de cristal como claros ojos azules; dientes de animales salvajes colgados de una tira de cuero; tres hilos de piedras lunares que destellaban en la oscuridad, una pieza hermosa y aparentemente antigua.

—Quiero un collar —dijo ella—. Quiero tu hilo de cuentas.

—Entonces, el deseo será tu dueño. No doy ninguno de mis amuletos o talismanes. ¿Qué sería de mí?

Era el collar de perlas el que ella quería, unas hojas doradas que podrían haber crecido en el mismo Edén. Mientras ella colgaba del cuello de él, como otro collar, unos crujidos anunciaron a un visitante. La sombra de Donally cayó sobre ellos. Sostenía una linterna y empuñaba un frasco. La vela estaba perfumada con vainilla, un perfume exótico

y doméstico a la vez.

—Un trago —dijo, depositando en el suelo la fragante linterna y ofreciendo el frasco.

—Después de ti —le respondió Joya, precavido como siempre.

El preceptor bebió y Joya tomó el frasco. Donally trepó dentro de la carreta, que se inclinó y se balanceó, buscó un espacio libre y se acomodó sin que nadie lo invitase. Los tres estaban tan juntos que podían oír la respiración de los otros. El silencio del sueño envolvía el campamento. Joya bebió, y puso la boca del frasco entre los labios de Marianne.

—Te hará bien.

Marianne bebió un trago abundante del crudo licor, y se enroscó alrededor de Joya, más apretadamente que antes. Él le cubrió los muslos con un pliegue de la manta.

—Paternidad —dijo el doctor acaloradamente, sacando a colación el tema, sin más—. ¿Cómo aceptarás el papel de padre?

—Complacido.

—¿Y cómo se las arreglará ella con el de madre?

—Sólo de mala gana, supongo. Mírala, es una mujer diferente; pero quién sabe cuánto le durará.

Ella estaba casi ensordecida por el golpeteo del corazón de Joya, y se sentía demasiado desdichada como para prestar atención a los dos hombres, que empezaron a conversar por encima de ella con voces que apenas parecían tener relación con las bocas de las que salían. La joven besaba, de tanto en tanto, la muñeca o la garganta de su marido, y él le palmeaba la cabeza, distraídamente, como si ella fuese ahora un miembro de la familia que se adormilaba sobre las rodillas de él, como Jen cuando estaba demasiado soñolienta como para irse a la cama.

—Dice que es mi crío. ¿Tú le crees? Creo que, de todos modos, tendré que aceptar el papel de padre.

—Yo le creería, sí. Tus hermanos no se hubieran atrevido por miedo al látigo y al lazo corredizo, desde que te acostaste con ella, y mi hijo nunca se le acercó hasta hoy.

—¡Y sólo tiene trece años! —dijo Joya, con admiración.

—Ahora tendré que tenerlo siempre encadenado —meditó Donally—. O esparcirá su semen por toda la tribu, como rocío infecto. Lo azoté severamente cuando me lo contó, y lo encadené a un árbol. En este momento se siente demasiado ultrajado como para aullar.

—Entonces ella está, realmente, fuera de combate —dijo Joya, sonriendo ampliamente—.

Ahora la he vencido.

—No te duermas sobre los laureles.

—¿Qué? ¿Todavía tengo que cuidarme de la oculta carga de su contacto? ¿Estás dormida, Marianne?

—No lo está. Dale un trago.

—Qué joven se la ve. Cuando yo tenía su edad, era absolutamente inocente, ¿lo recuerdas?

—Perfectamente. ¿Tenías miedo cuando saliste en tu primera incursión?

—En absoluto. Cuando me pinté la cara y todo lo demás, me convertí en una cosa aterrorizadora, y en ese mismo momento no fui más que lo que era, un instrumento de

matar gente.

—Y ella te observó.

—Y al verme, me convirtió en otra cosa. Siempre que la recuerdo cuando estoy lejos, la imagino llevando guantes negros, largos hasta el codo, cabalgando a la grupa de mi caballo, esperando la hora propicia hasta el momento fatal.

—¿Qué encierra el futuro para tu hijo?

—¿Qué encierra el futuro para el tuyo? ¿Por qué no lo matas ahora? ¿A qué esperas?

Marianne le mordió la mano. Joya puso la boca junto a la oreja de ella y dijo:

—No tientes a la suerte.

—¿Qué puede esperar tu hijo, si tú no aceptarás tus responsabilidades?

—¿A qué te refieres? —preguntó Joya, atónito. —¿Hubieras castigado a Precioso por tu propia voluntad?

—No.

—¿Hubieras llegado a casarte con ella por tu propia voluntad?

—No.

—¿Hubieras creado una estructura de poder por tu propia voluntad?

—No.

—Entonces, ¿cómo esperas ser Moisés cuando no reconoces al pueblo elegido?

—No quiero ser Moisés. Y el futuro es un sueño.

—Esperanza —propuso Donally.

—Esperanza —repitió Joya. Se miró los anillos durante un largo rato. Luego dijo—: Quizá tendría que pedirle a ella que me llevara hasta los Profesores, que al menos pretenden tener tal cosa. Te entregaría la tribu para que hicieras con ella lo que quisieses, doctor, y cabalgaría hasta los Profesores con Marianne, como si ella fuese una bandera blanca. Tal vez éste sea el momento de capitular.

—Despiértala y pregúntale lo que te harían ellos. Joya sacudió a Marianne, pero ya estaba despierta.

—Te dispararían en cuanto te viesen.

—¿Qué sucedería si te enviara a ti primero, como emisario, para decirles que llegaré y me entregaré voluntariamente?

—Te pondrían en una jaula para que así todo el mundo pudiera examinarte. Serías el icono de la diferencia, como una bestia parlante o un trozo de meteorito.

—Si el león pudiera hablar, no lo entenderíamos —dijo Donally.

—¿Qué sucedería si yo, astutamente, demostrara mi excepcional inteligencia y mi excelente, aunque heterodoxa, educación?

—Los Bárbaros son yahoos, pero los Profesores son laputanos —dijo ella—. Y tú no has sido educado en las mismas normas y requisitos.

—No soslayes el problema; responde a su pregunta —dijo Donally.

—Caminarían a tu alrededor cuidadosamente, por si acaso pudieras morderlos, te cortarían el pelo, tomarían fotografías del cuadro que llevas en la espalda, una reliquia de la iconografía judeocristiana, les parecería muy interesante. Te quitarían la chaqueta de piel y te vestirían con un traje oscuro, te someterían a tests de inteligencia donde tendrías que emparejar cuadrados con círculos y círculos con cuadrados. Y te someterían a pruebas de aptitud. Y pruebas de destreza mental. Y la prueba de las manchas Rorschach. Y

pruebas de introversión/extraversión. Y análisis de sangre. Y muchas otras pruebas. Y todo cuanto dijeras o hicieras, durmiendo o despierto, sería observado y considerado, para ver cómo revelas tus diferencias; cada palabra y cada gesto serían estudiados y anotados hasta que no fueses más que una maraña de apostillas con un menudo hilo de texto al comienzo de la página. Serías prensado dentro de un libro. Y cohabitarías con psicólogos, y todo el tiempo te sentirías un perfecto extraño.

Y aunque todo lo que ella había dicho era verdad, y totalmente contrario a las fuentes hostiles y agresivas de la misteriosa belleza de él, aun así pensaba con nostalgia en la paz y la quietud de otro tiempo, ahora que estaba tan enferma.

—¿Y tú? ¿Vendrías a visitarme a mi habitación o jaula, para ofrecerme un poco de caridad?

—No —le dijo ella—. No, si dejaras de ser esto que eres por fuera.

—Pásale el frasco —dijo Donally, muy satisfecho.

—Pero, en realidad, nunca me propuse inmolarme entre la gente de ella —dijo Joya, mirándola beber—. Aunque, ¿en qué me convertiría si hiciera todas esas concesiones por amor a mi hijo?

—De todos modos, ¿qué será de ti? Morirás de un disparo en alguna incursión o en algún ataque, y arrojarán tu magnífico cadáver dentro de un hoyo, llevándose consigo, desgraciadamente, mi obra maestra.

—Dondequiera que vaya, estoy condenado a ser una pieza de museo —dijo Joya.

—Yo mismo soy un intelectual; ¿qué otra cosa esperas de los intelectuales? Estamos acostumbrados a investigar las cosas, y los sentimientos heridos de las cosas que investigamos apenas nos incomodan. ¿Por qué tendría que ser de otro modo? Ella se está durmiendo.

—No, aún me está besando. Ten un poco de dignidad, muchacha, sobreponte. Abraza tu destino con elegancia, eso es lo importante. Finge ser Eva durante el fin del mundo.

—Lilith —dijo Donally, con pedantería—. Llámala Lilith.

—Ésa es una mala herencia. Además, siempre pensé en Lilith como bastante madura.

—Ella es una pequeña Lilith.

Marianne le dijo a Joya:

—Eres tan hermoso, que creo que tienes que ser verdadero.

—Eso es un sofisma —dijo Donally groseramente.

—Pero creo que a la larga tendré que confiar en las apariencias. Cuando era pequeña, jugábamos a héroes y villanos, pero ahora, ya no sé qué es qué, ni quién es quién. Y, ¿en qué puedo confiar si no en las apariencias? Porque nadie puede enseñarme qué es qué ni quién es quién, y mi padre está muerto.

—Entonces, tendrás que aprenderlo por ti misma —le dijo Joya—. ¿Acaso no tenemos que hacerlo todos nosotros?

—Dame a tu hijo y lo convertiré en el niño—tigre.

—No sobreviviría.

—He perfeccionado mi técnica, no le haré daño. El tatuaje es la primera de las artes posapocalípticas, y la materia artística es la carne y la sangre.

Donally carraspeó como en una sala de conferencias, pero Joya lo interrumpió.

—De todos modos, será una niña. Será una niña pequeña, negra y maliciosa, y yo me arrancaré el corazón para que ella juegue con él, si se le antoja. ¿Por qué quisiste envenenarnos a Marianne y a mí aquella vez? ¿Fue otro ejemplo de tu diabólica habilidad artística? ¿Cómo mataste a mi padre?

—Era un hombre viejo que quería seguir viviendo, pero tenía cáncer. No entiendes nada.

—Haz algo por mí —dijo Joya lentamente.

—Sí, de acuerdo —dijo Donally, con desconfianza.

—Deja en libertad a tu hijo y tira las cadenas.

—¿Por qué?

—Para demostrarme que no te propusiste matar a mi padre y que confundiste las drogas.

—Qué lógico —dijo Donally. Se incorporó, trepó a un cajón y orinó por encima del costado de la carreta. Luego volvió a sentarse junto a Joya y lo abrazó.

—Yo te considero como mi propio hijo.

—¿Te convertiste en mi padre cuando mataste a mi padre? ¿Qué, te lo comiste?

—Asumí mis responsabilidades.

—¿Cómo? ¿Tratando de vez en cuando de matarme también a mí durante diez años?

—Te enseñé todo lo que sabía.

—Cautela, ciertamente me enseñaste cautela. Y genética, matemática, algunos trucos de magia y unas pocas citas de viejos libros en lenguas muertas.

—No es demasiado tarde para aprender de mí. Te daría un futuro, si sólo me escuchases. Podría hacerte tan aterrador que las curvas del camino se enderezarían cuando tú cabalgaras por él. Haré de ti un político, y podrías convertirte en el rey de los yahoos y también de los Profesores; necesitan un mito, tan apasionadamente como cualquiera; necesitan un héroe. Tamerlán, el azote de Asia, había conquistado medio mundo cuando tenía tu edad, pero tú puedes recuperar rápidamente el tiempo perdido.

—Déjalo libre.

—¿A quién?

—A tu hijo. Mi hermano, si tú eres mi padre.

—Le tengo miedo —dijo Donally, al cabo de un largo silencio.

Un aullido estremecedor se elevó en el aire oscuro, y Marianne levantó la cabeza del pecho de Joya, para escuchar.

—Déjalo en libertad y haré lo que quieras. Incluso aprenderé a representar el héroe conquistador.

—¿Pero qué sucederá entonces?

—Si rehúsas, será mejor que se lo lleves a los Profesores para que lo enjaulen y le analicen la sangre.

Donally sacudió el frasco y no oyó ruido de líquido.

Lo dejó caer sobre el suelo de la carreta.

—¿Llevarlo y dejarlo?

—No. Llévatelo, pero tú no regreses nunca. Vete a casa. Estoy cansado de ti.

—No seas precipitado. Medita.

—¿Cómo podría confiar en ti si le tienes miedo a algo? Llévate tus conjuros y

oraciones a cualquier otro sitio, y llévate a esa maldita serpiente que no significa nada. Ya no quiero verte más.

—Pero aún me necesitas.

—Libera a tu hijo y podrás quedarte.

—¿Qué haríais si yo me marchase? ¿Seguiríais robando y saqueando o pensáis estableceros y cultivar jardines?

—Ella es lista. Ya se le ocurrirá algo.

—Te dejaré —dijo Marianne, furiosa—. Tan pronto haya nacido el bebé.

—Nunca lo harás —dijo Joya desdeñosamente—. Ahora, en este mismo momento, te estás derritiendo por mí.

Introdujo bruscamente una mano entre los muslos de Marianne, pero ella le dijo:

—Eso no significa que no te dejaré.

—No, es cierto —convino él—. Pero sugiere que podrías encontrar más difícil marcharte que venir.

—La vela se está acabando —observó Donally—. Me voy a la cama.

—Yo creo que hemos llegado, por fin, al momento de la separación.

—¿Lo crees? —dijo Donally.

Se puso en pie y se estiró. Pareció alcanzar la cima del cielo y que el hombre y la mujer jóvenes se encogían atemorizados, pero esta impresión duró sólo un momento. Donally se balanceó sobre el costado de la carreta y desapareció dejando una linterna apagada y un frasco vacío. Ahora sólo la luz de las estrellas y la luna creciente iluminaban la escena, una luz fría, pálida y fantasmal.

—Todos están dormidos —dijo Joya—. Pero mi pobre hermano tiene la espalda en llamas. ¿Quién crees que aullaba? ¿Precioso o el hijo de él?

Los dedos de Marianne estaban entrelazados con las hojas doradas; de repente Joya se las arrebató y dijo en una voz racional y fría que Marianne no había oído nunca:

—Estoy desesperado; no puedo más.

—¡No me dejes sola!

Pero él ya la había empujado contra los sacos y había desaparecido, y ella se encontró sola, sin protección alguna, bajo el cielo. Bajo el cielo, todos los aldeanos dormían dulcemente detrás del alambre de espino y las atalayas armadas que impedían que los de fuera entrasen y los de dentro salieran, excepto aquella hembra renegada que ahora permanecía despierta, mientras los viajeros dormían al raso en campo abierto, y los Parias dormían en las madrigueras subterráneas, mientras las bestias dormían en las fétidas madrigueras y los pájaros dormían en los árboles dormidos, y así, la esfera del mundo que giraba en el espacio estaba completamente entregada a un sueño confiado que volvía indefensas todas las cosas, un abandono comunal que borraba las diferencias entre todos los que estaban bajo el cielo, que presionaba inexorablemente sobre las frágiles y mutables estructuras de abajo, como una pesada tapa, aplastándolo todo hasta extinguirlo. La idea del mundo se aplanó como la palma de la mano de Marianne, se sacudió, encogió y cambió hasta no ser más que la madera astillada de debajo, unas texturas de lana cruda, pieles, y el pequeño mundo que contenía todo lo que ella podía conocer. Mientras recobraba la calma, el cielo volvió al sitio que le correspondía, y Joya regresó. Ella se sorprendió; pensaba que se había ido para siempre.

—Te he traído un regalo, un collar, lo que tú querías.

Llevaba varios rollos de frío metal; era la cadena del chico. Se agachó y, febrilmente, trató de atarla, pero ella se libró con facilidad.

—Joya Lee Bradley, ladrón roñoso, otra vez estás borracho.

Él le hizo la misma pregunta que ella había hecho al caer la noche, aunque con mayor pasión.

—¿Qué ves cuando me ves a mí?

—Veo tu cara cuando cierro los ojos, aunque preferiría no verte.

—Lo que yo suponía —dijo él, y dejó que la cadena se deslizara hasta el suelo. Estaban exhaustos y en seguida se quedaron dormidos. Por la mañana él la envió a ver a la señora Green, quien dejó de revolver las gachas, la llevó a la relativa intimidad de un granero ruinoso, la desvistió y la examinó.

—Calculo que estás de unos tres meses —dijo.

Hierbas silvestres, verdes y jugosas, florecían a la altura de los hombros alrededor de ellas, y proyectaban sombras de delicado verde sobre los pechos de Marianne.

—¿Has estado echando en falta el período y demás? ¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo advertí.

La señora Green la abrazó, la besó y dejó que se vistiera. Los trocitos de espejo de la camisa de Marianne brillaban a la fresca luz de la mañana como ojos diminutos que se abren al despertar.

—Ahora tienes que cuidarte; no puedes arrastrarte por el polvo y la basura, no está bien.

—Yo iré adondequiera que él vaya —replicó Marianne, sin alterarse.

—¿Se te ha dado tan mal como todo eso, querida? —dijo la señora Green, con satisfacción melancólica, y la besó nuevamente.

Marianne se dio cuenta de que la mujer la había malinterpretado, pensando que ella quería ser para siempre la sombra de Joya; estaba a punto de corregirla cuando vio un relámpago escarlata a través del hueco de la puerta. Era el chico, sin cadenas, vestido con la chaqueta de bodas de Joya Lee Bradley, de podrida seda escarlata, que le caía rígidamente hasta los pies desnudos. Estaba comiendo la carne de un hueso de costilla.

Pasó lentamente junto a la puerta, tropezando a cada paso con los bordes de la chaqueta; lo seguía un perro castaño, flaco, casi pelado, que olía la prenda con curiosidad. El niño parecía extremadamente feliz, resplandecía como el sol, que esa mañana brillaba con la trémula luz del final del año.

Mientras la señora Green examinaba a Marianne, Joya bajó hasta el arroyo y arrojó al agua la cadena del niño. Cuando regresó al campamento, el doctor lo buscó e intentó dispararle con un revólver de culata nacarada, pero erró el tiro. Joya lo derribó de un puñetazo. Cuando la señora Green y Marianne salieron del granero, encontraron al doctor tendido de espaldas sobre la hierba, junto al manzano donde habían azotado a Precioso. Joya estaba de pie junto a él, pasando el pulgar por el filo del cuchillo, y la tribu en pleno se había congregado en un círculo amplio, estupefacta y recelosa, alrededor de la figura postrada del chamán.

—Todavía no lo he matado —le dijo Joya a Marianne—. Quería pedirte tu opinión.

—Las gachas se están quemando —dijo la señora Green, y volvió al lado del fuego.

—Tu madre adoptiva te ha abandonado —dijo el doctor Donally. Las gafas oscuras estaban destrozadas en el suelo y él parpadeaba a la fresca luz matinal.

—¿Un destripamiento público? —le dijo Joya a Marianne, pero ella le arrebató el cuchillo.

—Míralos, todos observando. Ten cuidado, ellos lo respetan.

—Escúchala —aprobó Donally—. No es ninguna tonta.

—Tú cállate.

Era como una parodia de la justicia, sólo que la audiencia no tenía la más mínima idea de lo que estaba ocurriendo, o a quién había que temer.

—Deja que se vaya —dijo Marianne—. Ponlo en el asno y échalo de aquí. No conviene que lo mates.

—¿Es prudente dejarlo suelto?

—Quizá las fieras podrían comérselo y hacer el trabajo por nosotros, dentro del orden natural.

—Estarás completamente solo sin mí —le dijo el doctor a Joya—. Totalmente solo para siempre.

Joya le dio un puntapié. El chico apareció rojo como una rosa, con los brazos cargados de hojas de enredadera y de flores de limismaquia púrpura, colmadas de semillas emplumadas; comprendió en seguida la situación, y loco de alegría, derramó las frutas blandas y grises por encima de su padre.

—Veo que irónicamente has cubierto su desnudez con tu chaqueta de boda, Joya —dijo Donally.

—No permitiré que uses ese nombre que me fue dado por amor. —Joya guardó el cuchillo con aire decidido.— Pero puedes irte, así no tendrás que nombrarme de ningún modo.

El chico danzó hacia atrás cuando Donally se ponía de pie, esparciendo una nube de flores purpúreas.

—Vean cómo trata a su más viejo amigo —declamó ante la salvaje concurrencia.

—Ellos pensarán lo que yo les diga que piensen. Ése es mi privilegio.

—Una vez que me haya ido, no hay duda de que empezarás a seguir mis consejos;

pero serás un esquimal que intenta conducir un tren, serás impotente.

—Tienes barro de la cabeza a los pies pero no dejaré que te laves; vete como estás.

—¿Permites que me lleve mis libros?

—Los quemaré.

—¿Mis drogas?

—Envenenaré el arroyo más cercano con ellas y todos los peces morirán.

—¿Mi hijo?

—Si quiere, puede irse. Si no, puede quedarse.

—¡Pero qué magnánimo! —exclamó Donally, con desagrado.

Johnny trajo el asno ya ensillado y Donally lo montó con su viejo élan. Se inclinó y se despidió en un tono tan profético y alto que todos en el campamento pudieron oírlo.

Ella tendría un parto pésimo que culminaría con un nacimiento monstruoso, y por último él los abandonaría en circunstancias de un increíble horror.

Tendría que haber destellado un relámpago pero no fue así.

—Márchate —dijo Joya. Estaba desarreglado y sucio. No se había preocupado en trenzar debidamente los mechones que le caían en greñas sobre los hombros, y estaba descalzo y andrajoso aunque, como siempre, reluciente de cristales, oro y piedras preciosas, el Príncipe de las Tinieblas pero ningún caballero, y rodeado de silencio. El asno de Donally bajó la cabeza y mordisqueó la hierba; Donally abandonó el aire profético e imploró una vez más, con voz pueril, en un susurro confidencial:

—Permite que eche una última ojeada a mi obra maestra.

—Pienso que no —dijo Joya.

Marianne temía que uno u otro de los del grupo se adelantara en defensa del mago, que un hombre levantara el rifle y disparara contra Joya, o que una mujer le arrojara una piedra, pero nadie se movió.

Donally sacó la flauta de un bolsillo interior y empezó a tocar una música dulce y penetrante, como si ésta fuera su última e irresistible carta. Joya le arrebató la flauta de los labios y la partió sobre la rodilla. Donally alzó las manos con aire petulante y suspiró.

—Sepárame de ti —dijo—. Expúlsame. Expulsa el arte, expulsa la cultura, expulsa el ingenio y el humor.

Los ojos de Johnny estaban fijos en Joya, quizá tratando de aprender alguna secreta fórmula de expulsión. Marianne pensó: «Nunca confiaré en Johnny». Un olor a gachas chamuscadas flotó en el aire; la señora Green, observando nerviosamente desde el fuego, había olvidado revolverlas.

—Vigila que nadie me dispare por la espalda —le dijo Joya a Johnny. Un instante después, Johnny tomó el rifle y cubrió a la multitud. Joya palmeó el anca del asno y recogió la brida; Marianne fue con ellos, pero el hijo de Donally había perdido interés en lo que estaba ocurriendo y se alejó sin volver la cabeza. El asno movía las orejas acucharadas y pisaba delicadamente por entre las zarzas del suelo.

—Quemaré la serpiente, viva o muerta, y tu máscara y capa de plumas —dijo Joya—. Será como si nunca hubieras existido.

—No estés tan seguro —dijo el doctor—. He dejado mi marca. ¿Y de verdad te establecerás y plantarás jardines? Serás un idiota esclavo de la naturaleza, cultivarás venenos, jamás serás libre.

—En cuanto al futuro, me es indiferente. Quizás ella pueda pensar algo de tanto en tanto.

Llegaron a la ruta verde y se quedaron mirándose uno a otro, con una repentina y última incertidumbre: ¿a quién guardaban fidelidad ellos tres? Pues entre aquel hombre joven y el preceptor, había un extraño lazo de años; entre la joven y el marido, la perpleja atracción de un sentimiento de fatalidad, y entre la joven y el mago, el vínculo de un lenguaje común. Y Marianne y Joya tenían además en común la pérdida de un padre.

—Venid conmigo los dos —dijo Donally—. Os tomaré bajo mi protección. Iré a los Profesores y les diré que sois mi hijo y mi nuera, rescatados de la inocencia arbórea del bosque. Y entonces os tratarán con aquel respeto reverente y algo circunspecto que los sabios de la Francia del siglo dieciocho reservaban para los hurones y los iroqueses.

Joya escondió la cara entre las manos al enfrentarse a esa posibilidad nueva, extraordinaria, que lo dejaba mudo. Por último, dijo:

—No puedo evitarlo, soy incorruptible.

—Marianne, ven conmigo tú sola. Considera terminadas tus investigaciones sobre la vida y costumbres de las tribus salvajes.

«¡Así que eso es lo que he estado haciendo!», pensó Marianne.

Joya la observaba por entre los dedos. Atrapada por el brillo de los ojos de ambos, ella vaciló.

—Aún no —contemporizó—. Todavía no están terminadas.

El rostro de Donally se inundó de una furia tan diabólica y funesta que se le cubrió de tantos colores como la máscara.

—Bien; en tal caso —dijo—, te has cavado tu propia tumba.

Con esto, se alejó. Era tan enorme que empequeñecía a la bestia que tenía debajo, y la distancia lo redujo sólo muy lentamente a un tamaño aceptable. Marianne se sentó en el terraplén mientras Joya permanecía de pie, impasible, en medio del camino hasta que Donally desapareció al volver una curva. En ese momento, el hijo del doctor se adelantó precipitadamente pasando junto a Marianne, y siguió terraplén abajo hasta detenerse jadeando en medio de un deslizamiento de guijarros.

—¿Por dónde?

Joya señaló con el dedo. El muchacho se lanzó como una bala escarlata o una bola roja impulsada energicamente sobre un tapete verde, en la dirección que su padre había tomado, hasta que también él desapareció. Luego de una pausa Joya se echó a reír, sacudiendo la cabeza con perplejidad.

—La sangre tira de uno —sugirió Marianne en una tentativa de explicación—. ¿Podremos vivir solos en el bosque?

Hasta que habló, no tenía idea de que diría esto; cuando comprendió que ella y Joya estaban, en cierta forma, relacionados el uno con el otro, sintió un dolor, pues la idea de su propia autonomía podía, de hecho, no ser cierta, sino una convicción mantenida por la pasión. De todos modos, ¿no podía esa convicción servirle lo mismo que una certeza probada? Cuando advirtió que había comenzado a pensar con los mismos tortuosos aforismos que Donally pintaba en la pared, se sintió avergonzada y clavó los ojos en la verde alfombra de hierbas.

—¿Cómo viviríamos?

—En las ruinas. O en una cueva.

—¿Y tendrías el bebé totalmente sola? ¿Le cortarías el cordón, lo lavarías y todo eso, si me mataran? ¿Qué harías si me hirieran? ¿Y sin nadie que te trajera cosas para comer, y los Parias disparándote flechas? ¿Y mis hermanos buscándome con armas y lazos corredizos porque yo los traicioné?

Ella no pudo pensar en ninguna respuesta inmediata y se encogió de hombros.

—Ahora regresemos.

—¿A hacer qué?

—Comer.

—¿Y luego?

—Seguir.

—¿Adónde?

—Hacia el mar.

—¿Y luego?

—Hablas demasiado —dijo él. El medallón de San Cristóbal era un anillo de cielo en su garganta.

—San Cristóbal era el santo patrono de los viajeros, cuando había cosas así —dijo ella, con una voz falsamente alentadora.

—Hay más fantasmas en la carretera que en ninguna otra parte, como los fantasmas de las máquinas que funcionan solas. A ver, ¿qué hiciste con tu anillo?

—No lo sé. Se me cayó.

—¿Cómo puedes esperar que confíe en ti?

Joya reconstruía el mundo sólo con imaginación, y a Marianne le costaba mucho entenderlo. Cuando regresaron, cumplió todas las promesas que había hecho a Donally.

Quemó los libros, vació los frascos de drogas, quemó las hierbas y destruyó cada una de las reliquias que el doctor había dejado atrás. La serpiente era, en realidad, una serpiente muerta y embalsamada. La sacó de la jaula, la abrió con un cuchillo, y el serrín cayó delante de todos, antes de que la quemaran. Los libros se abrieron y ennegrecieron entre las llamas, como cuervos atrapados, y el manto de plumas se elevó y se fue volando.

Todo cuanto quedaba de Donally era polvo y cenizas. La hosca perplejidad de los miembros de la tribu transformaba el silencio en algo nuevo y terrible.

—Pronto te harán la señal contra el mal de ojo cuando te vean —dijo Marianne.

—Entonces ejerceré mi autoridad —replicó él.

—Está fuera de sí —dijo la señora Green, como si el motivo fuese tan simple—. No sabe lo que hace.

—Ellos creen que te he embrujado —concluyó Marianne—. Nos estás poniendo en peligro.

Joya llenó un saco con las ollas y cacharos de Donally, y lo llevó al arroyo, donde todo siguió el camino de la cadena. La hoguera estaba aún humeando en el momento en que la tribu se puso en marcha, alrededor del mediodía, cuando Joya ya había acabado la limpieza. Dondequiera que fuera ese día, tenía un hermano a cada lado y parecían una guardia de corps. Precioso, demasiado enfermo para cabalgar, yacía en la carreta, estirado y vendado al lado de la señora Green, gimiendo a cada sacudida y delirando de tanto en tanto; pero la señora Green se sentía feliz de tener de nuevo otro niño. Marianne caminaba

junto a ellos y se negaba a subir a la carreta y salir del lodo. El viento se hizo fresco, limpio y vivificante; traía blancas ráfagas de gaviotas que emitían misteriosos gritos por encima de ellos.

—¿Cómo es el mar, señora Green?

—Un montón de agua vacía que se mueve arriba y abajo dos veces al día. Por lo demás, es como cualquier otro lugar. Pero está demasiado lejos para que lleguemos hoy a la aldea de pescadores. Hemos partido tan tarde a causa de los caprichos de Joya. Tendremos que acampar en algún sitio del camino.

Llegaron a un canal de piedra erosionada que tenía a ambos lados unos edificios de piedra bajos y grises, con varias habitaciones suficientemente sólidas. Arbustos y árboles crecían ahora donde habían estado las vías. Había una habitación llena de planchas oxidadas y con un reloj clavado en la pared; el cristal del reloj parecía colgar casi desprendido de una esfera envuelta en telarañas. La puerta de la habitación yacía sobre las piedras rotas del pavimento, pero el techo estaba todavía firme. Llegó la noche; la confusión entre necesidad y deseo, contra la que había sido advertida, estaba consumiendo a Marianne. Si sólo lo deseaba, la situación era bastante simple y podía resolverla perfectamente, mientras continuase despreciándolo. Pero si lo necesitaba, la situación era totalmente distinta e incluía una constelación de posibilidades miserables, y cada una indicaba que, quisiéralo o no, ella cambiaría. Como resultado de esa irritante confusión, clavó las uñas en la espalda de Joya con tal insensata vehemencia, que le abrió profundamente la piel, como si tratara de arrancarle el cuadro de la espalda. Humedeció las puntas de los dedos en los surcos profundos, llenos de sangre, y se volvió para probarla; sabía casi igual que cualquier otra; ningún sabor especial.

—¿Qué más esperabas? —preguntó Joya.

Yacía tan inmóvil como el reloj que no había funcionado durante más años de los que él había vivido, o los que había vivido su padre antes que él, pero Marianne sabía que no estaba durmiendo. Se preguntó si él esperaba que alguien se acercase inadvertidamente y lo acuchillara durante la noche. Pero nada se movió; sólo las ramitas secas crujían donde habían corrido los trenes. Se mantuvo en un lado del colchón, y tampoco durmió; apretó las manos contra el vientre y trató de sentir la forma del niño allí dentro, que tejía su carne y su sangre sacándolas de ella en la noche artificial del útero; y ella nada podía hacer. Después de un largo rato, Joya se levantó y se vistió. Ella esperó hasta que él llegó a la puerta, antes de decir:

—¿Adónde vas?

Joya se sobresaltó visiblemente a la luz incolora de las estrellas. Marianne le vio el blanco de los ojos.

—¿Adónde vas?

—Al mar.

—¿A qué distancia está?

—Detrás de la colina. He estado aquí antes.

Había refrescado mucho y se envolvió en pieles para salir con él, pero los dos iban descalzos. Pasaron junto a las tiendas de piel y los fuegos apagados, de varas negras, y pasaron sobre los cuerpos estirados de los perros dormidos. Azul estaba de guardia en las afueras del campamento, pero dormía bajo una manta con los brazos alrededor de una

joven.

—Sorprendido con las manos en la masa, robando su miel particular —dijo Joya, e iba a despertarlo, pero Marianne le puso una mano sobre el brazo y lo detuvo, pues los jóvenes dormidos le parecieron una imagen tan hermosa y pacífica que nada bajo la luna que los contemplaba querría dañarlos. Aunque esto podía no ser lo que ella creía realmente; quizá deseara en el fondo que los Parias o los Soldados o las bestias salvajes llegaran en manada, y asolaran el campamento dormido, y este repentino acceso de sentimentalismo sólo fuera una pantalla con la que ocultaba sus verdaderos motivos. Se preguntó si era el motivo que Joya le imputaba; o si era también el motivo de él, pues se encogió de hombros, y dejaron la pareja ilícita tal como la habían encontrado.

Joya marchaba delante de ella sobre los montículos de hierba. Ella sólo podía verlo borrosamente, como una sombra, cuando subía por la ladera de la colina, y luego la silueta de él contra el cielo. Lo siguió y descubrió que la hierba acababa y comenzaban las dunas. Nunca antes había visto o tocado arena, y cogió un puñado. Tenía un olor seco y artificial. Los pasos de ella resbalaban y susurraban en la arena. Las dunas exudaban un pálido resplandor; las formas bajas, redondeadas, en las que crecía aquí y allá un poco de hierba áspera, sugerían formas de vida que en cualquier momento podían convertirse en un gigante elemental de voluptuosidad desconocida. La fina costra de la arena se desmenuzaba bajo los pies descalzos de ella; cardos espinosos, tan pequeños que no podía verlos en la oscuridad, le pinchaban los pies. Joya volvió a aparecer en la cresta de una duna, tintineando. Cuando ella llegó junto a él, vio el mar.

Acolchados bancos de arena resplandeciente se extendieron ante Marianne, pues la marea estaba baja, y había dejado al retirarse, en la línea de la marea alta, justo debajo de ellos, montones de algas que llegaban a los tobillos, enormes extensiones de conchas sucias grandes como manos, pedazos de madera y todo tipo de desechos marinos. Joya corrió duna abajo a través de la playa y hacia las distantes ondulaciones del mar, donde se movía la pequeña luna nueva. Se detuvo en el sitio en que las olas pequeñas rompían con sonidos secretos. Con menos ímpetu, Marianne lo siguió. Delante y alrededor de ellos estaban todas las maravillas de la costa, a las que Marianne apenas podía dar nombre, aunque una vez se había dado nombre a todas las cosas, escrupulosamente. Los abanicos, las frondas, las cintas, las coronas, las guirnaldas y las trallas de algas habían estado una vez divididas en diferentes grupos, como las algas pardas, gigantes, rojas, etcétera. La esponja bolso, la esponja rojo—sangre, la esponja pecina y la esponja migaja; los gusanos de las velas, los gusanos de carnada, los gusanos tubiformes. Los suaves corales y las anémonas de mar conocidos como dedos de muerto y cabellera de serpientes, los cuernos globulares, la anémona margarita, el coral de copa, los pinos marinos, los robles marinos. La familia de los equinodermos de piel espinosa que incluye las estrellas quebradizas, las estrellas plumosas, los cohombros de mar de bocas de finas agallas, y los lirios marinos con diez brazos plumosos ondulando en el mar. Y miríadas de otros nombres.

Al perder el nombre, las cosas pasaron por un proceso de increación y revirtieron al caos, existiendo sólo para sí mismas en un mundo no—estructurado, donde no eran formalmente conocidas, convirtiéndose en un margen constantemente ampliado de materia indiferenciada y anónima que circundaba los puestos avanzados del hombre, quien ya no se familiarizaba con estas cosas, o las convertía en auténticas dentro de su

propia experiencia mediante el regalo de un nombre. Joya y Marianne caminaban a lo largo de la playa de esa bahía inmensa y despoblada, no como si estuvieran explorándola o descubriéndola, sino como visitantes que han llegado demasiado tarde, sin una presentación, que no saben si serán bienvenidos, pero, que a pesar de todo están resueltos a enfrentarse a las consecuencias.

Se encaminaron así hacia la cuña de tierra que se proyectaba mar adentro, en el extremo de la medialuna de arena. Marianne pisaba las huellas bien delineadas de Joya, ya llenas de agua. Si abandonaban la tribu, se convertirían en Parias y tendrían una vida anónima, en el peor de los casos; en el mejor, podrían iniciar una nueva subespecie de hombre, que viviría en cuevas secretas, acompañado sólo por el peligro de la muerte, mostrando una conveniente indiferencia por el mundo exterior, de donde venía la leche materna. Esta educación racional y sin miedo evitaría misterios tales como el que ahora la forzaba a caminar detrás de la figura de la playa, oscura como un negativo de fotografía, y que le impedía volver sola al hogar. Por tanto, quizá fuera incapaz de enseñar a los hijos de él cómo ser absolutamente indiferentes, algo de lo que ella no era capaz, y todo el plan se desmoronó en la nada. Marianne empezó a hablar con considerable amargura.

—Eres la cosa más extraordinaria que he visto en toda mi vida. Ni siquiera en fotografías había visto nada igual a ti; tampoco he leído tu descripción en los libros, tú con tus alhajas, pinturas, pieles, cuchillos y armas, como una versión fálica y diabólica de las bellezas femeninas de otras épocas. Lo que más me gustaría sería conservarte en formol, en un enorme frasco, en la repisa de la chimenea de mi tranquila habitación, donde pudiera mirarte e imaginarte. Y ése es el mejor de los lugares para ti, obra de arte transeúnte. Como el buen doctor te educó muy por encima de tu condición, bien podrías ser una pieza de exhibición para asombro de intelectuales, como cualquier otra cosa. Tú, tú no eres nada sino el furioso invento de mis noches virginales.

Él le concedió una sola sonrisa extraña pero no dijo una palabra de respuesta; llegaron a la punta de la bahía mientras Marianne proseguía hostigándolo tan astutamente como podía. Pero calló cuando vio lo que estaba más allá del final de la playa.

Había una ciudad devorada por el tiempo y hundida hasta las orejas en el mar; las torres, cúpulas y techos estaban tan confundidos con sus propias sombras y reflejos que todo parecía suspendido en el aire, entre las nubes de la noche y las estrellas menguantes. Mucho tiempo atrás el mar había arrancado sólidos bloques de una explanada, aunque pesaban toneladas y habían estado trabados unos con otros; luego el agua se arremolinó en las calles abandonadas, mordisqueando, engullendo, tragando y digiriendo piedra, ladrillo, estuco, metal y cemento. Ahora, unos peces indiferentes nadaban en dormitorios donde los espejos sumergidos ya no reflejaban rostros, sólo una laberíntica danza de ruinas y naufragios; los peces entraban en los hornos desaparecidos en el mar y volvían a salir, crudos; los peces cruzaban boquiabiertos el salón de baile, las tiendas y el hotel de este pueblo que había sido una vez un balneario, un centro de recreo. El viento se había calmado durante la noche y las olas no hacían más ruido que la respiración de los dos.

Prominente entre los minaretes, chapiteles y cascos de hierro forjado que sobresalían de las aguas, había un enorme reloj cuyas manecillas estaban detenidas en las diez, aunque, por supuesto, ya no era posible decir si esto significaba las diez de la mañana o de la noche. Este reloj estaba sostenido por una monstruosa figura de yeso, apoyado en los

brazos y sobre el vientre abultado, y que parecía emerger de la laguna en puntas de pie como el *genius loci*, pues el pedestal que la soportaba estaba completamente sumergido. Era la figura de una mujer exuberantemente dotada, apenas vestida con un traje de baño que cubría escasamente los sobresalientes bultos de unos senos montañosos, en cuya sombreada hendidura habían anidado unos pájaros marinos; y la totalidad de la figura estaba salpicada de excrementos blancos. A la luz del día la prenda de vestir de la mujer aún conservaba rayas del alegre azul con que había sido pintada, y la piel estaba todavía manchada aquí y allá de un rosa vivo, pero la noche desteñía los colores. La cabeza, que llevaba una exuberante cabellera rizada, larga hasta los hombros, estaba echada hacia atrás en un éxtasis erótico, y aunque parcialmente desgastados por los vientos marinos, el rostro desplegaba unos gigantescos labios crispados en una sonrisa amplia, gozosa, que descubría un bonito juego de dientes de yeso. Antaño, los ojos brillaban, pues les habían puesto bombillas de color azul en las cuencas, y bombillas de diferentes colores habían circundado el reloj, pero esto era ahora sólo un recuerdo del que nadie tenía memoria. Cerca de esta figura, la parte superior de una rueda de tamaño gigantesco sobresalía del mar vanidoso y sereno.

Más allá del pueblo anegado el terreno se elevaba, y un acantilado se alzaba allí a tales alturas que pasarían muchos siglos antes de que el mar lo abatiese; aunque con el transcurso del tiempo así sucedería, porque las olas rompían contra él. Los grises caballos marinos que ahora parecían tan inactivos, se volverían violentos con las tormentas equinocciales; cargarían sobre los acantilados no sólo con su propio ímpetu sino también con proyectiles ocultos, cantos rodados, guijarros, y la desgastadora arena; conducirían el aire delante de ellos y lo arrojarían contra el acantilado; incluso el aire era un enemigo, pues liberado por el mar estallaba arrancando trozos del acantilado. Las olas socavarían los acantilados hasta que, finalmente, la cumbre se derrumbaría.

Pero ese día estaba muy lejos en el futuro, y sobre el acantilado brillaba una torre blanca como un dedo luminoso que señalaba el cielo. Era un faro. La luz estaba apagada como los ojos de la mujer, pero allí continuaba, aunque ya no había marinos azotados por las tormentas que agradecieran los útiles destellos; sin embargo, aún inútil, era intransigente. Para Marianne, se parecía a la torre blanca en la que había nacido, y se sintió muy conmovida porque, a pesar de que ninguna de las dos torres despedía ya una luz útil, ambas servían aún para avisar y prevenir posibles peligros. Así, esa torre vislumbrada en la oscuridad, simbolizó y clarificó su resolución; abomina del naufragio, decía el faro, teme a la sinrazón. Utiliza tu ingenio, decía el faro. Se enamoró de la integridad del faro. No se le ocurrió que su compañero podría considerarla como más representativa de la cultura del difunto reloj, ni tampoco hubiera comprendido cómo tal cosa era posible, porque la psicología de los proscritos era para ella un libro cerrado, y además Joya nunca había aprendido a escribir.

Se hizo muy oscuro cuando las estrellas fueron desapareciendo una a una. Detrás, la marea empezaba a avanzar lentamente, sobre la playa descubierta; por curiosidad, quiso preguntarle a Joya si la impúdica portadora del reloj quedaba totalmente oculta con la marea alta, pero descubrió que no podía quebrar el mágico pentágono de su continuo y negro silencio. Joya regresó por el mismo camino por el que habían llegado y la condujo hasta las dunas; el extremo de la bahía ocultó a la ciudad en el mar, o al mar en la ciudad,

y pronto estuvieron lejos del agua que avanzaba. Él se arrodilló y se puso a cavar un lecho en la arena.

— ¿Qué demonios estás haciendo ahora?

— Cavar un pozo, meterme en él y dormir.

Se acostó medio enterrado en la arena como un zorro negro metido en la tierra, y ella se sentó junto a él. Le miró los párpados cerrados, que temblaban con el paso de los sueños, y de pronto sintió tanta ternura y preocupación por él que se incorporó de un salto y huyó corriendo hasta que dos o tres médanos los separaron. En otros tiempos, el crecimiento de los distritos urbanos había extendido dedos de casas pequeñas detrás de las dunas; Marianne se sentó a contemplar el cemento erosionado que se hundía en el follaje, un crecimiento horrible pero natural, como si las ruinas hubieran sido el proyecto primitivo, y los hombres y mujeres hubieran vivido allí en una etapa necesaria pero intermedia de la ejecución del gran proyecto. Era imposible determinar dónde empezaban las casas y terminaban los árboles. Cuando vio una insinuación de movimiento en una de las casas en ruinas, pensó que los ojos la engañaban y, cuando vio un león que saltaba a través de una ventana abierta, pensó que estaba dormida y soñando.

Nunca hasta entonces había visto un león. Tenía exactamente la misma apariencia que en las fotografías; aunque la oscuridad desteñía los colores del animal, le vio la melena y la cola con una borla en la punta que se movía de un lado a otro cuando la bestia salía del límite de la sombra y se volvía hacia la duna. Se detuvo a olfatear el aire, gruñó suavemente y reanudó el sinuoso camino por la arena. Marianne volvió inmediatamente al lugar en el que había dejado a Joya, aunque estaba ahora a bastante distancia, y la idea de que jugaba al escondite con un león, quizá para morir junto a su propio esposo, le parecía completamente absurda, aun cuando sentía que se le encogía el corazón al pensar en la zarpa terrible, inocente, arrancando la piel del esposo, y junto con ella, la vida.

El león llegó hasta Joya antes que ella. Marianne subió una cresta de arena y vio el perfil franco y noble del león que se inclinaba y rozaba la figura oculta con la melena que le pendía de la abovedada cabeza. El mundo dejó de girar y el mar de moverse; la playa era ahora el hogar del león, y ella y el hombre eran intrusos que sólo podrían sobrevivir imitando la inmovilidad de la arena misma, un silencio petrificado que intentara engañar a la bestia devoradora con la pretensión de la inexistencia. Los ancestros de estos leones habían venido de ultramar en jaulas, para deleitar e instruir a los niños de los tiempos civilizados; ella lo miró y fue instruida. Los ojos del león brillaban más fijamente que las llamas de las velas, y Joya debía de sentir la presencia tibia, cercana y amorosa; ésta era una de las muertes más seductoras. El animal examinó al hombre minuciosamente con la nariz y la lengua. La cola se sacudía nerviosa de un lado a otro.

Luego el león levantó la cabeza y bostezó inmensamente, víctima de un infinito aburrimiento. Joya yacía como había yacido delante del fuego; si la bestia lo hubiese mordido no hubiera encontrado carne dentro de las ropas, así que el león lo olió una vez más y se alejó despacio, indiferente. Regresó al bosque con una gracia milagrosa y furtiva; las articulaciones y músculos se le movían suelta y pausadamente bajo la piel; el animal se tomó su tiempo, que era muy lento.

Marianne esperó a que el león desapareciese entre las dunas, y luego esperó un poco más, pero Joya aún no se movía. Esperó todavía más hasta que vio que la arena tenía un

brillo pálido, y mirando detrás de ella vio en el cielo algunos indicios de la aurora y algunos celajes. Entonces fue hacia él. Estaba tan oscuro como una estatua calcinada pero tenía los ojos abiertos; ella recordó cuadros de los antiguos egipcios, que pintaban las figuras de los fallecidos con los ojos abiertos, para que así pudiesen ver el camino al otro mundo.

—Gitano es una corrupción de la palabra egipcio —le dijo con una voz fría para mantener la distancia.

—La familia de mi madre, los Lee, eran gitanos, o lo que fuera eso, antes de la guerra. Comerciabán con chatarra, al menos eso decía mi padre, y tuvieron una maravillosa sorpresa con la cantidad de chatarra que les proporcionaba la guerra, hasta que se dieron cuenta de que no quedaba nadie con quien comerciar, y se disgustaron. ¿Eres real o te estoy soñando, o vino un león y me lamió la cara?

—Vino un león. Yo lo vi.

—Tienen que estar criándose en el bosque. Al principio eran muy pocos, pero pronto serán un peligro cotidiano. A menudo me pregunto qué se sentirá siendo a la vez la presa y el cazador, y yacer entre la maleza con pavor estático, escuchando mis propios pasos intrépidos. Me lamió la cara y se fue.

—Sí. Fue extraordinario.

No hubo posibilidad de evitarlo, Marianne se arrodilló al lado de él y lo abrazó. Pero cuando intentó meterle la lengua en la boca, él la apartó de un empujón. En el bosque el león rugió como un trueno dulce.

—No creo que haya aurora esta mañana —dijo él.

—Ya ha comenzado. Todo está bien.

Pero, uno a uno, él se quitó los anillos que llevaba en los dedos y los enterró profundamente en la arena. Luego, los pendientes.

—¿Por qué haces eso?

—Regresa. Regresa y vete a dormir.

—¿Y tú?

—Déjame solo.

—¿Tú quieres que me coma el león?

—Se ha marchado. No te hará daño.

—Me iré, si tú quieres —dijo ella pérfidamente.

—No mires atrás.

Ella se tendió detrás de una duna y lo espió. Él volvió a bajar andando hasta el borde del agua. Ella fue detrás de él. La luz era fría y escasa, prometiendo un día de lluvia y nubes. Él se quitó del cuello las cadenas y los amuletos, y los dejó al alcance de la pleamar, que primero los alejó playa adentro, y luego los mantuvo brevemente a flote. En seguida una ola grande, la séptima ola, cayó sobre ellos, y todo desapareció en el corazón del mar. Solo sobre la hoz de arena, Joya se veía tan diminuto e intrascendente como una conchilla arrojada por el mar. Se internó en el agua.

Caminaba lentamente pero la pleamar lo atrajo hacia los cambiantes pechos del agua, y el reflujo de una ola lo hizo tropezar, pero él perseveró. El pelo le flotó sobre el agua, y pronto sólo la cabeza era visible, como si la hubiesen cortado poniéndola sobre una interminable bandeja de plata acanalada. Ella se precipitó a través de la playa, se quitó la

chaqueta arrojándola sobre la arena, saltó dentro del agua helada y atrapó a Joya. Él se debatió con una fuerza considerable.

Perdieron pie y lucharon en la contienda del agua y el aire. Él maldijo, jadeó y trató de hundirla y ahogarla, pero ella era demasiado ágil para él, y de todos modos el agua lo venció; se atragantó y cayó agotado. La pleamar los empujó hacia la playa, y Marianne arrastró a Joya por el pelo, a través de la arena, hasta que estuvieron fuera del agua. Él se había desmayado. Tenía la piel mojada y fría como la de una criatura marina. Se echó encima de él, lo cubrió y le dio calor hasta que él salió del desmayo, gimió y golpeó a Marianne con extraordinaria violencia, arrojándola lejos. Se arrastró y vomitó una buena cantidad de agua. Marianne recordó que estaba embarazada, y gritó con furia.

—Es la segunda vez que me golpeas. ¿Cómo pudiste, en un momento semejante? Si alguna vez vuelves a hacerlo, algo terrible te ocurrirá.

—Te dije que no miraras.

Hacía un frío cruel. Marianne encontró la chaqueta seca y se envolvió en ella. Joya estaba temblando y llorando, pero ella dejó que se levantara sin ayuda, tambaleándose, pues lo aborrecía apasionadamente. Él parecía más resentido por la horrible indignidad del rescate que por ninguna otra cosa. La noche había terminado y Joya se alejó de vuelta al campamento; Marianne lo siguió más tarde, tiritando y murmurando rencorosamente. En el campamento estaban encendiendo los primeros fuegos.

Marianne entró en el cuarto con palancas de la estación, se quitó la ropa mojada y se tumbó. Estaba exhausta y entumecida de frío. Sorprendida, vio que la señora Green le traía unas gachas y permanecía de pie con los brazos en jarras mientras ella comía.

—¿Qué pasó? —le preguntó la señora Green—. Él tiene un aspecto espantoso.

Marianne comió plácidamente otra cucharada, antes de responder.

—Joya trató de ahogarse. Cuando yo lo saqué del mar, me golpeó. Mire el cardenal. Ella mostró el hombro ostentosamente.

—Oh, Dios mío —dijo la señora Green—. Y tú, además, esperando familia.

—Será culpa de él si aborto —dijo ella vanidosamente, y repitió estas palabras en voz más alta cuando vio que él se acercaba a la puerta. Le chorreaba agua del pelo y la ropa empapada se le adhería al cuerpo, el macilento superviviente de un naufragio con los ojos momentáneamente ciegos como perlas. La señora Green se irguió delante de Marianne, protegiéndola, pero él sólo traía un pedazo de papel en la mano.

—Ella tendrá que leerlo en voz alta, para mí.

Dejó la nota en la mano de Marianne y se sentó. La joven se alejó para que ninguna parte de ella pudiera tocarlo, y examinó el mensaje; eran sólo unas pocas palabras garrapateadas en el dorso de una de las tarjetas de visita de Donally. La tarjeta estaba arrugada y sucia de polvo.

—El doctor dice «SALVADME». —Ella había esperado algún tipo de aforismo gnómico. Se sintió decepcionada. Joya se echó una manta por encima de la cabeza y tosió.

—Sécate —dijo la señora Green—. Tu salud es tan precaria.

—Él quiere que lo rescaten, ¿ves? —dijo Joya pesadamente. Estaba tan empapado que se movía como en cámara lenta, como si hubiera permanecido un tiempo en el fondo del mar.

—De todos modos, ¿cómo conseguiste esta nota?

—La trajo el hijo de él. Apenas entró empezó a comer gachas de la olla con los dedos y dijo que los Soldados habían sorprendido al padre y lo habían cargado de hierro; resultado del poder persuasivo del pico de oro del doctor. Pero el muchacho pudo escapar, tal vez volando.

—Son mentiras —dijo Marianne—. Y tú lo sabes.

Joya empezó a secarse lentamente con las mantas.

La señora Green se detuvo y le tocó la frente.

—Tienes fiebre.

—Estoy ardiendo —dijo él—. Tiene que haber algo malo en el mar.

Aunque le corrían gotas de agua por los brazos, parecía crepitar de fiebre; Marianne sintió el calor de esta fiebre y no supo qué hacer.

—¿Espera que lo rescate después de haberlo expulsado?

—Así parece —dijo Marianne.

—¿Realmente estoy ardiendo? —preguntó él, como si no pudiera confiar en la evidencia de sus propios sentidos.

—Lo estás.

—Tengo que hablar con mis hermanos.

—Quédate aquí y no te muevas —dijo la señora Green.

Marianne sintió un movimiento debajo del corazón, como un pez que salta en una charca. Se clavó las uñas en las palmas para irritar y contrariar su propia ternura, pero a pesar de todo dijo:

—No vayas.

—Es más fácil decirlo que hacerlo; no soy nada excepto los impulsos inmediatos de mi conciencia...

De todos modos, los hermanos vinieron a buscarlo. Johnny, Bendigo, Jacob y Azul, pues Precioso estaba todavía demasiado lastimado para moverse. La habitación se oscureció con la presencia de ellos; se quedaron de pie alrededor del colchón como tres árboles jóvenes, hermosos y anónimos.

—Levántate —dijo Johnny—. Ella te embrujó. Fue ella la que hizo que lo echaras. No puedes mantener tus manos lejos de ella, ¿verdad? Te está devorando. No eres el hombre que eras.

—Está enfermo —dijo la señora Green.

—Está demasiado enfermo para ir detrás de ese charlatán —dijo Marianne.

—No tiene tiempo para estar enfermo —replicó Johnny—. Tiene trabajo que hacer. Tú cállate, perra.

—No me callaré —gritó ella. Ante esto, para sorpresa de Marianne, Johnny retrocedió atemorizado e hizo la señal contra el mal de ojo. Marianne conoció el principio de una sensación de poder.

—Pero tengo que levantarme y me levantaré —dijo Joya—. Iré a buscar a mi preceptor aunque esto es probablemente una trampa para engañarme, y seré asesinado y vosotros conmigo, Johnny, Jacob y también Bendigo y Azul, en quien ni siquiera se puede confiar como centinela; espero ser capaz de llevaros a todos conmigo. Y todos juntos nos zambulliremos maravillosamente en la nada, nosotros...

—Tú te quedarás conmigo y cuidarás de tu hijo.

—¿Qué? —exclamó Johnny.

—Lo que oyes —dijo la señora Green con alegría.

—Ahora dejadme solo para que me pinte la cara y me adorne la cabeza y busque una ventana para mirar hacia afuera...

Los Lee eran Antiguos Creyentes. La señora Green, como hipnotizada, retomó el hilo de la fantástica frase.

—... y los perros pequeños vinieron y se lo comieron todo excepto las palmas de las manos.

—Si te vas detrás de Donally, te abandonaré.

—Mira si me importa.

El hijo del doctor apareció comiendo pan. Las aventuras de los últimos días le habían reducido la chaqueta a jirones.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó a Joya, como continuando una conversación comenzada en algún otro sitio.

—Pintarme la cara. Ve a buscarme los pots de pintura y observa cómo me vuelvo una pesadilla.

Johnny les hizo un gesto a los otros y desaparecieron tan repentinamente como habían venido. El hijo de Donally también fue a buscar entre las posesiones de Joya y Marianne, hasta que encontró las pinturas.

—Cuando los Soldados te vean venir, pensarán que eres la encarnación del diablo montando un caballo negro.

—Ellos son los diablos, con las caras de cristal. No es posible escapar a las consecuencias de la propia apariencia.

—Ésa no es la verdadera apariencia de ninguno de vosotros.

—Pero es verdadera en la medida en que uno de nosotros quiera creerlo.

—Tú no eres un ser humano, en absoluto. Eres un problema metafísico.

—Las bestias salvajes no quieren comerme, y el mar no quiere ahogarme; ¿qué otra conclusión puedo sacar?

—El león no tenía hambre y fui yo quien te rescató del mar. Las balas te matarán; además, pienso que ya te estás muriendo.

Como si fuera una apostilla, una sangre espesa y oscura le manó a Joya de la comisura de la boca. Se palmeó los labios con la mano y la sangre le corrió entre los dedos, y hacia abajo por la muñeca. La señora Green lo limpió con un trapo. Luego el niño trajo los pots de pintura y un trozo de espejo mellado, y dejó todo en el suelo. La señora Green tomó la mano del niño.

—Lo mejor es dejar a un hombre y a la esposa solos en un momento como éste.

La pintura roja estaba hecha de grasa mezclada con arcilla de ese color, la blanca con grasa y tiza, y la negra con grasa y hollín. Joya apoyó el espejo cuidadosamente contra la pared y se acuclilló delante, hundiendo los dedos en las diferentes grasas. Había una pesada lentitud en todos sus movimientos; se untó el negro alrededor de los ojos en torpes manchas. Ella se sentó, erguida, con los brazos alrededor de las rodillas, disgustada y distante.

—¿Anoche saliste a buscar algo que te matara?

Él no respondió y ella supo que era verdad.

—¿Qué harás si todo esto es cierto y efectivamente rescatas a Donally y lo traes de vuelta a casa?

—Me convertirá en el hombre—tigre —dijo Joya. Marianne creyó ver en sus ojos el nacimiento de la ambición.

—Si te quitara la camisa creo que vería que ese Adán ha aceptado, al fin, la manzana tatuada.

—Cuando dormía, esta mañana, soñé que había estado cavando mi propia tumba y me desperté y descubrí que un león me besaba la cara. Anoche me abrazó un león. El león, el rey de las bestias.

Se pintó los pómulos de rojo.

—¿Estoy comenzando a tener un aspecto suficientemente terrorífico?

—No para mí.

—Para mí tampoco. Quizá ya no sea tan hábil como antes. Yo mismo me asustaba como un tonto.

—Has tirado todos tus talismanes y amuletos. ¿Qué harás sin ellos?

—Pronto lo averiguaré, ¿no?

Ella le vio en el espejo la cara pintada; sueño y realidad se fundían con tal violencia que rió histérica y repitió una y otra vez:

—No eres tú mismo esta mañana; no eres tú mismo esta mañana.

Cuando él terminó de pintarse, trajo las botas de un rincón, y se las puso.

—Has olvidado adornarte la cabeza.

—Hoy no lo haré.

—Ya no eres un salvaje perfecto, no prestas atención a los detalles. No impresionas.

¿Qué será de ti?

—Apenas puedo ver —dijo él—. Bésame antes de que me marche.

—No —gritó ella, disgustada—. Tu máscara me ha alejado demasiado de ti para que pueda respetarte.

—Bésame.

—Asesino —dijo ella.

Joya dio media vuelta y arremetió contra Marianne, cayendo pesadamente sobre ella, golpeándole la cara. Esta vez Marianne lo golpeó salvajemente, tirándolo al suelo, donde quedó tendido.

—Ésta es la tercera vez —dijo ella con malévola satisfacción—. Te lo advertí. Ahora no te queda ni una esperanza. Tú sabías que yo sería tu muerte.

A él le llevó algún tiempo recobrar el aliento y al fin se marchó, tambaleándose y con paso inseguro. Ella pensó: «Lo he destruido», y se sintió complacida, porque la maravillosa y desafiante construcción de texturas y colores que había vislumbrado por primera vez en la aldea tranquila, se había desvanecido como si fuera una ilusión que no podía sustentarse a sí misma en los rayos blancos del faro. Se levantó y arrojó los pots de pintura a la zanja de malezas entre los andenes de la estación. Tiró luego el espejo temiendo ver en él la cara de Joya, la cara primitiva y extraordinaria que él había dejado allí, pues tenía que estar en alguna parte; observó contenta cómo el espejo se rompía. Se sentía pesada y le dolían los pechos. Entró en la habitación grande que una vez fuera sala de espera, y encontró a la señora Green cortando carne. La cuchilla resbalaba hábilmente

en el trozo enrojecido, y Marianne sintió náuseas.

—Hoy no podremos ver a los pescadores —dijo la señora Green—. Nos quedaremos hasta que vuelva Joya.

—¿Usted cree que volverá? —preguntó Marianne, sorprendida.

—No lo sé —dijo la señora Green, y las lágrimas le resbalaron en silencio por las mejillas—. No tendría que haber expulsado al doctor; debió matarlo sin más rodeos y terminar así con el asunto. Fuiste tú quien impidió que Joya matara al doctor, tú, muchacha malvada. Fuiste tú.

Marianne se irguió y salió al andén. Jen estaba sentada allí, balanceando los pies por encima del borde.

—¿Por qué tienes la cara magullada? —le preguntó Jen—. ¿Joya ha empezado a golpearte?

—Sí —dijo Marianne.

—Entonces, te alegrará no volver a verlo.

—Sí —dijo Marianne, pero entonces descubrió que ella también estaba llorando. Fue hasta el final del andén, donde acababan las piedras del pavimento, y cruzó un terreno poblado de arbustos. Alcanzó a ver una compañía pequeña en la distancia, cinco o seis figuras brillantes que se movían muy lentamente al paso de los caballos. No estaban a más de una milla.

Era difícil correr porque el terreno arenoso estaba erizado de espinas, hierbas duras, cardos y plantas secas y afiladas que le laceraban los pies. El día era de un color gris enciento. Sintió un agudo dolor en un costado y se detuvo a descansar, pero en seguida echó a correr otra vez. Tenía que correr. Corrió hasta que no pudo continuar, y los jinetes estaban todavía lejos; gritó tan alto como pudo. La voz se le quebró pero llegó claramente a los jinetes, y el hijo de Donally se volvió —Marianne vio el destello de la chaqueta escarlata— y quizá le dijo algo a Joya, que inmediatamente giró la cabeza. Le alcanzó las riendas del caballo a Johnny, desmontó, y caminó lentamente hacia ella; Marianne sintió que vivía un presente sin continuidad, un momento que separaba nítidamente el pasado del futuro, y completamente distinto de ambos; sintió el sudor que le goteaba columna abajo, y cada hoja de hierba y partícula de tierra bajo los pies.

Se sentía extremadamente feliz al ver que podía atraer a Joya con un hilo invisible. Pero cuando Joya estuvo bastante cerca como para que ella le viera los colores borroneados de la cara, vio también que él estaba haciendo la señal contra el mal de ojo. De repente, ella reconoció el gesto.

—La llamaban la señal de la cruz —dijo ella—. Se transmitió entre los Antiguos Creyentes.

—¿Me has vuelto a llamar sólo para darme esta información inútil?

Cuando él se acercó un poco más, ella le deslizó un dedo por la mejilla, y miró la pintura debajo de la uña.

—¿Sabes?, ni siquiera quise mucho a mi hermano.

Él se sobresaltó, tocado en un punto débil.

—Y cuando soñaba con eso, cosa que hacía bastante a menudo, sólo me acordaba de ti.

Él levantó los ojos y se miraron con una sorpresa maravillada, como miembros

disfrazados de una conspiración que nunca habían aprendido una señal de reconocimiento, pues no les parecía posible, ni aun deseable, que la evidencia de los sentidos fuera correcta, y que ellos pudieran encontrar en el otro alguna pista que los ayudara a vivir en ese mundo hostil. Además, él estaba tan cambiado, había caído tanto desde aquella magnificencia engendrada por la sofisticación y la falta de oportunidades; y también ella había cambiado, envuelta en harapos y macilenta por el insomnio y la preñez, y además, sucia.

No había sol ese día. Cuando él volvió al grupo, la pequeña compañía de hombres fue desapareciendo entre los arbustos y Marianne sintió que ella también desaparecía, desvaneciéndose en el peligroso interior. Cuando ya no vio a Joya, le sorprendió descubrir que su propio cuerpo le parecía extraño. Las manos y los pies eran extrañas extensiones que difícilmente podían pertenecerle, y los ojos le parecían gelatina amorfa. Y ella no podía pensar.

Bajó sola hasta la playa buscando el lugar en el que Joya había enterrado los anillos, pero la marea estaba alta y lamía las dunas. El mar era marrón a la luz del día, una inmensa pradera de color de león. No llegó hasta el faro, pero observó el mar, que cambiaba de continuo, y siempre era exactamente igual. Vio a lo lejos un barco de pesca con una vela negra, pero no alcanzó a distinguir ninguna figura humana a bordo. Se quedó allí hasta que comenzó a oscurecer, y no pudo pensar en nada durante todo el día. La señora Green saludó inescrutablemente el retomo de Marianne; removía el guisado que había en la olla con una enorme cuchara metálica.

—Yo lo haré —dijo Marianne.

La vieja abandonó la cuchara con una risa amarga.

—No lo harás volver porque le prepares la comida, ¿sabes? —dijo—. A eso le llaman magia compasiva. Y si vuelve, traerá consigo al doctor, más fuerte que nunca.

Ella estaba resignada, como de costumbre. Ya había empacado para hacer su propia mudanza si era necesario. Removió el guiso. Jen y una multitud de niños subieron al techo de la estación, para ver si llegaban los jinetes. En el interior, el fuego se reflejaba en un espejo empañado y rajado que había en la pared; allí también estaba Marianne, de pie, irreconocible para ella misma, inclinada sobre la olla. En el vapor aparecieron unas visiones: hombres, mujeres y niños con caras de leones y caballos; el hombre cubierto de cicatrices que ella había matado en la carretera le hizo una reverencia; el rostro casi olvidado de la niñera sonreía burlón y triunfante pues, en cierto sentido, se había cumplido su profecía; por último se encontró con el padre, que se fundió poco a poco con la imagen del faro ciego y luego desapareció en las burbujas que subían lentamente. Jen vino a tirarle de la manga.

—Los he visto, los he visto.

—¿Viene Joya con ellos?

—Está demasiado oscuro.

La comida estaba casi lista. Marianne hizo girar la cuchara y por fin entró el hijo de Donally. La habitación se había llenado de humo y el niño se materializó como una aparición que salía de la olla. Ella creyó que él se había pintado de rojo, pero era sangre lo que lo cubría de la cabeza a los pies; estaba desnudo hasta la cintura, y la chaqueta había desaparecido. Entró en la habitación, con cautela.

—¿Dónde están los otros? —le preguntó la señora Green.

—Atendiendo a los caballos.

Marianne se inclinó sobre el fuego y pellizcó un trozo de carne. Estaba hecha. —¿Es ésa la sangre de Joya? —le preguntó al niño.

El niño sofocó un gemido y se echó a llorar. Marianne cayó al suelo y la comida se derramó. Los perros se peleaban por encima de la carne que nadaba en el jugo del suelo, mientras la señora Green la ayudaba a llegar a la otra habitación. Se echó sobre el colchón donde dormiría sola en el futuro.

—Vete —dijo, pero el niño se quedó y encendió una lámpara pequeña. Afuera, se oía un rumor de pasos precipitados.

—Te diré lo que ellos van a hacer; van a empacar y marcharse deprisa porque vienen los Soldados, y Johnny habla de dejarte atrás para que los Soldados te encuentren.

—Oh, no —dijo ella—. No se librarán de mí con tanta facilidad. Me quedaré y los asustaré tanto que harán lo que yo diga.

—¿Qué, serás reina?

—Seré la dama —tigre y los regiré con vara de hierro.

Después de una pausa, él continuó:

—Se dividieron para rastrear los alrededores y Joya y yo nos metimos directamente en un nido de Soldados, en un bosque pequeño. Así que le dispararon en el estómago, y aunque luego vinieron los otros y ahuyentaron a los Soldados, todo había terminado para Joya.

—¿Cómo?

—Rápida pero dolorosamente. Johnny y los demás oyeron el ruido y vinieron dando alaridos.

—¿Dónde estaba tu padre?

—No se lo vio por ninguna parte.

—Así que todo fue inútil, o bien era una trampa.

—De eso no sé nada —dijo el niño. Radiante, como si acabara de darse cuenta, continuó—: Pero pienso que tienen que haber matado a mi padre de un disparo. Pienso que sí.

Poco después, continuó:

—Oh, era una confusión horrorosa, y Johnny y los demás parecían unos poseídos. Sólo había dos Soldados; Joya y yo nos movíamos con cuidado por ese bosque pequeño, que olía a pino, y las balas salieron del bosque; cayó al suelo y los otros vinieron. No sé siquiera si era una emboscada, o si sólo habían salido a cazar palomas.

—¿Cómo estás tan cubierto de sangre?

—Se retorció y se mordía los labios para no hacer ruido, por si acaso había más Soldados, y yo lo sujeté, supongo que para que se estuviese quieto. Nadie más tenía tiempo para ayudarlo, él juraba y maldecía, y los otros estaban agrandando un pozo, listos para arrojarlo dentro, pero yo lo abracé y sentí cómo se marchaba. Yo estaba sujetándolo, y de pronto él ya no estaba allí, así que le puse unos guijarros en los párpados para cerrarle los ojos. Y ya no hubo nada más.

El niño parecía extrañamente sorprendido por la rapidez y facilidad con que Joya se había apartado de la vida; miró a Marianne interrogativamente y rió, con una risilla tonta.

Las puntas del cabello se le habían convertido en púas rígidas de sangre seca.
—Nada más —dijo, y volvió a callar.

FIN